



Familia Amigoniana  
Mártires

# MEDITACIÓN DEL CUADRO

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.



# **MEDITACIÓN DEL CUADRO**



# **MEDITACIÓN DEL CUADRO**

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

© Agripino González Alcalde, T.C.

Primera edición: diciembre de 2002

Depósito Legal: V-4440-2002

Maquetación e impresión: Martín Impresores, S.L. - Valencia

# ÍNDICE

Presentación.....	9
Prólogo.....	13
1. El cuadro, visión panorámica.....	17
2. Fondo de palmas.....	23
3. El convento de Monte Sión.....	29
4. El convento de Masamagrell.....	35
5. Cúpula de San Pedro.....	41
6. La cruz.....	47
7. El cortejo.....	53
8. Tres vidas... Un testimonio.....	59
9. Del color de las alondras.....	65
10. Vicente Cabanes, corifeo de la causa.....	71
11. Domingo de Alboraya, el artista de la misión.....	77
12. Gabriel de Benifayó, una florecilla franciscana.....	85
13. Carmen García, Cooperadora Parroquial...	91
14. Rosario, madre atenta y solícita.....	97
15. Francisco, el pedagogo de la obra.....	103
16. Valentín, el cantaor de la pedagogía.....	109

17. Serafina de Ochovi, la mujer fuerte.....	115
18. Laureano, Bernardino y Benito.....	121
19. Tres de Madrid.....	127
20. Del amor y la gratitud.....	135
21. Bienvenido seas, hijo mío.....	141
22. Los de Torrente.....	147
23. La virgen de la huerta.....	153
24. José, Florentín y Urbano.....	161
Epílogo.....	169



## PRESENTACIÓN

**P**or su naturaleza, la meditación –cristianamente entendida– tiene, como una de sus características esenciales, la de ir transportando a la persona de lo inmanente a lo trascendente, de la contemplación de las criaturas a la adoración del Espíritu que les da vida y color. Y todo ello, mediante la transformación del propio agente de la meditación que, de forma progresiva y casi imperceptible para él mismo, va pasando de ser un *ser pensante* a ser un *ser amante*, de pretender entender con la razón a acabar sintiendo con el corazón.

Y algo de lo anterior es lo que podrá ir encontrando el lector en las páginas que siguen. En ellas, el padre Agripino González –Postulador de los mártires amigonianos, que acompañó, desde un lugar privilegiado y como actor, el Proceso que llevó a su beatificación el 11 de marzo de 2001– hace un nuevo recorrido por la vida de éstos y se adentra otra vez en su testimonio martirial, partiendo de la contemplación del cuadro que preside su despacho. Un cuadro que se había ido habituando a *ver* todos los días, pero que en un mo-

mento determinado le fue transportando a esa dimensión que surge, cuando se empiezan a mirar las cosas con los *ojos del corazón* y con la *mirada de la fe* y se acaba descubriendo en ellas –y particularmente en las personas– la mano y el Espíritu del Señor.

Comienza su meditación, el padre Agripino, contemplando la *panorámica* del propio cuadro –en la que poco a poco descubre distintos detalles– y su *fondo de palmeras*, que le habla fundamentalmente de paz, de vida y, en definitiva, de victoria martirial.

Se detiene después a profundizar, desde el sentimiento enriquecido por la fe, en los *lugares* que aparecen en el lienzo. Unos lugares que, dentro del clima meditativo, adquieren caracteres teológicos y se van transformando desde su inmanencia en reflejo y asiento de la trascendencia. Primero contempla, desentraña e ilumina el significado de los dos lugares amigonianos que en él aparecen: *Monte-Sión y Masamagrell*. Después, el que representa la unidad y centro de nuestra fe católica: *San Pedro del Vaticano*.

En un tercer momento su reflexión se detiene en los dos grandes símbolos que descubre en la pintura, que aún sigue contemplando desde su conjunto: la *cruz*, que aparece en un primer plano, y el *cortejo* de hermanos y hermanas que conforman el centro de la estampa.

A continuación –y dejada ya la perspectiva de globalidad–, el padre Agripino centra su meditación en detalles más particulares.

Inmerso en esa dinámica de lo más concreto, va distinguiendo, en un primer momento dentro del gran cortejo, dos grupos bien definidos que –aunque conjuntados en la pintura y hermanados por el carisma amigoniano– tiene peculiaridades que los distinguen con identidad propia: el de las Hermanas –*Tres vidas... un testimonio*– y el de los Hermanos, al que describe *Del color de las alondras*.

Posteriormente –y acercándose más todavía a la pintura y centrándose en rasgos más singulares– va identificando y adentrándose en la personalidad de Vicente, de Domingo, de Gabriel, de Carmen, de Rosario, de Francisco, de Valentín, de Serafina, de Bienvenido y de Francisca Javier, y va resaltando el testimonio que ofrecen en su conjunto dos grupos martiriales en Torrent, otros dos en Madrid y un quinto en Benaguacil.

En su conjunto, no cabe duda, la obra consigue lo que pretende al introducir al lector en ese clima de meditación y oración, que es el único desde el que puede ser leída en profundidad la vida de los *Testigos de la fe*, que son, por excelencia, los *Mártires*.

EPLA, 17 de noviembre de 2002

**Juan Antonio Vives Aguilera**



## PRÓLOGO

**A**nte la mesa de mi despacho pende el cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana*. Cada vez que levanto mi vista del libro de lectura, o de las cuartillas en que estoy escribiendo, siempre, necesariamente siempre, me topo con el cuadro. Lo he dotado de un marco sobrio, como se puede apreciar, pero elegante. Y lo he colocado a la cabecera de mi estudio. Él me sirve de recordatorio. Y al mismo tiempo, y siempre si es posible, espero que los mártires me otorguen su benévola protección.

Frecuentemente, como digo, contemplo el cuadro. Lo miro detenida, despaciosamente. Y estoy en condiciones de afirmar con Ortega que cualquier cosa se vuelve interesante en cuanto la miramos despacio. Y de tal modo ha sido así, que el cuadro ha merecido los honores de este librito, fruto de mi observación y del amor a mis buenos hermanos.

Al escribir el libro, mi propósito ha sido el de recordar los *Mártires de la Familia Amigoniana*. No podía permitir yo que cayesen pronto en el olvido, apenas concluidas las ceremonias de su beatifica-

ción. Pues, si no me acuerdo yo de ellos, que les tengo en la cabecera de mi estudio ¡quién se va a recordar! Y he creído que un libro es una buena forma para conseguirlo o, al menos, para intentarlo. Por mí parte no va a quedar.

Y, ¿cómo conseguirlo o, al menos, intentarlo?

Pues tratando de lograr que el lector vea, analice y medite el cuadro juntamente conmigo. Si la crítica literaria consiste simplemente en detener el corazón sobre la página, como una abeja sobre un tulipán, como diría Ortega, la visión de un cuadro está en enseñar a ver el lienzo adaptando los ojos del espectador a la intención del pintor. Mi técnica, pues, ha consistido en momentos de silencio meditativo, contemplativo, como de espectador paciente, tratando de descubrir la intención oculta del artista.

Por otro lado he titulado el libro *Meditación del Cuadro*. Siempre una meditación ofrece amplio campo para reflexionar sobre la vida y obra de mis hermanas y hermanos en religión. La meditación, como la imaginación, es un todoterreno con múltiples prestaciones para circular por cualquier sendero, cañada o vericuetos por más intransitable que se presente. La meditación es una reflexión con autorización para seguir por donde uno quiera, sin tener que ajustarse a un orden lógico, y menos aún cronológico, de capítulos. De tal manera que éstos se pueden leer, meditar, y hasta ordenar de forma diferente.

Por otra parte con el pretexto de la meditación he ido vertiendo al libro briznas, o chispitas, de filosofía y de religión, de arte y de historia, menos conocidas pero que tal vez ayuden a mantener presente el recuerdo de los *Mártires de la Familia Amigoniana*. Y hasta en alguna ocasión me he permitido ocuparme de la meteorología, aunque no fuera más que para poner punto final a un determinado capítulo.

En fin, el libro, como digo, tiene un doble objetivo: el de mantener vivo el recuerdo de mis hermanos mártires, por una parte. Y por otra, la de presentar algunos detalles suyos tal vez insólitos y no demasiado conocidos. Ambas realidades las he vertido en un estilo literario y una veste tipográfica que, espero, haga amable y atractiva la lectura del libro.

Que así sea.

**Fr. Agripino G.**





## 1. EL CUADRO, VISIÓN PANORÁMICA

**M**iguel Quesada es el autor del cuadro. Más bien se trata de dos cuadros en uno. El primero recoge la estampa de diecinueve Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártires, y de una cooperadora parroquial, laica. Y el segundo, las tres mártires Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Y una mano maestra, amorosa, femenina, delicadamente femenina diría yo, ha conseguido ensamblar ambas telas, ha logrado la perfección del cuadro. Eso sí, ambas telas, armadas sobre un fondo dorado de palmas imperiales, integran el lienzo, el cuadro, al que prestan unidad y dan una rica armonía martirial. Son los bienaventurados mártires de la Familia Amigoniana, beatificados por Su Santidad Juan Pablo II el 11 de marzo del 2001.

Ambos lienzos constituyen, en sí mismos y por separado, una apoteosis del martirio. En un solo lienzo, en conjunto, la glorificación y apoteosis de los hijos espirituales del Venerable Luis Amigó.

Cuando don Miguel Quesada me entregó el lienzo, ya pintado, no pude por menos de acordarme interiormente del gran Ortega y Gasset, y de

su deliciosa meditación del marco. “Un cuadro, sin marco, tiene el aire de un hombre expoliado y desnudo, asegura el filósofo. Su contenido parece derramarse por los cuatro lados del lienzo y desahacerse en la atmósfera”.

Por lo mismo enseguida me apresuré a encuadrar el lienzo, a enmarcar el cuadro. Lo fijé en un marco noble, sencillo. Que no dijera mucho, la verdad; pero que tampoco desdijera demasiado. Y que mucho menos distrajera, pues creo que el marco tiene como finalidad primordial centrar el cuadro y la frecuentemente voluble atención del espectador. Entonces, y sólo entonces, pude darme cuenta, como ya en su día lo hizo Ortega, de que el marco postula constantemente un cuadro para su interior, hasta el punto de que, cuando le falta, tiende a convertirse en cuadro cuanto se ve a su través.

La composición del cuadro que nos ocupa está organizada a lo largo de dos diagonales contrapuestas y tratada dentro de un apacible y apreciable equilibrio de formas y volúmenes. Y don Miguel Quesada ha conseguido dar unidad al cuadro, imprimir armonía a unos héroes anónimos, desperdigados, personales, en un cortejo amigoniano.

El cuadro está tratado diagonalmente en una noble ascensión de personas y de edificaciones, a los que sirve de nexo de unión una cruz esbelta, desnuda, sobresaliente, a la que prestan apoyatura unos signos: el humilde convento franciscano de Massamagrell y el alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, a los que unas nubes

ingrávidas, algodonosas, blancas, cirros con propensión de cúmulos, separan de la grandiosa cúpula de San Pedro del Vaticano.

Centra el cuadro, como digo, una delicada cruz procesional, sencilla, esbelta, que apunta hacia lo alto. Arranca del suelo y se clava en el cielo. Sobre las cabezas de los mártires ofrece seguridad, firmeza y fortaleza. ¡Siempre el patíbulo de la cruz superó la grandeza de los crucificados! A la delicada cruz que centra el nuevo lienzo, y como señalando el lugar donde vio la luz el cabeza de los mártires, padre Vicente Cabanes, acompañan no dos ciriales, como pareciera lo más lógico y natural, sino dos palmas martiriales.

Rematan el cuadro las tres mártires terciarias capuchinas. Atisban desde lo alto del matroneo más hermoso. Observan con intuitiva detención femenina, sobre el convento de Massamagrell. De él partieron un día para el suplicio, como sobre la palma del martirio parecen partir, serenas, pacíficas, tranquilas, camino de la segura beatitud, sin duda morada ya de su buen Padre y Fundador.

El lienzo, iluminado de agradables tonos rojizos, ocre y sienas, habla ya de amanecer de eternidad. Al fondo, en lo alto, tonos delicados preludian bienestar de eternidad. El cuadro recoge admirablemente la teología y espiritualidad del martirio, al mismo tiempo que reúne, sintetiza y resume la espiritualidad y misión de la Familia Amigoniana.

En primer término la cruz desnuda del Mártir del Calvario a quien siguen en solemne procesión

los que han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Seguimiento amoroso, religioso y martirial. Al fondo, en lo alto, la cúpula de San Pedro, como el regazo gigante, inmenso y acogedor de una madre del ejército de los mártires. Parten de un convento pobre, humilde, alcantarino, estos hijos de la Iglesia, como un día no lejano partieron para el martirio.

Las hermanas, en un plano superior, como que desean e intentan unirse a la procesión, a la imitación, al seguimiento. Y todo el coro de bienaventurados, partiendo de conventos sobrios, cantarines, franciscanos, peregrinos trashumantes de una patria nueva, sin nombre, en pos del Libro y del Cordero.

Hábitos franciscanos, franciscanas son barbas y capuchas, el cordón es franciscano, y el estilo peregrinante, devoto y recogido, es asimismo franciscano. Y hasta franciscanos son también los corazones que sobre el pecho luce el majestuoso cortejo. Franciscano es el corazón que religiosos y religiosas lucen sobre el pecho. Pero, eso sí, el de los mártires es el corazón maternal, dolorido, de la Virgen de los Dolores, la Reina de los Mártires, traspasado por siete espadas. Es el corazón de Nuestra Señora del Dolor que la mañana del sábado santo desciende a Jerusalén –con serenidad y ternura, llevando consigo los signos de la Pasión– por la falda del Calvario.

El corazón que ante el pecho ostentan las hermanas es, como el de los mártires, un corazón asimismo amoroso, ardiente, materno, y también

rodeado de la corona de espinas, pero en el caso que nos ocupa sustentado en el abrazo fraterno, cordial, franciscano de la impresión de las llagas en lo alto del Alvernia.

El lienzo, en una primera visión panorámica del cuadro, recoge esa espiritualidad profundamente cristocéntrica, mariana y franciscana, hecha de seguimiento, ecumenismo y eclesialidad, pobre y desprendida, peregrinante y consoladora. Espiritualidad que avivó el ser y el hacer de religiosos y religiosas en la noble misión de *ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor*.

El decreto de beatificación de los hermanos así lo indica: “Zagales de Cristo Buen Pastor, Vicente Cabanes y 18 religiosos terciarios capuchinos... gastaron su vida en el servicio de Dios y en la recuperación de los jóvenes extraviados, movidos por la caridad e ilusionados siempre por el ideal de que cada joven que se reeduca es una generación que se salva... La misma suerte corrió Carmen García Moyon, laica amigoniana, quien con los Terciarios Capuchinos compartía ideales apostólicos, trabajando con ellos por el Reino de los Cielos”.

El decreto de beatificación de las hermanas mártires, por su parte, asegura que gastaron sus vidas en su ministerio específico de atender hospitales y orfanatos, misiones y escuelas de corrección paternal, es decir, en visitar al hermano enfermo, recoger al indigente y atender al necesitado.

Cuando se leen estas expresiones a uno se le agrupan las preguntas en la mente y se siente

impotente, incapaz de darles cumplida respuesta. ¿Cómo pueden haber sido martirizados quienes inmolaron sus vidas en el ministerio misericordioso de enseñar al que no sabe, corregir al que yerra o dar buen consejo a quien lo ha menester? ¿Cómo se puede inmolar a quienes, en seguimiento del Cristo del Calvario, dedicaron sus vidas a curar al enfermo, visitar al preso o enterrar a los muertos? ¡Incomprensible!, ¿verdad? Y es que el testimonio del martirio, el holocausto martirial, tan sólo tiene sentido dentro de un contexto de fe, en el seguimiento literal de una persona, y en el exacto cumplimiento de unos ideales apostólicos.

## 2. FONDO DE PALMAS

Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos... El salmista prorrumpe en un canto de admiración contenida y en un elogio completo al Creador. Idéntica sensación percibo yo en mí cuando contemplo el cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana*. Pero especialmente cuando remanso mi vista, y concentro mi contemplación, sobre ese fondo de palmas doradas que sirven de soporte y cañamazo al mismo. Son las palmas, el color de las palmas, el tono de las palmas, el que proporciona un clima de calor que armoniza y unifica el cuadro.

Palmas..., fondo de palmas..., fondo de palmas doradas... No puede por menos de acudir a mi mente el romancillo de Gerardo Diego: *Si la palmera pudiera / volverse tan niña, niña / como cuando era una niña / con cintura de pulsera / para que el Niño la viera... / Si la palmera supiera / que sus palmas algún día... / Si la palmera pudiera...*

Gerardo Diego seguramente insinúa, deja adivinar, tiene mucho más presentes las palmas del Mártir del Calvario, que no las palmas de quienes le acompañaron desde Betfagé a Jerusalén la

mañana del Domingo de Ramos. Un no sé qué de melancolía y dolor parecen invadir el romancillo del poeta montañés.

Ante las palmas de fondo mi imaginación vuela asimismo al Siglo de Oro Español, a la Santa de Ávila, a la inquieta y andariega Teresa de Jesús. Escribía la mística abulense: *De la cruz, dice la Esposa, / a su Querido / que es una palma preciosa / donde ha subido, / y su fruto le ha sabido / a Dios del cielo. / Y ella sólo es el camino / para el cielo.*

Fondo de palmas... La palmera cruz, la palmera árbol de la vida, la palmera en el centro del paraíso, la palmera en los oasis del desierto... Tal vez de ahí haya venido a convertirse la palma en el signo más evidente y elocuente del martirio. Tal vez de ahí arranca el símbolo más claro para quienes entregaron su vida por la fe.

Lo cierto es que la palma ha constituido siempre el signo del Israel bíblico, el símbolo más típico y también el más popular de la Patria de Jesús. Y que la primitiva iglesia de Jerusalén relacionó la palma con el martirio, como símbolo de vida.

La palma siempre va asociada al desierto y al oasis. Y mi imaginación también aquí vuelve a Machado: *La palmera es el desierto, / el sol y la lejanía: / la sed; una fuente fría / soñada en el campo yerto.* El paraíso terrenal fue un oasis en el desierto. Y en el centro del paraíso estaba el árbol de la vida. Lo cierto es que la palmera ha sido



siempre el árbol de vida del Israel bíblico, el más típico y el más popular, como digo.

En la Patria de Jesús la palmera ha tenido y tiene un especial relieve en la fuente de Eliseo. En derredor de la fuente se ha desarrollado el oasis de Jericó, la ciudad más antiguas del mundo conocido. Jericó es la Ciudad de las Rosas. Jericó es la Ciudad de las Palmeras. Y Jerusalén es un oasis de paz, más que por hallarse en el desierto, por abundar en provisiones de pan y de agua, y allí poder disfrutar de los frutos de la palmera.

¿Qué puede significar el que Betfagé esté situada en la vertiente oriental del Monte Olivete, por donde pasaba el antiguo camino de Jericó? Los niños tomaron ramos de palmera en sus manos y salieron al encuentro de Jesús gritando: “Hosanna al Hijo de David”. ¡Qué bien se percibe en Jerusalén y en Jericó el eco de las palabras de Job!: “Prolongaré mis días como la palmera; se extenderán mis raíces hasta las aguas y de noche caerá sobre mis ramas el rocío”.

¡Palmas..., fondo de palmas, palmas doradas que me traéis a la mente la idea del martirio, que me traéis la idea de triunfo, de victoria y de paz! La palmera, como la encina, es un árbol sobrio, de desarrollo lento, llega generalmente a longevo. Machado les cantaba así: *¡Encinares castellanos / en laderas y altozanos, / serrijones y colinas / llenos de oscura maleza, / encinas, pardas encinas; / humildad y fortaleza!*

Por esto en la antigua Israel se recibía a los viajeros a la sombra de la palmera o de la encina; y allí, a la entrada de la tienda, se cerraban los contratos y se impartía justicia. Abraham recibe a los tres viajeros a la sombra de la encina de Mambré. Y Débora imparte justicia bajo la palmera entre Ramá y Bétel.

En tiempo de los Macabeos los hijos de Israel van con palmas a purificar el templo, o bien envían una corona de oro y una palma al rey Demetrio para hacer la paz, para sellar la paz entre ambos pueblos. Y en la misma época los israelitas hacen la entrada triunfal y victoriosa con palmas, címbalos y arpas porque el enemigo ha sido vencido y expulsado de Israel. El pueblo ha vencido y ya puede vivir en paz.

No otro es el significado de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, el Domingo de Ramos, o la visión del Apóstol Juan en el Apocalipsis: *Vi una muchedumbre grande que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua que estaban delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos.* Es el canto de los mártires. Es grupo de los vencedores que, a través de la sangre, han llegado a la Jerusalén celeste, la ciudad amurallada de la luz y de la paz.

Sigo contemplando el cuadro. Con profunda devoción y con gran interés por mi parte. Deseo impregnarme bien de su profundo significado. Me acerco al cuadro con la devoción con la que me acerco a la Palabra Bíblica. Mi cercanía quiere seguir las mismas etapas de la oración monástica:

*lectio, meditatio, contemplatio.* O como me acerco a la Palabra de Dios: meditar lo que se lee; hacer fe lo que se medita; predicar lo que se cree.

Palmas..., fondo de palmas, palmas cenicientas y doradas; palmas de Jerusalén y de Jericó; palmas del Monte de los Olivos y del Monte Calvario; palmas de este lado del Jordán, palmas de Israel... Palmas que simbolizáis el principio de la vida renovada y fecunda; palmas que me habláis de paz, triunfo y victoria; palmas que adornáis monumentos o coronáis arcos de triunfo; palmas que indicáis tumbas de mártires o cipos funerarios; palmas que ornáis molduras y lápidas fúnebres; palmas sobrias, espigadas, longevas. Vosotras me habláis de triunfo, del triunfo de los mártires del cristianismo, del triunfo callado, lento, de cada uno consigo mismo. Palmas del Oriente, yo os venero. Palmas de mis hermanos en religión, palmas del heroísmo, palmas del martirio. Como diría el poeta de los álamos del río: ¡Palmas de martirio, sí, conmigo vais, mi corazón os lleva!

Palmas..., fondo de palmas; palmas blancas y palmas doradas que servís de fondo al cuadro. Que coronáis las tumbas de los mártires. Los primeros mártires del cristianismo eran conocidos por el pequeño arquito, el arcosolio, que se elevaba sobre su tumba. Era el arco de triunfo de los vencedores. La palma sobre la que vienen triunfantes mis hermanos, es la palma del martirio, es decir, la palma del triunfo de quienes han muerto por la fe y descansan ya en la paz de los vencedores.

Palmas..., fondo de palmas, fondo de palmas doradas. ¡Vosotras prestáis calor al cuadro y unificáis el mismo! ¡Palmas de los vencedores que habláis de paz, de victoria, y de martirio! ¡Yo os saludo!

### 3. EL CONVENTO DE MONTE SIÓN

Ocupa el centro del cuadro el conventito de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrente. No el actual, sino el primitivo, el antiguo, maravilla de la reforma alcantarina. Es, era el convento, pequeñito, humilde, recoleto, franciscano, realizado en pobres materiales de mampostería y según los cánones de la estricta observancia de la reforma de San Pedro de Alcántara.

El núcleo de la edificación lo constituye la iglesia monacal, con sus cupulillas forradas de cerámica azul cielo y coronadas por la cruz. Con su espadaña al viento y su campanita cantarina. Y completa la estampa del convento el calvario y unos cipreses irregularmente distribuidos por la explanada del mismo. Al fondo, una mata de verdor insinúa el jardín que un día no lejano, antes de la exclaustración de 1835, perteneció al convento, dorada en el cuadro con los colores de un otoño anticipado.

Una clara luz del mediodía levantino ilumina la fachada principal.

El convento fue levantado por los frailes de la reforma alcantarina sobre una leve colina o altoza-

no del terreno, sobre un alcor. Y en él se vivieron, vivieron sus moradores los frailes, gozosas fiestas de convento. Fiestas religiosas con sermón de canónigo y motetes sacros, con mucho incienso y abundancia de revestidos, como un día dije. Tardes de domingo interminables, pero eternamente bellas y populares. Tardes en que, en las bóvedas del convento, sonaron las músicas alegres e inspiradas de Domingo de Alboraya, uno de los mártires ya beatificados.

He de confesar que siempre he sentido debilidad y una devoción especial hacia este convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrente. Pero particularmente la siento cada día, al caer de la tarde en que, en la capilla de mi convento, contemplo el cuadro y en el centro observo el convento alcantarino, místico, recoleto, orificado por la última claridad del día que se ausenta como a hurtadillas.

Y, ¿por qué siento yo esa devoción? ¿Por qué esa mi especial debilidad hacia el convento de Nuestra Señora de Monte Sión?

Es verdad que el convento no era algo grande y singular. No era nada del otro mundo. Pero en su claustro pasearon la totalidad de los Mártires Amigonianos. En sus escuelitas de pobre se formaron en humildad. En la capilla conventual elevaron sus plegarias a un Dios misericordioso y acogedor. Dentro de sus muros crearon fraternidad. Y en la llamada *Capilla de los Mártires* reposan sus venerables restos mortales.

También en dicha capilla se encuentran los restos de Carmen García Moyon, la cooperadora parroquial amigoniana. Ella, a la sombra del convento alcantarino, fue recibiendo ese espíritu franciscano, hecho de fraternidad y de minoridad, de sencillez y de humildad, de piedad y de gozo, y cuyo mejor símbolo es la estampa misma del convento.

El convento, testigo mudo de tantas y de tan diversas efemérides populares, en los días anteriores a la persecución religiosa se vio molestado por los hijos de la impiedad. Apenas proclamada la Segunda República, faltó tiempo a los enemigos de la religión para subir al convento y prepararse a derruir los casalicios del franciscano calvario. Fueron las jóvenes antonianas, con Carmen García Moyon a la cabeza, quienes harían frente a las demoledoras piquetas y lo impedirían. ¡El calvario era la presencia y el mejor tributo que la devoción popular levantó en honor del primer mártir cristiano en la colina de Monte Sión! ¡Y las antonianas no iban a permitir que fuera derruido! ¡Y no lo permitieron!

En los días sucesivos al levantamiento militar no se pudo ya evitar. Al amanecer del domingo, 20 de julio de 1936, un nutrido grupo de milicianos sube al convento. Desean hacer desaparecer su sencilla imagen del cerrillo de Monte Sión. Y le prenden fuego. Y encarcelan a sus moradores, los humildes hijos de San Francisco. Entre ellos se cuenta Ambrosio, Valentín, Recaredo y Modesto de Torrente, hijos también todos del pueblo. ¿Su

pecado mayor? Seguir la vida monacal fieles a la voz de la campana, atender al ministerio de la iglesia monástica, impartir la catequesis dominical, enseñar en la escuelita parroquial, atender a la juventud antoniana...

Ante el místico convento alcantarino no puedo por menos de interrogarme: ¿Por qué tanta prisa por apagar la luz que brilla sobre el monte? ¿Por qué eliminar los pararrayos de la justicia divina, como diría Luis Amigó? ¿Por qué? Y viene a mi memoria, y se agolpa en mi mente, el nombre de aquel hijo del gran Lope de Vega que eleva plegarias por su padre, aquí en el convento, como lo hacía también Marcela cuando la comitiva fúnebre pasó por delante del convento en que hacía penitencia, mientras conducían el féretro de su progenitor a su última morada.

El convento cayó a tierra derribado. No se podrá ya recuperar. Pero consuela saber que precedentemente el P. Valentín había retirado el Santísimo. Sin embargo los versos del claustro alto, monástico, verdadera maravilla transida de piedad y de unción, recordatorios de virtud, perecieron para siempre. Juntaban sabiduría humana y divina espiritualidad, agudeza terrena y hálito celestial. Y, junto a *No fies de amor humano / pues el que más fino es / busca su propio interés*, hallamos versos como estos otros: *Viva fe e íntimo amor / son las alas con que el vuelo / se ha de levantar al cielo*. Y junto a: *Nunca digas del ausente / aquello que no dijeras / si presente lo tuvieras* ó también *Si quieres en esta vida / vivir con paz y sosiego /*



*hazte sordo, mudo y ciego, encontramos estos otros: Si quieres volar al cielo,/ sabe que las alas son;/ penitencia y oración.*

Pero más que la fábrica conventual, equilibrada catequesis de sencillez y de paz, contemplación y franciscana hospitalidad, me impresiona la calidad religiosa de sus moradores. Aquí se prepararon los primeros religiosos amigonianos a su ministerio pastoral. ¡Con qué fervorosas pláticas el padre José de Sedaví les aleccionaba por las noches, reunidos todos cabe el altar mayor, en las que les daba a conocer los tesoros inagotables del Sagrado Corazón de Jesús, su devoción predilecta! ¡Qué imán tan poderoso eran sus palabras de celo, ilustradas muchísimas veces con lágrimas de devoción y encendido fervor!

Aquí se prepararon para el sacerdocio, y luego recibieron el orden sacerdotal, los cuatro primeros sacerdotes de la Familia Amigoniana.

Aquí se prepararon para el ministerio pastoral, y de aquí partieron para la misión específica en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, los primeros hermanos.

De aquí, al comenzar la semana, y a través de los campos de Aldaya, Quart de Poblet, Manises y Paterna, se trasladaban los primeros hermanos para preparar la casa madre de Godella, roturar los campos, plantar higueras y olivos, y viña de moscatel...

De aquí partieron los novicios a la nueva casa madre a continuar su preparación religiosa, pedagógica y pastoral.

Pero, sobre todo, del monástico convento partirían cuatro hermanos en religión, primero a sus casas familiares, camino de la prisión después, y, finalmente, camino del martirio. Son sus nombres: Ambrosio, Valentín, Recaredo y Modesto, a los que la Divina Providencia vino a sumar otros cuatro amigonianos más: los hermanos Laureano y Benito de Burriana, Bernardino de Andújar y Francisco de Torrente.

El convento habla de vida religiosa, de oración y de piedad; piedad, oración y vida religiosa que proseguirían en la cárcel del pueblo llamada *La Torre*. Constituía toda su vida espiritual. Alternaban himnos y cánticos espirituales, salmodia y canto, que en apretado silencio les acompañaría camino del martirio.

El convento alcantarino de Monte Sión de Torrente, sencillo, recoleto y popular, orificado por los últimos rayos del sol del otoño levantino, mientras sus moradores recitan o cantan la salmodia vespéral, siempre fue la imagen más bella de la alabanza divina proclamada y cantada por lengua humana. Así recordado, el convento recoge los anhelos más profundos a que el monje puede aspirar como ideal.

## 4. EL CONVENTO DE MASSAMAGRELL

**M**ira que habré visitado veces la casa de mis hermanas en Massamagrell! Sí, la que se asoma al cuadro por la derecha, como de puntillas, como pidiendo permiso con pudor. La que semeja, en su rostro color siena, el de una joven a quien hay que empujar amablemente para que se una al grupo y poder así aparecer en la foto.

¡Mira que he visitado veces la llamada *Casa del Castillo*! Sí, la que el cuadro envuelve en dos palmas martiriales, humilde, sencilla, franciscana, relicario de los restos mortales del Venerable Luis Amigó. Relicario asimismo de su hija más ilustre, la beata Francisca Javier de Rafelbuñol, mártir.

¡Mira que habré franqueado veces su puerta de ingreso! Esa portonera de madera, sobria, con olor a limpio y a nuevo. Y la religiosa que tantas veces me ha facilitado el acceso. Y que cada día sigue facilitándose al peregrino que, a cualquier hora del día, se llega a caer de hinojos ante el sepulcro del Venerable Luis Amigó.

¡Mira que el pavimento de la plaza de la iglesia conoce el caminar de mis pasos! Y, sin embargo,

tengo que confesar que nunca, nunca, me ha parecido la casa, el convento, tan elegante, amable y bello como el que se recoge en el lienzo. Nunca, como en el cuadro, he percibido esa su dimensión de casa cimiento, casa síntesis de las más puras esencias franciscanas y amigonianas, es decir, como casa madre.

Si de la casa noviciado de San José de Godella, Valencia, a la muerte de Luis Amigó pudo escribir Mons. Javier Lauzurica: “La casa-noviciado me ha parecido desde entonces como una gran abadía medieval”. El convento de Massamagrell, relicario de sus restos mortales, allí, a la derecha del cuadro, me parece cada vez más santuario amigoniano, casa martirial y mansión de paz.

El convento, que todavía insinúa en lo alto de sus remates las almenillas del antiguo castillo, arranca de la palma del martirio, que parece presarle solidez, y otra palma del martirio recorta en el cielo su silueta y corona sus almenas: es la palma del triunfo, la palma de los vencedores.

Por otro lado, a la altura del puerta y a su derecha, se aprecia en mármol negro la lápida, testigo mudo de las tres primeras religiosas, mártires de la caridad, en el cólera asiático de 1885. Cincuenta años más tarde, en 1936, otras tres hermanas cruzarían este umbral, vereda del amable refugio primero, camino del martirio después. El convento de Massamagrell también a mí me ha parecido siempre, y me sigue recordando todavía hoy, allí, a la derecha del cuadro, la bella imagen de una gran

abadía medieval, casa madre y santuario glorioso en mañana de resurrección.

El convento, así esbozado, me recuerda los días primeros de su inicial fundación. Sí, días aquellos en que el Venerable Luis Amigó y la hermana Ángela de Pego, única superviviente del holocausto por amor de 1885, recorrían las calles de la población. Días en que –samaritanos ambos de niños inocentes y ancianos malheridos– recogían ropas y enseres para dotar de lo necesario la obra del Asilo de Massamagrell, que apenas comenzaba.

Y también me recuerda la humilde vivienda de don José Moliner, el vicario parroquial, quien la cedería a su ingreso en la cartuja del Puig con los amigonianos, al momento de tomar el hábito y, con él, el nombre de Francisco de Sueras.

Y asimismo viene a mi mente ese interés del Venerable Padre Luis por imaginar planes, medir los terrenos y cultivar ilusiones para levantar de limosna un templo a la Sagrada Familia, con su delicioso matroneo y su impostación neogótica.

Y me trae a la memoria ese ir y venir apresurado de las hermanas en el capítulo general de la Congregación en 1932, presente el Venerable Padre Luis. O ese sacro y piadoso recogimiento de tantas y tantas promociones de novicias, gozo de su buen padre fundador y esperanza de la joven Congregación. O los últimos días en que el Padre Luis, enfermo y achacoso ya, se retira a casa de sus hijas en un intento supremo por recobrar su quebrantada salud. O bien cuando bajaba a des-

pedir a sus religiosas que partían para las Misiones del Orinoco, o del Kansu Oriental en el corazón de la China.

Y, entre unos y otros hechos, no puedo olvidar ese entretejer de las efemérides festivas del Fundador, como fueron sus bodas de plata episcopales, o sus bodas de oro sacerdotales, o fundacionales de la Congregación, o de la zozobra vivida en el convento con ocasión de la proclamación de la IIª República en 1931.

Pero, especialmente, la casa me recuerda los funerales del Venerable Padre Luis en 1934 y la expulsión de sus religiosas durante el verano de 1936. Como piezazo gigante sobre indefenso hormiguero, así sonó la orden de expulsión de las religiosas. Luego..., luego ir y venir frenético de hermanas, nerviosismo y atolondramiento juvenil, traslado de objetos y enseres a casa del tío Chuan, en la huerta...Luego, con el declinar de la tarde, cayó también la noche y con ella, el silencio.

A las hermanas se les obligó a sacar los objetos religiosos más queridos a la plaza de la iglesia para avivar la pira allí levantada. Allí, sin duda, entre otras ardieron las bellas imágenes del Cristo, *su quitapenas*, y de la Inmaculada...

El convento del cuadro me trae a la mente la tristeza de la dispersión y de la dolorosa partida. Pero especialmente, porque así me lo insinúa y revela el cuadro, la partida de las tres mártires: Rosario, Serafina y Francisca. Y un fondo de palmas martiriales.

En lo alto un cielo cuajado de negros y oscuros nubarrones. Sobre la huerta valenciana se hunde un sol bobo, abotagado y bermejo. Y las primeras casas del pueblo que luchan para que no les envuelva la noche. Y también con un fondo de palmas martiriales.

Las tres mártires se me presentan como atisbando, desde lo alto del matroneo de la capilla neogótica, en un intento por presenciar el paso firme y seguro de sus hermanos, como si fueran a ofrendar juntos su sacrificio ante la tumba de su buen padre, que allí, en el trasagrario de la iglesia conventual, espera el día gozoso de la resurrección. Y asimismo sobre un fondo de palmas martiriales.

En el rostro de las tres hermanas se aprecia serenidad y fortaleza, a la vez que su mirada se dirige al infinito, como oteando ya días de eternidad.

La casa –sobre palmas, coronada de palmas, envuelta en palmas martiriales– proclama en su lenguaje mudo y simbólico las glorias del martirio. Su silueta, lugar donde reposan los restos mortales del Venerable Padre Luis, de la beata Francisca Javier de Rafelbuñol, lugar que hollaron los pies de las mártires de amor de 1885, proclama mucho mejor que ninguna otra realidad, la fortaleza, la solidez del cimiento, la seguridad de la construcción. Un día no lejano fue morada de mártires; otro día no lejano, esperamos, ha de ser semilla de vocaciones.

La casa de Masamagrell, la del cuadro, me parece templo y santuario, relicario y cimiento, pero

aún más percibo el calor de lar, hogar o focolar central de casa solariega. Y es ara y es altar mayor de donde brotan aires de honradez, de santidad y de paz. Y es columna y es fundamento, y es Nazareth y es Belén, y es lugar de meditación, silencio y oración; y es lugar de trabajo y de reflexión... sobre un fondo de palmas martiriales.

La casa de Masamagrell, la del lienzo, como aquella otra casita sobre la sacra colina de Montiel, la casa de la Madre, me habla con el lenguaje de su presencia con mayor fuerza persuasiva que ninguna otra, y me habla de sencillez y humildad, de seguridad y fortaleza, de raíz y cimiento, de raigambre y solidez, de estabilidad y permanencia,... Me habla..., de totalidad.



## 5. CÚPULA DE SAN PEDRO

**E**l cuadro –fácilmente se puede apreciar, y así lo escribí ya– está tratado diagonalmente en una noble ascensión de personas y de edificaciones. Y es verdad. Hemos contemplado con mirada amable, ensoñadora, espiritualmente, la casa de Masamagrell y el convento alcantarino de Torrente. Vamos a centrar ahora nuestra mirada meditativa, contemplativa, inquisitiva, sobre la última de las construcciones. Vamos a evocar, a rememorar, seguidamente la cúpula de San Pedro del Vaticano.

En un primer momento podemos apreciar que una amable vereda parece unir los tres edificios. Parte de una palma martirial y se va elevando lenta, progresivamente. A través del túnel del tiempo, se eleva hasta alcanzar un cielo inmortal donde todo es cúpula, todo es redondez, todo es plenitud. “Es el redondeamiento del esplendor”, como diría el poeta.

El camino martirial, camino que recorrió la Familia Amigoniana, parte de una palma. Y se eleva hasta la cúpula, inmensa bóveda, claveteada de puntos de luz sobre la tumba de Pedro, primer

Vicario del Mártir del Calvario. Y es que el mártir, todos los mártires, parten por el camino de la vida, en un lento proceso ascensional, hasta alcanzar lo más alto de la cúpula, donde todo es cenit, todo es mediodía, todo es majestad, todo es luz. Donde todo es centro, todo es adoración, todo es perfección. Donde todo es acción de gracias, todo es alabanza, todo son laudes... Donde todo es bóveda, donde todo es completo porque todo es inmensidad, la inmensidad del Anciano y del Cordero.

“Todo sube en afán contemplativo, como a través de transparencia angélica, y lo más puro que hay en mí despierta, sorbido por vorágine de altura”. Es el recuerdo de un himno de laudes. Es el recuerdo de la gloria del Bernini desplazada a la inmensidad de la linterna de la bóveda que se yergue majestuosa sobre el crucero.

Muchas veces he contemplado la cúpula de San Pedro. Pero nunca me ha parecido tan bella, jamás tan hermosa y majestuosa como en los comienzos de marzo. Es el preludio de la primavera entrante. Los primeros soles de la primavera metalizan su imponente dorso. Abajo, continuo hormigueo de gentes que pasan o pasean por la inmensa plaza. La enorme cúpula, en estas fechas, siempre me ha parecido el manto enorme, gigante, protector del más amante de todos los padres.

Es el 11 de marzo del 2001. A la sombra de la inmensa cúpula nos reunimos o más bien nos cobijamos una inmensidad de fieles de toda raza,

lengua, pueblo y nación. Es día de beatificaciones. Su Santidad elevará al honor de los altares a un grupo de 233 mártires españoles. Entre ellos 23 miembros de la Familia Amigoniana. Me dispongo a seguir la ceremonia con recogimiento y piedad, y recuerdo:

A la falda del Janículo, en San Pietro in Montorio, fue martirizado el apóstol. Sus fieles seguidores le dieron sepultura aquí, al pie del Monte Vaticano, leve espolón de Monte Mario, en el circo de Nerón. Pedro es tumba y es cimiento, es fe y es devoción, es seguridad y es fortaleza.

La tumba del apóstol Pedro, como la del fundador en las familias patriarcales, es cimiento y es cripta, es columna y es fundamento, que culmina en la solemne cúpula que, cual inmensa tiara, simboliza los poderes pontificios y recoge las plegarias de los fieles. ¡Que piadosas oleadas de incienso se elevan hacia lo alto en solemne actitud de adoración!

El tabernáculo de la Capilla de la Comunión en la basílica de San Pedro, es copia reducida del templete que Bramante elevó al Pescador de Galilea, en el lugar en que éste fue crucificado. También en el templete del Bramante todo es cúpula, todo en cenit, todo es mediodía, todo es elevación. En la Capilla del Santísimo asimismo, en San Pedro del Vaticano, todo es centro, todo es perfección, todo es adoración; todo es acción de gracias, todo es alabanza, todo es oración.

A la cúpula del Bramante, a la cúpula de la Capilla de la Comunión, a la cúpula de Miguel Ángel,

sube ingrvada la nube de incienso, suben las plegarias de los fieles, avivadas en la fe de Pedro, avivadas en la fortaleza de Pedro, avivadas en el ara de Pedro... No es esto lo que evoca la cúpula de Pedro, incienso, oración, inmensidad, eternidad?

Cuntas veces he contemplado la cúpula de San Pedro, como la contemplo ahora en el *Cuadro de los Mártires*, con mirada extasiada, contemplativa! Qu bien luce la cúpula ahí, en lo alto del cuadro de Miguel Quesada! Ahí en lo alto es, si cabe, más cúpula, más redondeamiento, más comunión.

Qu bien luce la cúpula de San Pedro como coronamiento de la basílica!

El ejemplo de los mártires y de los santos es una invitación a la plena comunión entre los discípulos de Cristo. “No lo dudis, la sangre de los mártires es en la Iglesia fuerza de renovación y de unidad”, decía Su Santidad Juan Pablo II. Y en otra ocasión: “El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La comunión de los santos habla con una voz más fuerte que los elementos de división”.

La cúpula de San Pedro me parece la más bella imagen de unidad y de comunión de los cristianos. Los mártires de la Familia Amigoniana, los más fieles representantes de la unidad de la familia espiritual del Venerable Luis Amigó.

Qu bien luce la cúpula de San Pedro como coronamiento basilical! Y sigo recordando.

Asegura Su Santidad Juan Pablo II que, proclamando y venerando la santidad de sus hijos e

hijas, la Iglesia rinde máximo honor a Dios mismo; en los mártires venera a Cristo, que está al origen de su martirio y de su santidad.

Y en otra ocasión: “Nunca hubiera podido garantizar un desarrollo de la Iglesia como el verificado en el primer milenio, si no hubiera sido por aquella siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas”.

¡Ah!, y su martirio posiblemente sea la explicación más creíble y veraz, o al menos la más lógica y natural, a los grandes misterios del dolor humano, de la reparación vicaria y de la solidaridad universal; y la expresión más clara y evidente de la santidad de la Iglesia.

¡Que bien luce la cúpula de San Pedro como coronamiento de la basílica! Y sigo pensando.

Y contemplo, uno a uno, los mártires de la Familia Amigoniana junto a la cúpula, cobijados por la cúpula. Y me doy perfecta cuenta de que los mártires constituyen el grupo más perfecto y compacto de seguidores e imitadores del Mártir del Calvario. Su sacrificio, completo y total, nos habla con el lenguaje convincente de los hechos, del sentido católico, ecuménico y eclesial del martirio.

¡Qué bien luce la cúpula de San Pedro como coronamiento de la basílica! Y concluyo:

Unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad... Me recuerdan las notas de la Iglesia. Sobre la tumba de Pedro, el altar de Cristo, sobre el altar la cúpula, sobre la cúpula un cielo de ángeles bendi-

tos, de los mártires que lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero.

¡Qué bien ha representado Miguel Quesada la cúpula de San Pedro! Con sobriedad de rasgos, con pobreza de colores, con matices franciscanos, ha conseguido representar la obediencia al Señor Papa, el “Francisco, repara mi Iglesia”, la humildad franciscana amparada bajo el manto acogedor de la gran cúpula.

Aquí sí que todo es cúpula, todo es mediodía, todo es plenitud. Aquí todo es centro, todo es adoración, todo es perfección. Aquí todo es acción de gracias, todo es alabanza, todo son laudes... Todo es bóveda, todo es completo, todo es inmensidad, la inmensidad que corona desde lo alto el altar de la confesión, del Mártir del Calvario, de Pedro, Vicario del primer mártir... y de los Mártires de la Familia Amigoniana! Aquí todo es perfección.

## 6. LA CRUZ

**E**l primer plano del cuadro de Miguel Quesada lo llena la cruz. El centro del cuadro lo ocupa la cruz. Centra el cuadro, lo enmarca, la cruz. Una cruz sobria, sencilla, lineal, esbelta, estilizada y elegante. Una cruz que, surgiendo de la tierra, alcanza un cielo que le corona de luz. Una cruz que enarbolan los mártires como signo y estandarte. Una cruz que llevan gozosos y que siguen triunfantes. Una cruz...

La cruz es el signo del cristiano y su mejor ideal de perfección. La cruz es centro y es altar, es síntesis y resumen y compendio, es ideal y es modelo, es motivo de seguimiento y signo de contradicción. La cruz recoge el dolor del mundo y reparte piadoso consuelo. Para el fiel la cruz... es todo.

Frente al cuadro, que tan admirablemente encuadra la cruz, yo me pregunto: ¿Qué sentido tiene la cruz? ¿Qué sentido tiene que un grupo de mártires, en actitud procesional, sigan los pasos de la cruz? ¿Qué significado tiene el cortejo de la cruz?

Indudablemente, y para mí, quien centra el cuadro e imprime sentido al mismo, es la cruz. La

cruz es el distintivo propio del Crucificado y el signo más elocuente del martirio. Es el patíbulo del Mártir del Calvario. Y, ¿el mártir? ¿Acaso no es el mártir el seguidor más cercano e imitador más perfecto de quien un día fuera crucificado en el Calvario? Y el suyo, su martirio, ¿no recoge y encierra un dolor vicario, participativo, complementario a la pasión del Crucificado?

De todos modos, y mientras piadosamente contemplo y admiro el cuadro, no puedo por menos de interrogarme una vez más: ¿Qué sentido tiene la cruz? ¿Qué explicación se puede dar al dolor, especialmente al de los inocentes? ¿Por qué el sufrimiento del Hijo de Dios? ¿Por qué el dolor de los mártires? ¿Ayudará, acaso, a completar lo que falta a la pasión de Cristo? ¿No habrá sido el suyo un sufrir piadoso, expiatorio, por sus hermanos? ¿Habrá sido su morir un poner un punto final mientras, zagales vigilantes del rebaño del Buen Pastor, trataban de salvar la oveja perdida, el joven extraviado?

Yo no puedo por menos de confesar mi admiración por el cuadro pero, sobre todo, por los mártires. No puedo por menos de admirar la calidez de su amor desinteresado, eucarístico. No puedo por menos de contemplar el carácter de su sufrimiento que, mejor que ninguno otro, me habla de la interrelación y de la fraternidad universales.

La cruz... “Quien quiera seguirme tome su cruz cada día y me siga”, dice el Señor, mientras se encamina a Jerusalén, donde le espera precisamente la cruz. Y san Pablo: “¡Líbreme Dios de glo-



riarme si no es en la cruz de Cristo y Cristo crucificado!” Y del seráfico padre San Francisco decía el bueno de Tomás de Celano: “Toda la vida de este pobrecillo de Cristo se cifraba en seguir el camino de la cruz, en gustar las dulzuras de la cruz y en predicar la gloria de la cruz”. Y añadía: “Cristo Jesús crucificado moraba de continuo, como hacecillo de mirra, en la mente y corazón de Francisco”.

Y el Venerable Luis Amigó, por su parte, siguiendo la tradición franciscano capuchina, escribía a sus hijos: “Acojamos y estrechemos bien esta tabla de salvación, la santa cruz, que ella nos llevará por entre el mar tempestuoso de este mundo al puerto seguro de nuestra salvación eterna”. Y observó en vida la práctica del piadoso acompañamiento a Jesús y María camino del Calvario. Ordenó a sus religiosos que diariamente tuviesen la meditación de la Pasión del Señor. Y diariamente también, él mismo realizaba el piadoso ejercicio del vía crucis.

“¡Cuán bellos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregonar la salvación!”, decía Isaías. El amable cortejo de hermanos que viene de lo alto, que trae palmas en sus manos, que pisa las palmas del camino, que sigue la cruz, es un cortejo triunfante, vencedor. “Al ir iban llorando, echando la semilla, al volver vuelven cantando, trayendo las gavillas”. Vuelven triunfantes después de librar la más encarnizada de las batallas por salvar la oveja descarriada. Vuelven triunfantes, mártires de la propia misión.

El centro del cuadro lo ocupa la cruz. La cruz dota de equilibrio y proporción al cuadro de Miguel Quesada. Redimensiona el cuadro. Y, a la vez, tira de la mirada del espectador hacia lo más alto del mismo. La cruz es el reclamo más poderoso del Más Allá. La cruz, al igual que el ciprés de Silos de Gerardo Diego, “que acongojas al cielo con tu lanza,/ flecha de fe, saeta de esperanza,/ ejemplo de delirios verticales”.

La cruz es estandarte, es bandera, y es palma que indica el camino. Así lo entendió Santa Teresa de Ávila. “La cruz dice la Esposa/ a su Querido/ que es una palma preciosa/ donde ha subido,/ y su fruto le ha sabido/ a Dios del cielo,/ y ella sola es el camino/ para el cielo”.

Por eso la misma santa escribirá a sus monjas: “Abrazemos bien la cruz/ y sigamos a Jesús,/ que es nuestro camino y luz, lleno de todo consuelo, Monjas del Carmelo”. Y que el Venerable Luis Amigó traducía así: “Acojamos, amados hijos, y estrechemos bien esta tabla de salvación, la santa cruz, que ella nos llevará por entre el mar tempestuoso de este mundo al puerto seguro de nuestra salvación eterna”.

El Venerable Luis Amigó, quien había asegurado ya que no dudaba de que sus hijos tuvieran pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución, les había formado muy bien en el difícil arte de abrazarse a la cruz. Ya en otra ocasión les había escrito: “Amemos la cruz, amados hijos, como tabla de salvación que nos ha de librar del

naufragio en el mar proceloso de este mundo y conducirnos al puerto de la salvación eterna”.

Por otra parte sabía muy bien su fundador que unos a otros nos hemos de servir de cruz, pues así lo dispone el Señor para nuestra santificación, y hemos de llevarla con resignación y hasta con alegría, pues con ella hemos de ir al cielo, pues las crucecitas que unos a otros nos ofrecemos muchas veces, sin quererlo ni pensarlo, son los medios de que el Señor se vale para labrar nuestra santificación, pues nos quiere el Señor mártires a los religiosos, con martirio lento que unos a otros nos damos, y por lo regular sin quererlo ni pensarlo. ¡Sea Dios bendito por todo!

Los Mártires Amigonianos se apiñan en derredor de la cruz. Progresan en pos de la cruz. Saben que el camino de la cruz es camino de vida, camino de esperanza, camino de santificación. Saben, y saben muy bien, que la cruz de Jesús no puede separarse de la resurrección, de la esperanza, del gozo de la vida eterna. Los Mártires Amigonianos, portando la cruz gloriosa, triunfadora, tienen cara de resurrección. Se presentan cristificados, transfigurados. ¡Oh, cruz gloriosa! La cabeza en el cielo y en la tierra los pies...

Nuestro Señor Jesús, que sube con la cruz hacia el Calvario, es paradigma y clave de interpretación de la existencia de todo hombre. Los Mártires Amigonianos, estrechando la cruz, abrazados a la cruz, en pos de la cruz del Señor, son modelos de identificación, como zagales del Buen Pastor, en el ejercicio del propio ministerio.

La cruz, signo del cristiano e ideal de perfección. La cruz, centro y altar, ejemplar y modelo. La cruz, motivo de seguimiento y signo de contradicción, La cruz es síntesis y compendio del seguimiento más perfecto del Mártir del Calvario. Con Pablo de Tarso y Francisco de Asís, permíteme que también yo proclame: “¡Líbreme Dios de gloriarme sino es en la cruz de Cristo, y Cristo crucificado, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!”.

## 7. EL CORTEJO

**A**cerquémonos una vez más al cuadro. Observemos el cuadro. Contemplemos el cuadro.

¡Ya viene el cortejo!

¡Ya viene el cortejo!

Ante la comitiva de mártires que avanza lenta, pausadamente, pero con paso firme, sereno el semblante, me dan ganas de cantar con Rubén Darío, el poeta nicaragüense:

“¡Ya viene el cortejo!

¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines...”

Pero no es éste un cortejo de vencedores al modo humano. Ni cruza bajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes. Ni saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha triunfal. Es un séquito más modesto, más humilde, más sencillo. Pero su triunfo nunca es tan efímero. Es más definitivo. Es el triunfo de la fe. Es el triunfo de la cruz.

En la comitiva se aprecia diversidad de caracteres, pero una misma fe. Diversidad de estilos, pero

una misma misión. Diversidad de dones, pero un mismo triunfo final. En el grupo se distinguen jóvenes y ancianos. Se aprecian varones y mujeres. Destacan sacerdotes y hermanos coadjutores. Hay gentes de la Andalucía feliz, del sobrio Aragón o de la bulliciosa Comunidad Valenciana.

Todos ellos caminan unánimes, concordes, fraternalmente unidos. Les une una misma fe. Les une una misma espiritualidad. Les une una misma misión. Les une un mismo fundador. Les une un mismo espíritu. Les une la misma sangre derramada como arras de un mismo testimonio de martirio.

Proviene de diversas fraternidades amigonia-  
nas: De Amurrio, Torrente, Godella, Santa Rita, Caldeiro... Pero la intuición me asegura la unidad en la diversidad. Una misma fe. Una misma formación religiosa. Una misma casa madre. Una misma estameña franciscana. Un mismo interés por el joven con problemas, extraviado... Una misma fraternidad.

Acerquémonos una vez más al lienzo. Fijémosnos en el cuadro. Veamos el cuadro.

¡Ya viene el cortejo!

¡Ya viene el cortejo! Ya se escuchan los claros clarines...

Este volver de los mártires, en pos del lábaro de la cruz, me recuerda indudablemente el retornar de la Virgen de los Dolores, la mañana del Sábado Santo. Desciende María de las cumbres del Cal-

vario a la llanada del templo. Atraviesa las callejuelas de Jerusalén.

María, nuestra Madre del Dolor, desciende tranquila, pausada, serenamente. Desciende con la serenidad y firmeza con que permaneció, imperturbable, al pie de la cruz. Los cuadros primitivos todavía nos permiten divisar la perspectiva del Calvario. En lontananza las siluetas de las tres cruces desnudas. Campean en lo alto del Monte Santo. Están clavadas tres cruces... Y desciende serena, firme, segura, tranquila. Contra su regazo abraza los signos del crucificado. Acerquémonos, hermanos... Trae consigo los clavos, la corona de espinas, el corazón traspasado por las siete espadas... Alguna que otra lagrimilla, contenida, casi imperceptible, desciende de sus ojos. Y ella desciende a Jerusalén lenta, meditativa, pausadamente.

El cortejo de los mártires amigonianos nos transmite idéntica sensación. Muestra el mismo piadoso efecto. La mayoría de ellos recorrió, serena, piadosamente, su vía sacra particular. De Torrente a Montserrat, subieron la Puchà d'Alt, a su calvario particular. "Al ir, iban llorando, echando la semilla; al volver vuelven cantando trayendo sus gavillas". Parecen descender procesionalmente de un calvario lejano, invisible. Y el cortejo también desciende lenta, silenciosamente. Desciende asimismo con paso firme, seguro, tranquilo, abrazados al lábaro de la cruz. Llevan consigo los signos visibles del sacrificio y de la victoria. Llevan las palmas del martirio.

En perspectiva, al fondo, es verdad, no se divisan las tras cruces desnudas, sino la cúpula del Vaticano. Es el símbolo tangible de la Jerusalén celeste. Es el motivo visible y último de la esperanza cristiana. Los mártires parecen querer ser la copia más lograda y mejor del Mártir del Calvario. Son la Virgen de los Dolores que desciende a Jerusalén la mañana del Sábado Santo. Descienden luego de dar tierra al Hijo Amado. Descienden luego de haber sido tronchadas todas sus ilusiones. Y, para muchos de ellos, tronchadas en flor. Y traen consigo las reliquias, signos de la pasión clavados en corazón maternal.

Hasta el corazón traspasado que los mártires amigonianos lucen sobre el pecho recuerda su total oblación. Su total asociación al sufrimiento de la Virgen de los Dolores. Constituyen los signos más valiosos adquiridos en su ministerio pastoral. Constituyen las reliquias conquistadas en pos de la juventud extraviada. A ello les destinó su buen padre y fundador.

Acerquémonos todavía al cuadro. Exploremos el cuadro. Examinemos el cuadro, el lienzo de Miguel Quesada.

“¡Ya viene el cortejo!

¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.

La espada se anuncia con vivo reflejo;

ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines”.

Los generales romanos vencedores llegan a Roma. Ya suenan los claros clarines, timbales y trompas de guerra. Los cascos de los caballos



enjaezados hieren las piedras por las vías consulares. Ya alcanzan los Foros Imperiales. Ya enfilan la Vía Sacra. El silencio se hace contemplación. Y hasta el tiempo hace un alto y se reposa en su carrera. Ya alcanzan la cima del Capitolio sobre las cumbres del Palatino. Y el corazón de la Roma Imperial, toda la Ciudad Eterna, se hace un inmenso clamor. Y las águilas romanas, los estandartes imperiales cubren la plaza. El júbilo estalla por los cuatro costados de la Ciudad Eterna hasta alcanzar el coliseo y los foros. Es la unánime aclamación a las tropas vencedoras. Es la apoteosis gloriosa del general triunfador.

En aquellos gloriosos años en la Roma Imperial, por los foros, también transitaron grupos de cristianos señalados con la cruz del martirio. Muchos de ellos subieron las gradas basilicales hasta alcanzar la sala de justicia del emperador. Y luego hubieron de descender hacia los foros imperiales, y atravesar su vía sacra particular, hasta alcanzar el lugar del suplicio, el teatro del martirio, su particular teatro del martirio.

Las gentes no les comprenden. Las gentes tampoco les aplaude. No son las tropas vencedoras. Mas bien, *póllice verso*, piden sumaria ejecución. El cortejo desciende tras el lábaro de la cruz. La comitiva desciende tranquila, despaciosamente, como quienes se dirigen al lugar del martirio. Luego sus cuerpos quedan abandonados, esparcidos, mutilados. El cortejo se disuelve. En el mejor de los casos alguna piadosa matrona romana recoge de noche sus cuerpos y les da cristiana

sepultura en alguna catacumba, a lo largo de las vías consulares. Fuera de la ciudad.

Pero los mártires nunca se ven privados de sus arcos de triunfo. Para los hombres de fe es claro que son auténticos vencedores. Y cubren sus sepulcros con el arcosolio. Son vencedores. Son mártires. Son testigos cualificados de la fe.

Contemplemos una vez más el cuadro. Miremos por última vez el cuadro.

El cortejo, la comitiva, de los mártires amigonianos sigue el lábaro de la cruz. No desciende del Calvario. No desciende de la sala de justicia. Lleva su vía sacra particular. Luego, la dispersión y la muerte martirial. De algunos de ellos ni aparecieron sus cuerpos mortales. Sus restos mortales constituyen para sus devotos preciosas reliquias. Ninguno de ellos quedará en el anonimato. No permitiré que su memoria perezca. Su memoria será eterna. Su recuerdo será perpetuo. Brillarán eternamente, de edad en edad, como estrellas en el firmamento. Y de lo hondo del corazón me brota un cántico nuevo:

“¡Ya viene el cortejo!

¡Ya llega el cortejo! Ya se oyen los claros clarines”...

## 8. TRES VIDAS..., UN TESTIMONIO

*T*res vidas...

Desde luego, no me canso de mirar el cuadro, de observar la ejemplar composición del cuadro. Pero, de modo especial, no me canso de contemplar el grupo de las tres hermanas mártires. Elevadas sobre la palma del martirio se presentan como transfiguradas, elevadas, inmateriales, levitantes. Pero, a la vez, serenamente graciosas. Con una serenidad que realza su pacífica grandeza. Como elevadas sobre la suave ala de la misericordia divina, que de la palma reciben leve apoyo.

El fondo de la composición, inicialmente cuajado de negros nubarrones amenazantes, ha sido sustituido por una graciosa celosía de fina palma que filtra la apenas insinuada claridad, la primera luz del nuevo día. Una luz tenue, imperceptible, naciente, que quiere iluminar tejados y azoteas del levantino pueblo de Massamagrell. Parece insinuar el comienzo de una nueva vida, más plena y más feliz. El pintor parece querer señalar el paso de las tres mártires de los torvos días de la persecución religiosa a las celestes moradas de la región de la luz y de la paz.

La casa solariega del cuadro, patriarcal y matriarcal a un mismo tiempo, casa madre de las hermanas, es apoyo y pedestal, es peana de ostensorio y pie de relicario, es soporte de mártires. Es síntesis de las más bellas esencias franciscanas y amigonianas.

¿He dicho casa solariega, patriarcal y matriarcal al mismo tiempo? Pues sí, ya que en los cimientos de la misma reposan los restos mortales de su buen padre y fundador. Y también los restos de Francisca Javier de Rafelbunyol, la religiosa más joven de las tres mártires.

Por otra parte al ingreso del convento, allí a la derecha, en mármol negro luculano, están grabados los nombres de las tres primeras hermanas del Instituto. Ellas, en una eclosión de amor sacrificado, en los días fundacionales, ya lejanos, ofrendaron sus vidas en servicio de los apestados del cólera de 1885. Mártires de la caridad. Sellaron y rubricaron con su sangre el ministerio pastoral que apenas iniciaban.

Tres mártires de la caridad. Tres mártires de la fe. Tres sacrificios..., y una misión, un compromiso, un testimonio. Un testimonio que rubrica de forma especial y decisiva esa su función de casa madre del instituto religioso.

*Tres vidas... Un compromiso.*

Sí, tres vidas y un compromiso. Tres vida y una promesa común. Una promesa sobre el sepulcro del fundador, sobre la solidez de una tumba, con la

solidaridad de unas promesas fraternales. *Com-promittere* es comprometer, es juramentarse con otros, es prometer con las hermanas y apoyadas en la fraternidad. Y toda promesa es solidez y solidaridad. Es compromiso para una misión apostólica.

De la casa paterna partían grupos de hermanas, fraternalmente unidas, fraternalmente comprometidas, para una misión apostólica. Ante el Venerable Padre Luis tuvieron la despedida y el envío, el 8 de febrero de 1905, las hermanas para la misión de Ríoacha, al otro lado de la Ciénaga, en Colombia. Y luego la Sierrita de Santa Marta, para después pasar a los guajiros y motilones. Y en el envío estuvo presente la Madre Serafina de Ochovi, y el Venerable Padre Luis Amigó.

Comprometidas, fraternalmente unidas, a finales de 1927, tuvieron el envío y despedida de las misioneras para la región del Kansu Oriental, la zona más pobre e inhóspita de la China continental. Y allí estuvieron presentes las Madres Serafina y Rosario, Y allí estuvo también presente el Venerable Padre Luis Amigó, despidiendo a quienes partían para la misión, al Oriente.

Y el 3 de noviembre de 1929, también en Massamagrell, tuvieron el envío y despedida las misioneras que partían para las misiones del Bajo Orinoco, en Venezuela. Y estuvieron presentes Serafina, Rosario y Francisca, las tres. Fraternalmente unidas las tres. Y en el envío y despedida también estuvo presente el Venerable Padre Luis Amigó.

Cuando al atardecer del 26 de julio de 1936 la fraternidad de Massamagrell hubo de abandonar

la casa paterna, se dispersó la fraternidad.. Y también ellas estuvieron allí presentes, pero no para despedir la fraternidad, sino para despedirse. Y no para partir a las misiones, sino para buscar leve refugio cerquita, muy cerca del convento. Ahora no se abría una puerta a la esperanza, sino una ventana al dolor. Era la antesala del sacrificio. Y las tres se preparaban en silencio al martirio. Allí quedaron los restos de su Padre Fundador. Una sola fe, una sola vocación, una sola misión, un solo padre, un solo compromiso.

Tres vidas..., un compromiso. El compromiso que les unía en el amor a la misma finalidad a que les destinara su buen Padre y Fundador. Comprometer compromete, asegura, decide, arriesga. Pero es la única fórmula, totalmente cristiana, de pasar de la región de la tiniebla al lugar de la luz y de la paz.

*Tres vidas. Un compromiso... Un testimonio.*

Tres vidas. Un compromiso..., un martirio. ¡Cómo cuesta decirlo! ¡Cómo nos resistimos a decirlo! ¡No quisiéramos decirlo! No obstante la versión más exacta de la palabra testimonio es la de martirio. Tres vidas, un martirio. No, ya sé que no fueron sacrificadas juntas, ni siquiera en el mismo día, pero su sacrificio no podía florecer sino en martirio. Las circunstancias fueron diversas, sí, pero el final fue el mismo. El marco, las connotaciones, fueron otras, pero el espíritu que

les inspiró fue el mismo. Y el mismo fue también su testimonio.

Cuando la madre de Francisca Javier de Rafelbunyol, en horas precedentes a la muerte, le decía a su hija:

–“Y, cuando te pregunten, ¿tú qué les dirás?”  
Ella respondía:

–“No se preocupe, madre, que el Espíritu Santo hablará por mí”. Y en el momento supremo no fue necesario que le preguntaran nada, sino que espontáneamente, instintivamente, exclamó:

–“Que Dios os perdone como yo os perdono”.

Cuando Rosario y Serafina partieron para el martirio también llevaban grabado un compromiso. Y en el momento supremo de entregar su vida, todavía tuvieron valor para decir, con la entrega de su anillo: “Toma, te lo entrego en señal de mi perdón”. Como Saturo, uno de los mártires de Cartago, estas vírgenes cristianas otorgan el perdón y con él el anillo bañada en sangre como recuerdo y memorial de su pasión.

Tres vidas. Un testimonio. Juntas vivieron su formación. Unidas se prepararon para un ministerio. Unidas, y bajo un mismo techo, sufrieron persecución. Unidas sufrieron su testimonio. Unidas sufrieron el martirio. Ante la grandeza de su muerte pudiéramos decir con los primeros apolo-gistas cristianos: “Quienes ante la muerte manifiestan una tal grandeza de ánimo, no pueden estar en el error. Quienes pagan con su propia vida, no pueden engañar. Quienes rubrican con el

martirio su existencia, no es posible que engañen”. Seguramente que en este contexto histórico tiene pleno sentido el dicho de Tertuliano: “La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”. Y hasta tal vez la eclosión de novicias en la casa madre, luego de cesar la persecución religiosa, sea la mejor confirmación del dicho del apologista cartaginés.

En alguna ocasión escribí: “No sé si murieron de perfil, como las heroínas de Federico García Lorca. Ni sé si fue por el frío acero de una bala. Sólo sé que murieron de pie, como mueren los valientes, como mueren los buenos”. Su actitud, de frente, serenas, unánimes y ecuánimes a la vez, así lo proclama. Su serena grandeza así lo testimonia.

Tres vidas. Un compromiso... Un testimonio.



## 9. DEL COLOR DE LAS ALONDRA

**E**n todo lienzo, en toda obra pictórica, el color y la luz constituyen como el ambiente del que aflora el cuadro. Forman como el microclima que da relieve y anima la escena pictórica. Componen el modo de ser de la pintura a la que prestan vida y realismo mágico.

Ante el lienzo de D. Miguel Quesada, inmediatamente uno se da cuenta de lo acertado de la luz y el color del cuadro. El pintor ha colocado el cortejo amigoniano, y lo mismo el grupito de las hermanas mártires, bajo un prisma de luz y un color franciscanos. La luz es una luz cenital, que incide de lo alto, que ilumina de lo alto. El color es un color café, castaño, típicamente franciscano. Color que incluso llegan a reflejar las mismas palmas del martirio. Además el pintor ha estado acertado con los tonos.

Contemplemos primeramente el cortejo de los hermanos. Avanzan juntos, fraternalmente unidos. Avanzan como por una vereda apenas insinuada, terrosa, como lo es el color de las alondras, las humildes avecillas de Francisco de Asís. Lucen

el sayal franciscano, orificados con los años. Muestran sus oros antañones.

Contemplemos ahora el grupo de las tres religiosas –pardo y castaño sobre blanco– semejan ajimeces de ensueño de un convento lejano en el tiempo y en el espacio. Da la impresión, pero sólo la impresión, de que su rostro se ve levemente iluminado en un intento supremo por presentarlas como transfiguradas, iluminadas.

Pasemos, a continuación, a observar los amables conventos del cuadro. Lucen su color, a veces ocre, a veces siena, pero siempre terroso como lo es el color de las alondras. Sus azules cupulillas bizantinas, como bandada de palomas que se apiña sobre el convento, invaden azoteas y terrados. Añaden, ponen una nota de color al cuadro.

Veamos, finalmente, la cúpula de San Pedro del Vaticano. Cuando la hiere un sol fuerte brilla con tonos, irisaciones metálicas. En cambio bajo los pinceles del autor toma en el cuadro el color de las alondras. Es el reflejo del artista. Es el color base de la obra pictórica.

“El hábito deberá recordar a los Religiosos –decía Luis Amigó– que han muerto al mundo, a sus pompas y vanidades, y que, por lo mismo, deben ya tan sólo ocuparse en adornar su alma, creada a imagen y semejanza de Dios y rescatada con su sangre, con el atavío de las virtudes”.

“La túnica será de sayal y de color castaño, como lo usan los PP. Capuchinos, y cortada en forma de cruz. La túnica será de paño pardo y la

cuerda de lana blanca, con tres nudos, que representan los tres votos. Al escapulario irá pegado un capucho del mismo color que aquél, decía el Venerable Padre Luis, para que todo en ellas predique pobreza y desprendimiento del mundo”.

¡Qué bien ha recogido el pintor el ideal franciscano! El hábito castaño, color café, con su capucha, como el que usan los PP. Capuchinos, me trae el recuerdo la devoción que el Seráfico Padre San Francisco profesaba por las humildes alondras.

“La tarde del sábado, después de vísperas y antes de anochecer, hora en que el bienaventurado Francisco voló al cielo, una banda de estas avejillas llamadas alondras se vino sobre el techo de la celda donde yacía y, volando un poco, giraban, describiendo círculos en torno al techo, y cantando dulcemente parecían alabar al Señor”.

El Seráfico Padre San Francisco había dicho: “Nuestra hermana la alondra tiene capucho como los religiosos y es humilde. Su vestido, es decir, su plumaje, es de color tierra, y da ejemplo a los religiosos para que no se vistan de telas elegantes y de colores, sino viles por el valor y el color, así como la tierra es más vil que otros elementos”.

No ignoraba Francisco de Asís que el color les permite a las alondras mimetizarse en los surcos terrales, en los rastrojos labrantíos y tras los terrones de los barbechos. El color del hábito hace al humilde franciscano el fraile más común y querido de las gentes, el más popular, el más cercano y el más humano.

Además el hábito cortado en forma de cruz. Esto le indicaba a Francisco que, “lo mismo él que sus compañeros, habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar la cruz de Cristo en el corazón y en las obras y predicarla con la lengua. Parecían, y lo eran, hombres crucificados en su manera de vestir, en la austeridad de vida, en sus acciones y en sus obras”, como aseguran las Florecillas.

¡Que bien ha recogido Miguel Quesada, el pintor, la luz y el ambiente! La luz incide sobre el cuadro de manera tenue. Viene filtrada, tamizada, por el entramado de palmeras, pérgola de flores, y vuelve el color de los hábitos como más sobrio y más neto. Tan sólo la cruz, sencilla y majestuosa, muestra su brillo metálico.

No sé por qué pero, contemplando el cuadro, tengo la impresión de que el hábito, el color base del cuadro, unifica. Visto en su conjunto el hábito unifica, y los religiosos y asimismo las hermanas, dan la impresión de que tienen más claro su modo de ser y su estilo de vida. Tienen identidad. Se les nota claros, decididos, convencidos, unidos, apiñados, no ya sólo en el cuadro, sino en su espíritu y su misión.

Ese color de las alondras, que constituye el color base del lienzo, une, amalgama e imprime seguridad a las figuras. Los hermanos se muestran decididos. Tienen una ilusión y una meta. Se les ve como protendidos hacia lo alto. Tienen una identidad. Están bien definidos: son religiosos y son santos.

Recuerdo haber leído que Henry Heine en presencia de la catedral, creo que la de Amberes, sentenció: “En aquel tiempo tenían fe. Nosotros tenemos opiniones, y con opiniones sólo no se edifican catedrales”. Presenciando el cuadro me invade idéntico pensamiento: Mis hermanos tenían fe, evidentemente; nosotros tenemos opiniones, y con opiniones sólo no se edifican catedrales. El ser siempre sale a flote. Mis hermanos no sólo tenían opiniones, sino convicciones, y el pintor magistralmente ha sabido extraerlas y hacérnoslas intuir. Tenían identidad y tenían densidad.

Todos los mártires, y cada uno a su estilo y manera, proyectan su mirada en una misma dirección. Todos, prácticamente todos, miran a la cruz, dirigen su mirada a la cruz. Quien, a la parte superior, quien más abajo. Pero todos fijan su mirada en la cruz. Mucho más que el color de las alondras lo que unifica a todos es la cruz, lo que da sentido a la misión de todos es la cruz. Lo que imprime sentido y presta densidad a sus vidas, como religiosos y como mártires, es la cruz. Esa cruz que es centro del lienzo y centra también el ser y el quehacer de los hermanos.

En todo cuadro siempre hay un objeto, un detalle, un algo que es centro de las miradas, y torno al cual el artista distribuye los demás objetos estéticamente. Y siempre también en todo cuadro hay un color base, predominante, príncipe, protagonista, que define el tono del cuadro. Hay colores fríos y colores cálidos; hay colores que atraen y colores que distraen; hay colores que centran y

colores que dispersan. En el cuadro de Miguel Quesada el objeto es la cruz; el tono, franciscano, como lo es el color de las alondras.

El Código de Derecho Canónico dice que “los religiosos deben llevar el hábito de su instituto como signo de su consagración y testimonio de su pobreza”. Mis hermanos y hermanas en el Venerable Padre Luis Amigó, mi buen padre fundador, llevan el hábito, y lo llevan con gallardía, naturalmente, como lo han llevado siempre, habitualmente, que de ahí le vino el nombre. La estameña franciscana es lo que da tono al cuadro, predica consagración y predica pobreza, e identifica a los seguidores de Luis Amigó y del Seráfico Padre San Francisco.

El tono no es esencial. El signo no es esencial. El color no es esencial. Pero sin estos accidentes las esencias se volatilizan, se caen y se pierden, como esencias sin soporte. El tono, la luz, el color, el tiempo, el lugar son accidentes, pero imprescindibles para fijar hechos, acontecimientos, sentidos, ideales,... esencias.

## 10. VICENTE CABANES, CORIFEO DE LA CAUSA

**E**l joven serio, y al parecer lampiño, que ocupa el centro del lienzo es el beato Vicente Cabanes. Se trata del corifeo, portaestandarte, abanderado o titular de la causa. Es el que lleva la cruz. Es el que precede y abre el piadoso cortejo de amigonianos. A mí me trae a la mente la imagen fiel del Bautista de algunos cuadros renacentistas italianos. En dichos lienzos san Juan camina llevando y agitando el vesillo como signo de identidad, y con el escrito: "*Ecce Agnus Dei...*" ("he aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo"). En el lienzo, a la vista está, es un religioso joven, dinámico y muy, pero que muy, simpático.

Pero, ¿por qué ha sido elevado Vicente Cabanes a la categoría de corifeo? ¿Por qué fue elegido portaestandarte, abanderado o titular de la causa? ¿Cuáles han sido las razones? ¿Por qué?

Sencillamente, porque nos ha parecido siempre la imagen más consumada de identidad amigonia. Y lo ha sido, tanto por su forma de vida, como por el desarrollo de la misión específica y de modo especial por su martirio. Visto así, sobre el lienzo,

a mí me parece la encarnación más fiel y la más depurada imagen del joven de la Grecia clásica, la Grecia del siglo quinto de Pericles. No me cabe la menor duda de que da la talla del joven *justo, bello y bueno*. Del joven corifeo capaz de llevar al grupo a la victoria en cualquier competición, agonística, atlética o religiosa que fuera. Evidentemente es un joven muy bien dotado a nivel humano.

Y a nivel de cusa de canonización, ¿por qué ha sido elegido? Pues, por varias razones. Primeramente porque en Roma quieren que toda causa de beatificación y canonización lleve el nombre de una persona singular. Es el titular y corifeo de la misma. Si integran la causa varias personas más, como en este caso, a éstas –en término latino de difícil traducción al castellano– se les incluye bajo la denominación de *socii*. Es decir, compañeros, colaboradores, colegas, personas que tienen o corren una misma suerte o fortuna con el protagonista.

Por otra parte el caso del beato Vicente Cabanes es todo un modelo, prototipo y ejemplar del mártir cristiano. Lo mismo que la muerte del piadoso Esteban fue una copia fiel de la pasión y muerte de Cristo, el martirio del beato Vicente Cabanes es el modelo más fiel de que disponemos, y la copia más literal, del Mártir del Calvario. En él se congregan y aglutinan las características de identidad más representativas del verdadero seguidor de Cristo. Es perseguido, martirizado, perdonó..., no delató.



Por otro lado es el mejor modelo de identidad del religioso terciario capuchino. Y lo es en sus facetas, tanto de director espiritual de la fraternidad, como de pedagogo, amante del joven extraviado. Y lo es como permanente renovador de técnicas para el mejor desarrollo de la misión específica. A más, naturalmente, de su vida profundamente sobria, sencilla, franciscana y religiosa.

De pie ante el cuadro de Miguel Quesada, reflexivo y meditativo como nunca, centro mi admiración y dirijo mi consideración, al personaje central. Visto así, agarrado a la cruz, me parece la copia fiel del Cristo de Miguel Ángel de la romana iglesia de Santa María de la Minerva. Visto así, abrazado a la cruz, ofrece la fortaleza de un líder, bien preparado, en los campos de la psicología y de la religión. Y yo certifico que fue así. Sé que fue así.

Desde los primeros años, que pasó junto al convento de Monte Sión de Torrente, siempre estuvo en contacto con los religiosos amigonianos, con su espíritu, con su religiosidad –entonces de carácter conventual– y con su misión específica de la reforma de la juventud extraviada. Y allí entró en contacto con la misión específica. Fue elegido, como lo fue el apóstol Matías, “de entre los hombres que anduvieron con nosotros... para ser testigo,...” como a continuación se verá.

Nace el Torrente, en el llamado *Huerto de Trenor*, del que su padre era el casero, tapia por medio del conventito de Nuestra Señora de Monte Sión y del sencillo vía crucis del convento. Durante el buen tiempo, en el rellano del vía crucis, ante la

puerta del convento y entre casalicios de pobre mampostería, compartió sus juegos juveniles con sus hermanos José María y Fernando. Y allí pasaba ratos perdidos hasta que su buena madre Carmen, ya al caer la tarde y luego de recogidas las aves, llamaba a sus pequeños para la cena.

“Un jueves por la tarde –así narran la anécdota sus biógrafos– los novicios salieron a dar su habitual paseo vespéral por la vía del ferrocarril que lleva a Valencia. Vicente, atraído y cautivado por el simpático modo de pasear de sus amigos los frailes, que marchaban de tres en tres, empezó a caminar silencioso tras ellos, imitando sus formas de andar e intentando cubrir con rápidos pasos el trecho que sus amigos cubrían con una sola zancada. Abstraído con lo que hacía –como suele suceder a los niños– nuestro protagonista se alejó tanto de sus lugares conocidos y frecuentados que, cuando quiso darse cuenta, ya no sabía dónde estaba y el instinto mismo le dictó que lo más seguro era continuar pisando las huellas de quienes le precedían. Mientras tanto también los novicios se percataron de que el pequeño les seguía y lo acogieron gustosos en su compañía. Pero al llegar al puente de hierro de Paiporta, que tenía que cruzarse por unas estrechas tablas, sintió vértigo y miedo. Y entonces, uno de los novicios, tomándolo en sus brazos, lo pasó a la otra parte”.

Su biógrafo, siguiendo el relato, nos refiere que cuando son trasladados sus restos mortales de Bilbao a Torrente, al pasar por el mismo lugar, recordando la anécdota, exclamará emocionado:

“En este puente recibió Vicente el primer abrazo de la Congregación y ahora recibe el definitivo”.

Contemplando el cuadro, no puedo por menos de imaginar que en aquel conventito, el que asimismo aparece dorado de colores antañones sobre la comitiva, el beato Vicente recibe la primera comunión, y luego ingresará en la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, y en la escuela apostólica de los frailes realizará sus primeros estudios. Las máximas, de que claustros y corredores se ven ilustrados, serán básicas en su formación humana, religiosa y moral.

Y en el mismo convento de Nuestra Señora de Monte Sión, en el cerro del calvario, tendrá su primera misa cantada. El joven Vicente Matías, que éste es su verdadero nombre, da comienzo así a su ministerio apostólico. Es ya sacerdote y, a su edad, es capaz de ejercitar su ministerio apostólico de guía espiritual de los hermanos. Durante el verano suele acudir a Bélgica, a la Escuela de Observación de Moll, para estudiar con Monsieur Rouvroy sicología experimental, tan necesaria para el progreso y desarrollo de la propia misión.

También lo recuerdo perfeccionando estudios en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales. Una vida orientada al perfeccionamiento humano, religioso y sacerdotal, para un mejor servicio de la juventud extraviada a que ha sido destinada la Congregación.

Posteriormente dirigirá la revista *Adolescens Surge*, revista de sicología experimental y dedicada, según el pensamiento del Venerable P. Fundador,

“para fomento de la grande obra de la reforma de la juventud que el Señor ha encomendado a nuestra Congregación”.

Me gusta contemplarlo así, en sus facetas de religioso, sacerdote y formador. Como se le ve en el cuadro, como nos le delinean sus compañeros, como sabemos que fue. En su faceta de religioso fue un constante ascender por el camino de la perfección. Fue sencillo, amable, franciscano.

En su faceta de sacerdote, fue un verdadero director espiritual de la fraternidad. Por su talante juvenil fue alma y vida de las fraternidades en que estuvo. Fue cohesión entre los hermanos, factor de fraternidad. Escribió su buen Padre Fundador: “Los sacerdotes se ocuparán de la dirección espiritual y de auxiliar a los moribundos”. Y así lo realizó también Vicente.

Como psicólogo no cesó de perfeccionarse en sus técnicas, de visitar centros de observación, de prepararse para ejercitar su ministerio con los jóvenes con problemas. Y como mártir, en pocos días llenó muchos años, como dice el autor sagrado. Como mártir fue modelo de serenidad, de entrega, de paciencia, de fortaleza y de perdón.

En la vida hay demasiadas situaciones en las que se puede improvisar, y hasta hay demasiadas cosas de las que no tenemos necesidad. El beato Vicente no improvisó, pues que el martirio no se improvisa, fue sencillamente la rúbrica a una vida de perfección, selecta, santa. Su fiel imagen así me lo hace intuir, es la fiel imagen del zagal del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

## **11. DOMINGO DE ALBORAYA, EL ARTISTA DE LA MISIÓN**

**E**l beato Vicente Cabanes, con cinco religiosos amigonianos más, comparte los honores de primera fila. En ella hay sacerdotes y hermanos coadjutores, misioneros y amantes de la paz conventual. En ella podemos ver religiosos de Valencia, de Andalucía y de Aragón. En ella distinguimos hermanos en actitud de caminar, religiosos que embrazan la cruz y abrazan el evangelio o las constituciones. Pero sobre todo –se les ve– hay gentes seguras, con ilusión, caminantes... Es la mejor síntesis paulina de la diversidad de dones, pero un mismo espíritu, de la diversidad de gracias, pero un mismo ministerio apostólico. Es la mejor síntesis amigoniana de la unidad dentro de un gran marco de bellas individualidades.

Vedlos cómo caminan en solemne cortejo y apretado haz. En el grupo podemos distinguir paladines de la ciencia sagrada del espíritu, de la vivencia franciscana de la fraternidad y de la ciencia del corazón. Es la mejor síntesis de una congregación, apenas nacida, pero pletórica de ilusión, con miras universales, con talante católico, con el inmenso, el gran amor, de sentirse zagales del Buen Pastor.

Centremos ahora la mirada en esta primera fila. Acerquémonos a ella de puntillas. Aproximémonos como quienes desean no molestar. Y observemos el primero de la izquierda, el que va tocado con el berretino oscuro, con el solideo clerical de la época. El que lleva la mirada baja. Es el beato Agustín Hurtado Soler. El Padre Domingo María de Alboraya, para sus hermanos en religión. Es, fue, un gran orador, un músico acreditado y un inspirado poeta, como lo han confirmado sus hermanos; pero, sobre todo, fue un gran religioso y un gran santo.

Ve la luz primera en el pueblo valenciano de Alboraya, junto a la mar salinera, que diría el poeta. En el centro del pueblo, en señorial morada, a la sombra de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción. Y viene al mundo en el seno de una familia cultivada, de artistas. Una familia que sabe bien que la belleza es el esplendor del arte. Y viene unos años antes de que naciera la congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Pero para estas fechas, con motivo de la Orden Tercera, ya el Venerable Luis Amigó frecuentemente visitaba Alboraya, sus ricas huertas y frescas barracas, con su pozo, su higuera, su emparrado y su fila de moreras.

Los primeros estudios los realiza en la escuelita del pueblo, para completarlos en la vecina Ciudad del Turia. Yo quiero recordarlo, como lo recuerda él con cariño, en los días de la Pascua Florida. En las tardes de placer y de *mona*, cuando los jóvenes

salen al *Barranc del Carraixet*, junto a la *Ermitita dels Peixets*, donde desemboca en la Mar Mediterránea.

Las mujeres extienden sus amplios pañuelos, deliciosas taraceas de cuadrado menudo, en la ribera. En él van colocando exquisitos manjares. Y allí se juega hasta la puesta del sol, y festejan los jóvenes. Y los más menudos suben regato arriba hasta alcanzar el *Clot de Trechina*. Y allí zahieren a sus vecinos de Almácer.

—¡Sapos!

—¡¡Raboses!!

Y se motejan mutuamente como para calentar el espíritu antes de iniciar la batalla campal contra otros niños de las barracas y pueblos vecinos.

Luego ya se fue haciendo mayor. La familia se traslada a Valencia y Domingo de Alboraya diariamente acude al seminario conciliar. Estudia latín y humanidades primero, y filosofía después. ¡Ah! completa su formación con clases de música, y obras prácticas de misericordia, lo que le lleva a ingresar en la Familia Amigoniana apenas percibe que los terciarios capuchinos habitan la cercana cartuja de Ara Christi, del Puig.

En los amplios claustros de Cartuja de Ara Christi resoleó su espíritu de silencio cartujano, de pobreza y piedad franciscanas. Los duros días de la cartuja templaron su espíritu para la misión a que estaba destinado. Días hubo en que a sus moradores les faltaba vaso o taza en que beber el agua, empleando para ello cortezas de naranja.

Todo les faltaba, menos la buena voluntad y fervoroso entusiasmo en proseguir su ideal religioso. ¡Cuánto puede un ideal avivado por el fuego de la juventud!

En los años sucesivos se traslada a Torrent, al convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión. En él pudo gozar de las tardes tranquilas de la huerta levantina, de la vegetación ubérrima de sus huertos. En este amable ambiente, de levante en calma, concluye sus estudios de sagrada teología.

Luego pasa a desempeñar el cargo de prior del Real Monasterio de Yuste, en la soledad de Cuacos, en la Extremadura, para principiar luego su misión específica en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Aquí da comienzo propiamente a la misión de reeducador de la juventud extraviada, alejada del camino de la verdad y del bien.

Pero, acerquémonos de nuevo al cuadro. Acerquémonos al religioso del berretino oscuro. Acerquémonos a la figura de Domingo de Alboraya. Comprenderemos mejor que la Cartuja de Ara Christi, el convento alcantarino de Monte Sión y el Real Monasterio de Yuste son tres monasterios que hablan al espíritu, que impregnan todo espíritu religioso, de arte, de silencio y de Dios. El ambiente frecuentemente tiene un lenguaje más penetrante que el de catedráticos de universidades. Pero sigamos adelante. Mejor dicho, prosigamos.

La Santa Sede, queriendo recompensar los méritos y trabajos de sus hijos en la Escuela de



Reforma de Santa Rita, elevó a su buen Padre Fundador a la alta dignidad del episcopado, en cuya elección tomó parte activa el beato Domingo de Alboraya. Esto fue motivo de no pocos sinsabores y disgustos con el entonces superior general.

Por otro lado fue amigo de Su Alteza Real, la infanta Isabel de Borbón, popularmente conocida como La Chata, gran amante de la música y del folklore. El Padre Domingo de Alboraya siempre se escogía las amistades, no para disfrute personal, sino para un mayor servicio a Dios y a sus muchos de la Escuela de Reforma.

En mayo de 1909 viaja con el Venerable Padre Luis Amigó a Roma, con motivo de la canonización de San José Oriol. Luego recorre Italia, Francia, Bélgica e Inglaterra para ver distintos reformatorios del extranjero y poder potenciar la obra en las Escuelas de Reforma que regía la Congregación. Al año siguiente realiza asimismo un viaje de estudios por Europa, en el intento de dar base científica a los métodos psicopedagógicos de su instituto religioso.

Durante 1916, y para atender a su madre enferma, pide un año de excomunión. La gracia le fue otorgada por Roma. Pero por obra y gracia de sus Superiores Mayores se le fue alargando el tiempo pedido, pues consiguen no se reintegre al Instituto hasta bien entrado 1922. Son éstos años de incompreensión y de dolor, en que el Padre Domingo pide por misericordia lo que se le debía por justicia. Verdaderamente, como zagal del Buen Pastor, también humillándose aprendió a obedecer.

Acerquémonos una vez más al cuadro. Como si quisiéramos ver mejor la nitidez de alguna de sus pinceladas. Si observamos bien el lienzo, el retrato del beato Domingo de Alboraya es seguramente de esta época. Se nos presenta como el religioso humilde y humillado. Desde luego, las fotos de paisano de estas fechas a mí siempre me recuerdan, por el parecido de su físico, por el estilo de su carácter, y por la semejanza de su figura, la imagen de don Vicente Blasco Ibáñez, pero a lo religioso.

¡Hombre humilde hasta las lágrimas! En su petición al Sr. Cardenal, para que se le reintegre al Instituto, llega a escribir a modo de conclusión: “Vamos, que nací para fraile y no se ser otra cosa”. Durante estos años viajó a Uruguay y a Argentina, en el intento de agenciar y ofrecer a la Congregación una obra de la propia misión, que pudiera limar roces con los Superiores Mayores. Y, según apunta, “les escribí sendas cartas capaces de mover una montaña, pero ellos ni me han acusado recibo”.

Prácticamente los últimos diez años de su vida los pasó recluso en Dos Hermanas, Sevilla. “Aquí sigo, según él escribe, con mi vida de cartujo en este feliz desierto entre naranjos, oyendo cantar los pájaros, ladrar los perros, mugir las vacas, rebuznar los burros, etc. etc.”

En sus últimos años, escribe el religioso sacristán, “yo le ayudaba diariamente en el Santo Sacrificio. Celebraba con tal devoción, que todo el cánon de la misa lo pasaba llorando. Fue ejemplo de resignación para todos”. Escribió numerosas

poesías y prosas de gran valía y sumamente didácticas para la formación de los educandos. En ellas desgrana la gracia andaluza dentro del estilo valenciano de la popular zarzuela.

En 1935 fue destinado, finalmente, a la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, la institución de sus primeros amores. Pero, ¡cosas de la Providencia Divina!, donde inicia su apostolado como artista de la misión específica, viene a regar y a rubricar con su sangre los surcos de la arada.

Cuando lo prenden en casa de su amigo, el abogado Pastor, tan sólo pudo decir: ¡Paciencia, y hágase lo que Dios quiera! “Que mi voluntad está conforme con la divina para todo”.

Murió así, de perfil, como mueren los valientes, como lo recoge el cuadro de Miguel Quesada. ¡Que hondura de bondad y compasión para los jóvenes! ¡Qué finura de modales y qué abundancia de ideas en sus sermones! ¡Qué bien, sufriendo, aprendió a obedecer! ¡Qué maestro en sus músicas aladas...! ¡Qué artista de la misión específica! Si la belleza es el esplendor del arte, ¡qué genio de la poesía, de la música y de la oratoria! Hombre poliédrico, de gran corazón, misericordioso, eminente..., eminente en todo.



## 12. GABRIEL DE BENIFAYÓ, UNA FLORECILLA FRANCISCANA

**T**odo cuadro hay que contemplarlo con amor para que deleite. Y es preciso examinarlo detenidamente, meditarlo, para que produzca entusiasmo y gozo estético. Cada vez que con estas premisas me acerco al cuadro de los *Mártires de la Familia Amigoniana* descubro nuevos matices y me lleva a nuevas intuiciones que, frecuentemente, se traducen en sensaciones nuevas, vivas, nítidas, atrayentes.

Muchas veces me he preguntado, ¿por qué no se puede leer un cuadro con la misma facilidad con la que leemos un libro? ¿por qué produce mayor dificultad interpretar un lienzo que leer un libro o ver un documental cinematográfico? La razón tal vez esté en que para descifrar un cuadro se pide una facultad superior al simplemente ver o leer, es decir, se exige meditar.

Cuando contemplo el cuadro de don Miguel Quesada no sabría qué admirar más en él, si la fidelidad con la que los hermanos coadjutores en él representados copiaron el ideal franciscano ó la precisión con la que el autor los trasladó al lienzo.

Siempre me ha admirado la fidelidad con la que estos hermanos míos de la primera época supieron copiar con notable precisión la vocación franciscana. Eran pobres, sencillos, humildes, misericordiosos. Su misma vida estimula a la mansedumbre, paz, concordia y benignidad. Conocían muy bien el ministerio apostólico, para el que fueron elegidos, de curar a los heridos, vendar a los perniquebrados y devolver al recto camino a los extraviados. Tanto es así que cada uno de ellos, parodiando a Francisco de Asís, pudiera decir de su vocación: “Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica”. Y ciertamente así lo hicieron con el talante simple y gozoso del más feliz de los franciscanos.

El autor del cuadro ha trasladado admirablemente a la tela todas y cada una de estas cualidades. Ha distribuido discretamente a los religiosos por el lienzo. Nos les ha presentado como modelos de paz y de serenidad. Pero, acerquémonos piadosamente a uno cualquiera de ellos. Acerquémonos sin prevenciones, sin recelos, sin prejuicios. Por ejemplo, al segundo, de izquierda a derecha, de la primera fila. El que el pintor ha colocado entre Domingo de Alboraya y el abanderado de la cruz, beato Vicente Cabanes. Contemplemos al humilde religioso que levanta gozoso entre sus manos la palma del martirio. Se trata de Gabriel María de Benifayó.

Como los amigonianos de la primera época intercala entre su nombre, y pueblo de nacimien-

to, el de María. Esto le traerá a su recuerdo la devoción que deberá profesar a la Señora. Ingresó en el Instituto de edad madura. Había ejercido ya durante varios años el oficio de carpintero. Conocía perfectamente el mandado de San Francisco: “Los hermanos trabajen en algún oficio compatible con la decencia. Y los que no lo saben que lo aprendan”.

Gabriel María de Benifayó ya sabía un oficio. Ingresó en los terciarios capuchinos el año mismo de la fundación. E ingresó en los días difíciles de la Cartuja del Puig de Santa María, Valencia. Formó parte del grupito que al año siguiente, el día de San Rafael de 1890, pasa a Madrid a formar parte de la Escuela de Reforma de Santa Rita. En ella, en tiempos fundacionales, hubo de desempeñar especialmente su oficio de maestro carpintero.

Don Miguel Quesada, el autor del cuadro, nos ha dejado impresa en el lienzo la amable figura de Gabriel de Benifayó como el más paciente de los hermanos coadjutores. Nos le ha retratado con rostro sonrosado, barbita bien cuidada, y esa pose de serenidad que se refleja en su rostro curtido por largos años de privaciones y trabajos. ¡Ah! el pintor ni siquiera ha querido ahorrarle ese su leve defecto físico en su ojo izquierdo, sin duda recibido en alguno de sus lances con la madera. Pues, en sus trabajos de carpintería era un virtuoso del cepillo, la escuadra, la garlopa y las azuelas.

En años sucesivos su vida, como la de cualquier otro religioso, se desarrolla en diversas fraternidades de su Instituto. Primeramente en la

comunidad de Santa Rita, de Madrid; luego en el Real Monasterio de Yuste; seguidamente en el Colegio Fundación Caldeiro, en el Madrid moderno; más tarde en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrente; posteriormente en la Colonia San Hermenegildo, Dos Hermanas-Sevilla y San Nicolás de Bari, Teruel; finalmente en la casa Noviciado de San José de Godella y en la Fraternidad de Zaragoza. En dichas instituciones Gabriel de Benifayó sabe compaginar admirablemente sus trabajos de ebanistería con los de administrador de las fraternidades.

El pintor seguramente no sabe, a parte de no ser fácil poder trasladar una idea al lienzo, pero fray Gabriel, como administrador en tiempos difíciles y de vacas flacas, sabía, siempre que le era imposible otorgar cuanto se le había pedido, dejar contentos a los hermanos con una buena palabra, envuelta en una amplia sonrisa. Pues, el beato Gabriel de Benifayó siempre fue amplio y espontáneo tanto en alabanzas como en encomios.

En sus últimos años, y en los días navideños, solía trasladarse a Valencia acompañado de algún joven aspirante, para comprar alguna garrafitita de anís y de vino moscatel, que luego escanciaba en botellas. Después, con una botellita de cada clase en sus manos, era capaz de repartir a los ciento treinta de la casa y dejarlos contentos a todos. Dejaba caer unas gotitas más de licor y decía: “¡Ché, ya se m´a escapat!” (¡ché ya me he pasado!). Y con el turrón: “¡Ché quin trós!” (ché, ¡que trozo



más grande!). Daba gozo verle repartir a los jóvenes y ¡cómo disfrutaba a sus años!

El beato Gabriel María de Benifayó, con su hábito franciscano y su beatífico mirar, me recuerda siempre la devoción que tanto Francisco de Asís como los primeros hermanos profesaron a los sacerdotes. Siempre manifestaron hacia éstos una actitud reverente, piadosa y confiada.

Los hermanos, cuando se desplazaban por la llanada de Asís, por las montañas de la Umbría, o por la provincia de Francia, donde quiera encontraban un sacerdote, fuese éste rico o pobre, digno o indigno, se inclinaban y reverentemente lo saludaban como les había enseñado el bienaventurado Francisco.

Asimismo de San Antonio Abad dice San Atanasio que era tal su veneración al estado sacerdotal que, en viendo un sacerdote, se hincaba de rodillas y no se levantaba hasta besar su mano y pedir su bendición. Era la actitud que guardaba el beato Gabriel de Benifayó cuando un presbítero se despedía de los hermanos camino de una nueva fraternidad, especialmente cuando partían para América.

Seguramente que para el verano de 1936 el beato Gabriel María de Benifayó se encontraba ya en sazón. Tal cual se le puede apreciar al contemplar el cuadro. Tal vez hasta con la palma del martirio en la mano, que bien pudiera haber sido antes laurel. Sea como fuere, lo cierto es que se encontraba en la fraternidad de la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia).

El día 25 de julio, luego de varios simulacros de fusilamiento, los milicianos lo dejan finalmente libre. Por la tarde parte para su pueblo natal, para la casa paterna. Lo recibe su sobrina María. Pero el 14 de agosto un piquete nuevamente lo recoge y lo recluye luego en la cárcel del pueblo. Antes del amanecer del 16, juntamente con otros cinco sacerdotes más del pueblo, recibirá la palma del martirio. El beato Gabriel María de Benifayó es coronado finalmente con la palma del martirio. La Iglesia así lo ha reconocido el 11 de marzo del año 2001. Ha pasado a engrosar el numeroso ejército de los mártires. Verdaderamente Gabriel María de Benifayó fue siempre un auténtico franciscano.

Viendo en el lienzo la amable figura de Gabriel María de Benifayó me recuerda al religioso de una sola pieza, al franciscano auténtico. Es decir, me recuerda al religioso coadjutor de primera época. A uno de aquellos religiosos que mostraron siempre un extraño equilibrio y una clara coherencia entre su ser y su hacer. Me recuerda al religioso cabal, pleno, íntegro, auténtico, modelo de identidad para religiosos coadjutores.

Su gran sabiduría seguramente estuvo en la coherencia de sus palabras y de sus obras, de su ser con su hacer religioso. Y murió como lo fue su existencia toda, en un acto de fidelidad y oblación de su vida toda a la voluntad de su Señor. ¡Sea por el amor de Dios!

### 13. CARMEN GARCÍA, COOPERADORA PARROQUIAL

**M**ártires de la Familia Amigoniana. Y Carmen García Moyon en el centro. Mirando la cruz. Observando la cruz. Contemplando la cruz. Cuando me acerco al cuadro y veo a Carmen de pie, junto a la cruz, un único sentimiento invade todo mi ser: el del holocausto. Holocausto de su vida cristiana, toda ella consumida en servicio del Convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrente, Valencia. Y holocausto como rúbrica final de la misma consumida por el fuego purificador. De Carmen las llamas tan sólo respetaron unas leves reliquias de su cuerpo, el rosario y el cilicio. Es el testimonio más elocuente de su holocausto. Por su martirio y por el fuego, la beata Carmen fue doblemente purificada.

¡Ah!, ¿que por qué una mujer en un grupo tan numeroso de religiosos y religiosas? Cuando Goya pinta *La Familia de Carlos IV*, la reina Margarita de Parma lo llama *El cuadro de todos juntos*, es decir, el cuadro de toda la familia. Ese es también el mensaje que me transmite el cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana*. Carmen pone en el cuadro la nota del seglar. Carmen es quien confiere al

cuadro esa su dimensión de familia, de totalidad. Ella ha participado de la misma espiritualidad y ha compartido una misma misión. Primero con las terciarias capuchinas, luego con los religiosos de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrente. Su presencia proporciona al lienzo, traslada al cuadro, esa dimensión de unidad. Habla de un espíritu y de una vocación universales.

Desde luego reconozco que no resulta fácil hilar una ligera reflexión sobre la beata Carmen, sobre su vida, su ministerio y su testimonio. Y mucho menos en una época en que prevalece lo manual sobre lo intelectual, lo técnico y práctico sobre lo espiritual e interior. Por eso contemplar la vida de Carmen, mediante la reflexión intelectual, a más de ser extremadamente difícil, es también un acto arriesgado.

De todos modos, y siempre con la mirada puesta en el cuadro, trataré de hilar en mi mente unas leves reflexiones que me permitan comprender mejor la figura de la beata Carmen García. Deseo abocetar, con cuatro pinceladas, su silueta espiritual y moral. Deseo conservar, para mi reflexión personal, cuál fue su vocación apostólica, cuál su legado espiritual y cuál su amable figura, tanto para la parroquia de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrente, como para la Real Pía Unión de San Antonio de Padua.

Desde luego una cosa es cierta. La vocación, el ideal, el martirio, no son realidades que se puedan improvisar. La vocación responde a toda una existencia humana, los ideales le prestan ilusión y

color, y el martirio es la rúbrica final, el sello que imprime carácter a la misma, y es gracia.

Al contemplar el cuadro de los mártires, y advertir en él a Carmen García Moyon, me doy cuenta de lo acertada que resulta la frase atribuida a Napoleón: “La educación comienza veinte años antes de nacer”. Carmen es el mejor certificado de este aserto. Su buen padre, don José García, fue un carlistón de mucho cuidado, de armas traer. O de armas tomar, como se decía entonces. Y me han asegurado que también lo fue el padre de su padre, don Raimundo García. Y apuestan a que también lo fue su abuela doña Gregoria Jiménez, que ¡de casta le viene al galgo...!

En el caso de Carmen también su vena patriótica, su acendrada religiosidad, su ideal de Dios, Patria y Rey, y su amor misericordioso le nace, pues, desde su más temprana edad. Le viene diluida en los genes. Vamos, se puede afirmar que Carmen fue una carlista de toda la vida.

Y Carmen finalizará sus días en la *Asociación de las Margaritas*, como miembro de la junta directiva de la agrupación. Dios, Patria y Rey será el lema de toda su vida. Un lema tan caro también al Venerable Luis Amigó, su buen padre y fundador. Tanto es así que muere al grito de ¡Viva Cristo Rey! Así al menos, dicen, se fue consumiendo su cuerpo envuelto en llamas.

Otro segundo pensamiento que se agrupa en mi mente, mientras contemplo en cuadro, es su talante de propagandista de su fe y religión, incluso de promotora vocacional. Su espíritu inquieto y

andariego le lleva con Asunción, su amiga inseparable, a ingresar en la Congregación de las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Y ese mismo espíritu inquieto y andariego, tres años más tarde, le encamina a salir al mundo en busca de horizontes más amplios, aunque también más comprometedores.

Instaladas ambas amigas en Torrente, lo primero que hacen es acercarse a los Terciarios Capuchinos que ocupaban el convento del cerrillo de Nuestra Señora de Monte Sión. Confiaban, a la sombra protectora del convento, dar rienda suelta a sus afanes apostólicos: Primero sería la limpieza material de la iglesia y el cuidado de las ropas litúrgicas, luego, la catequesis parroquial y, finalmente, todo cuanto fuera para mayor gloria de Dios y honra de la religión.

Pero Carmen considera que no es esto suficiente, por lo que en su casa instala un taller de cristiandad donde, a la vez que imparte a las jóvenes del pueblo rudimentos de corte y confección, les enseña las verdades básicas de la religión. Ella será quien, en los años de la República, con un grupito de compañeras, impedirá que sean derruidos por la piqueta los casalicios del vía crucis del convento. Sin duda hubieron de derrochar fortaleza y decisión.

Mientras observo el cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana*, acude a mi mente una tercera consideración. El relato que en tantas y tantas ocasiones he oído contar de labios del señor cura párroco de Montroy (Valencia), e hijo de su amiga

Asunción. Recuerda con gozo don Salvador Barber que, en días en que su madre pasaba vendiendo chocolate en los pueblos vecinos, lo dejaba al cuidado de Carmen. Ésta tomaba una silla de enea, de esas con respaldo curvado; cubría éste con su toquilla, y colocaba al niño de pie sobre el asiento, incitándole a que diera rienda suelta a su vena oratoria. Ella se constituía en toda la audiencia para el niño. ¿No serán estos los gérmenes de mi vocación sacerdotal? se ha preguntado luego muchas veces don Salvador.

Pero lo que colmó toda sus ansias apostólicas –y ésta es la cuarta y última observación– fue, sin duda alguna, su ingreso en la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, del convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent. La asociación proporcionaba a sus ansias apostólicas un amplio campo en que desarrollarlas, el apoyo de una institución religiosa, y la organización que aseguraba la continuidad necesaria para su desarrollo. De la Real Pía Unión Carmen será uno de los miembros fundadores de la rama femenina, en la que desempeñará asimismo el cargo de tesorera de la misma.

En los últimos, y más fructuosos años de su vida, se desenvolverá como una verdadera catequista, trabajadora social y cooperadora parroquial. Precisamente en el ejercicio de su apostolado social tomarán pretexto sus perseguidores para llevarla al martirio, que sufrirá en forma de holocausto.

Apenas entrado el 1937, una chica del pueblo acude a Carmen para que le ayude a confeccionar su vestido de novia. La boda, naturalmente, no

podía ser sino por lo civil. A Carmen no se le ocurre sino aconsejar a la joven: “Espera un poco a que se aclare esta situación de persecución y te casas por la Iglesia”.

Faltó tiempo a la chica para referir el hecho a su novio, el novio al Comité, y venir los del Comité con dos coches a casa de Carmen parra darle *el paseillo*.

Al anochecer del día 30 de enero de 1937 –que las cosas detestables nunca se hacen a la luz del día– dos coches se pararon en la calle de Santa Ana, 35. Llamaron a la casa de Carmen. Ésta, que llevaba de la mano al pequeño Salvador, hijo de su amiga, es conminada a subir a uno de los coches. Carmen instantáneamente se supuso que era para el consabido *paseillo* sin retorno. Por lo demás ya había asegurado ella muchas veces a las Antonianas en los años precedentes a la guerra: “A nosotras será a las primeras que nos arreglarán, porque somos católicas de cuerpo entero”.

De todos modos, y mientras contemplo el cuadro, y en él a la beata Carmen con ese estilo de mujer sencilla, con esa mirada pacífica hacia lo lejos, con ese su semblante tranquilo, se me muestra como una digna hija espiritual del Venerable Luis Amigó. Participó de su espiritualidad, colaboró en su misión y rubricó con su sangre su apostolado. Es la mujer fuerte de la Biblia. La heroína de la Familia Amigoniana. De quien muy bien se pudiera cantar: “Tú eres el orgullo de Jerusalén; tú, la gloria de Israel; tú, el honor de nuestro pueblo”.



## 14. ROSARIO, MADRE ATENTA Y SOLÍCITA

**E**n el cuadro, objeto de esta meditación, Rosario es la de arriba, la mayor, la más encumbrada. La más empingorotada, escribiría Clarín. Cuando contemplo el lienzo, y dirijo mi vista al grupito de las tres religiosas, no puedo por menos de preguntarme ¿cómo fue posible martirizar a mis hermanas? ¿Por qué quitaron la vida a quienes se desvivían por los demás? ¿Qué pecado cometieron quienes dedicaban sus vidas a toda clase de obras de misericordia?

A esta primera pregunta siguen otras, y otras, y otras muchas más. ¿Por qué tratar de la persecución religiosa como un accidente más de las calamidades de la guerra civil? ¿Por qué intentar ocultar la persecución en el triste marco de una contienda fratricida? ¿Y por qué se dio aquel funesto bando de octubre de 1936 ordenando la destrucción de todo objeto religioso bajo pena de muerte?

Viendo el cuadro, me pregunto, ¿cómo fue posible asesinar a seres indefensos, a religiosas a quienes ni conocían los mismos asesinos, ni las gentes del pueblo, y decir que no hubo persecu-

ción? Pueblo hubo en el que murieron catorce personas, de ellas el vicario y nueve religiosas más de diversos conventos de clausura, ¿y no hubo persecución religiosa? Pueblos hubo en los que fue martirizado el clero en masa, reclutando a los sacerdotes hijos del pueblo de los más lejanos lugares, para que no quedase ni simiente. ¿Cómo afirmar que no hubo persecución religiosa?

Pero, contemplando el grupito de mis tres hermanas, lo que mayormente me hace reflexionar es la valentía de Rosario para rogar a quien se disponía a ejecutarla: “Toma mi anillo, acéptalo en señal de mi perdón”. Luego su cuerpo quedaría insepulto varios días. Nadie lo recogía. Nadie la conocía. Nadie lo enterraba. Era el cuerpo de una hermana mía en religión. Seguramente sus restos mortales reposen en Puzol, Valencia, en lugar desconocido del cementerio. ¡Entonces también había buenos samaritanos, improvisados hermanos fosores!

Yo no sé si murió de perfil, como las heroínas de García Lorca. Ni sé si fue por el frío acero de una bala asesina. No lo sé. Sólo sé que el asesino no la conocía y que en el acto supremo del martirio ella le perdonó. Eso sí, murió al amanecer del 23 de agosto de 1936. Murió en el Camino de Tránsitos, junto a Mas Maciá, en Puzol. Al menos allí apareció luego su cadáver. Y, seguramente, murió de pie. Como mueren los valientes. Como mueren los buenos.

Los pintores, que suelen pasar por diversas etapas de la vida, como todo mortal, a veces tienen

una etapa tenebrista, otras veces pasan por una etapa rosa, o por una etapa azul, como fue el caso de Picasso. Personalmente hubiera deseado que Rosario hubiese sido pintada en tonos rojos, rojos encendidos, rojos intensos de misericordia y de perdón, rojos de martirio. Yo, al menos, en su día la recordaré con el rojo litúrgico, intenso, encendido, de los mártires.

De todos modos, y contemplándola en el cuadro serena, tranquila, con aire de protectora providencia, en mi retina siempre quedará como Rosario de Soano, la madre atenta y solícita.

Refieren las Actas Martiriales que Rosario de Soano –para sus familiares siempre será Victoria– quedó huérfana con sus tres hermanos menores Feliciano, Juan y Eleuterio, a sus apenas trece o catorce años. Y verdaderamente se mostró como la madre de sus hermanos y la ayuda y consuelo de su padre.

Asimismo relatan dichas Actas Martiriales que en casa eran pobres labradores que vivían del campo y de las pocas vacas que podían tener, que tenía que atender al servicio del padre y de sus hermanos, y que se sacrificaba con cariño por su padre a quien ayudaba en todo, y por sus hermanos, para quienes hacía de madre. Tanto es así que asegura un testigo, al referirse al ingreso de Rosario en religión, haber oído decir repetidas veces a los tres hermanos: ¡Hemos perdido nuestra madrecita!

Efectivamente, contemplando su figura, ya cercana a los días del martirio, como la recoge el pin-

tor en el cuadro, y atendiendo, más que a las pinceladas del artista, a la lectura de las Actas Marciales, yo me figuro a Rosario como una persona gruesa, lúcida, de carácter muy agradable y de trato acogedor, en una palabra, una madre atenta y solícita, como son las madres en su madurez.

Y es que el sentido maternal no se improvisa. Y en el caso de Rosario le nace ya en los primeros días de su adolescencia. La palabra madre sabe de entrega, servicio, responsabilidad. Y ser responsable exige ser mujer de vida interior, juiciosa, reflexiva, ponderada, no precipitada ni en el pensar ni en el obrar.

Se ignora por qué ingresa en religión con las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. ¿Fue porque escuchó en su pueblo natal la predicación del Padre Luis Amigó el segundo día de Pascua de 1880 ó 1881? ¿O fue tal vez para seguir ejercitando su instinto maternal con las niñas pobres y asiladas? ¿O tal vez fue por ambos motivos? No lo sé. Pero lo que sí es cierto es que, apenas elegida consejera general de su Congregación, es encargada de las obras de caridad, entonces de hospitales y hospicios. En L'Óllería (Valencia), así consta, se mostró una madre solícita, abnegada y cariñosa para con los pobres ancianos y enfermos del hospital.

Con el cuadro ante la vista, fácilmente se adivina por qué en dos sexenios seguidos fue elegida para el cargo de superiora general de la Congregación, es decir, para regir los destinos del Instituto. "La Superiora General es la cabeza y guía de toda la Con-

gregación –se leía en las Constituciones–; y, sobre todo, la Madre de todas las Religiosas... Deberá estar dotada de un gran corazón, de un espíritu recto, de una voluntad firme, de mucha suavidad en el trato y, sobre todo, de una exquisita circunspección y prudencia”. Y la Madre Rosario estaba dotada, y muy bien dotada, de tales condiciones para servir al Instituto desde la cúpula del mismo.

Las condiciones exigidas me llevan a considerar la actitud maternal de la Madre Rosario de Soano para con las religiosas de Colombia con quienes mantenía una constante comunicación por cartas cordiales y llenas de calor maternal y profunda espiritualidad. Así se lo reconoce quien fuera sucesora suya en el cargo de superiora general. De hecho, “como general, solucionó muchos problemas de la Congregación, especialmente en Colombia, en donde pacificó y unió a las hermanas con todas las demás de la Congregación”, según afirman las mismas Actas Martiriales.

De todas las maneras, y leyendo más en dichas Actas que en las rasgos pictóricos que nos transmiten su fisonomía, su instinto maternal brilló sobre manera en los días de la persecución religiosa. No abandonó la casa religiosa hasta que no logró colocar y poner a salvo a sus hermanas en religión. “En manera alguna podía abandonar –como escribe a su sobrina María Luisa– las treinta casas de religiosas que tenía a su cargo, ni a las muchas religiosas que en ellas había”.

En sus últimos momentos prodigó cuidados maternos a las hermanas. Las fue situando en

casas particulares. Fue la última en abandonar la casa religiosa de Masamagrell. Verdaderamente fue madre atenta y solícita.

En sus últimos momentos, en los momentos del martirio, en un acto supremo de desprendimiento y de amor maternal, sólo pudo decir al asesino: “Toma mi anillo, acéptalo en señal de mi perdón”. Y es que una madre, una madre atenta y solícita como lo era la Madre Rosario de Soano, siempre espera, y siempre también perdona.

Pero lo que me llena de consuelo es saber que había pedido permiso a su director espiritual para ofrecerse como víctima de expiación por los pecadores, por la Iglesia y por la Congregación y morir mártir, si llegara el caso. Su director espiritual se lo concedió y el Señor aceptó su sacrificio martirial.

El artista ha dotado su figura de paz, bondad e instinto maternal. Le ha dotado de rasgos maternales. Verdaderamente Rosario de Soano fue una madre cariñosa, atenta y solícita.

## 15. FRANCISCO, EL PEDAGOGO DE LA OBRA

**D**el color de las alondras” he titulado una de mis anteriores meditaciones sobre el cuadro. Y así es. Si los cuadros de Sorolla se distinguen por su blanca luminosidad mediterránea, este cuadro, el de Miguel Quesada, se caracteriza por esos tonos ocres, terrosos, color castaño, pajizos cual es el color de las alondras. Es la tonalidad que recogen, y a la vez reflejan en el lienzo, tantos hábitos franciscanos.

Pero seguramente que uno de los que mejor reflejan, no diré ya el color, sino ese talante y estilo franciscanos, es el beato Francisco María de Torrent. Se trata del religioso amigoniano, el primero de la segunda fila por la izquierda, del cuadro. El pintor le ha dotado de tales rasgos que difícilmente nadie puede dudar de que se trata del religioso sencillo, humilde y sacrificado, un tanto retraído y algo tímido. Vamos, como si tuviera vergüenza de salir en el lienzo.

Es la nítida imagen que de él me ha quedado en el fondo de mi espíritu al recorrer sus Actas Martiriales. Me parece el franciscano más franciscano de todos, tanto por su estilo de vida, como

por sus actitudes llenas de seráfica belleza. Pues, franciscanos fueron sus padres, franciscana su primera formación religiosa, franciscanas las esencias de los tiempos fundacionales, franciscana la estameña que endosaría en su toma de hábito, Francisco el nombre que recibiría en su profesión, y hasta franciscana su devoción a María Inmaculada, rosa fragante del jardín franciscano, que añadiría a su nombre de religión.

Escriben sus biógrafos que “sus padres pertenecían a la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís”. Repasando las Actas Martiriales de los beatificados por Juan Pablo II el 11 de marzo del 2001, salta a la vista el impresionante número de religiosos, religiosas y seglares martirizados pertenecientes a las Órdenes Terceras de San Francisco.

La Huerta Valenciana de siglos se ha visto especialmente iluminada por la claridad de dos santuarios directamente relacionados con el Venerable Padre Luis Amigó y sus terciarios capuchinos. En la Huerta Norte, el amable convento capuchino de La Magdalena, en Masamagrell. Y en la Huerta Sur, el convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, en Torrente, desde el lejano 1889 morada de los terciarios capuchinos. Y en uno y otro ese potente foco de espiritualidad de la Orden Tercera para impartir por la huerta luz y calor. Ambos conventos han proporcionado varias congregaciones religiosas, numerosas vocaciones de vida consagrada y gran número de mártires beatificados ya o en camino de beatificación.



Al observar el cuadro, en una primera visión, se advierte el gran acierto de don Miguel Quesada. No representa ya la Huerta Valenciana con la tradicional tonalidad verde intenso, moteado de la infinidad de globitos amarillos de sus naranjales, sino con el color terroso, castaño, de sus monasterios, de sus hábitos franciscanos y hasta de sus palmas martiriales. Ocres boreales intensos, ocres celestes y terrestres que se funden jubilosos bajo la luminosidad mediterránea.

Contemplando ya el lienzo con mayor detención resulta impresionante el número de mártires relacionados con la Orden Tercera. Terciario fue el beato Francisco y sus padres, lo mismo que Francisca de Rafelbunyol y los suyos; o Fray Modesto M<sup>a</sup> de Torrente y los suyos, o el Padre Vicente Cabanes. Es decir, terciarios son todos y cada uno de los recogidos en el lienzo, pues todos ellos se honran con el nombre de terciarios, y en la Orden Tercera de Penitencia tienen su origen.

El mismo peregrinante cortejo me recuerda el constante peregrinar los cuartos domingos de mes al convento de la Magdalena o al cerrillo de Nuestra Señora de Monte Sión en Torrente, para deleitarse en el gozo de la fraternidad avivado por el fuego de la espiritualidad netamente franciscana. ¡Qué delicia de espiritualidad y de hábitos franciscanos por los caminos de la huerta!

De todos modos no quisiera que estas divagaciones mías del cuadro me distrajeran de las oportunas observaciones sobre el mismo. Pues no

desearía me sucediera *como a los músicos de Lumpiaque, que se pasaron la noche templando.*

La visión directa del cuadro me ayuda a avivar muchos de mis recuerdos sobre el beato Francisco. En mi mente e imaginación yo lo veo primeramente correteando en sus días juveniles bajo las arcadas del claustro del convento de Monte Sión. Fray Rafael María de Onteniente le sigue con su mirada atenta y compasiva. Es un niño, más bien ya joven, de tez morena, inquieto, vivaracho y un tanto juguetón.

Y en mi imaginación lo veo luego, ya religioso, en las tierras cacereñas del Real Monasterio de Yuste. Se está recuperando de una grave neumonía. La enfermedad, juntamente con la soledad de Cuacos, lo van volviendo más reflexivo, silencioso y pacífico. De aquellas soledades de Jarandilla y Cuacos escribía D. Miguel de Unamuno “se nos despliega allende la abertura de la soledad del monte,... y su paisaje es una delicia de fresco verdor”. En el monasterio Fray Francisco se dedica a socio del maestro de novicios. Además emplea el tiempo restante en los múltiples quehaceres propios de todo monasterio. Asimismo se dedica a su propia formación humanística y religiosa, adquiriendo por su cuenta los rudimentos de cultura general. Y, en la escuelita del monasterio, se le ofrece la oportunidad de mostrar sus dotes naturales de pedagogo de la obra.

Posteriormente, y en lo más profundo de mi espíritu así lo recuerdo, lo veo en Madrid, en el Colegio Fundación Caldeiro, en cuyo ministerio de

la enseñanza gastará los 25 últimos años de su existencia. Siempre fiel al espíritu fundacional dedicará su trabajo a la instrucción y moralización de los jóvenes a él encomendados. Intuitiva, imaginativamente me gusta recordarlo en su escuela, con la *Ortografía Rimada* del Padre Domingo de Alboraya en su mano, o también con la *Ortografía para todos*, de Fray Rafael María de Onteniente, sobre la mesa.

La ortografía del primero enseña deleitando; la del segundo, instruye moralizando. “¡Cuánta moral, cuánta religión, cuánta piedad puede verter en el corazón de un alumno un maestro por medio de los ejemplos, de los ejercicios prácticos, del verbigracia de las teorías... como en esta Ortografía para todos!”, leemos en el prólogo. Y fray Francisco, a estas alturas hombre ya de poco hablar, religioso sobrio, sencillo y claro, sabía verterla a manos llenas en quienes no saben, en el corazón y la mente de los niños más necesitados.

Más adelante –así me agrada figurármelo– gran pedagogo, busca fórmulas para hacer agradables y comprensibles las materias de cualquier asignatura en cada una de sus clases. Obtiene muy buenos resultados. Es admirable por lo bien que prepara a los alumnos para los exámenes. Sabe bien por qué ingreso en la Congregación.

Es un religioso fervoroso, entregado a la formación de los alumnos que le ha designado la obediencia, amante de prepararse con tiempo las clases de cultura y de formación religiosa; en muchas ocasiones acuden a su clase profesores

para felicitar a quien tan bien prepara a los alumnos. Todo esto lo presenta como maestro insigne y el referente más claro del pedagogo de la obra.

Finalmente quiero contemplarlo en los últimos días de su vida, ya en plena madurez humana y religiosa. Ha ido depurando su pedagogía. Se ha vuelto más sencillo, sobrio y ordenado. Ha depurado su arte de enseñar. Los helenos de la Grecia clásica entendían la belleza como el esplendor del orden. Y los medievales la distribuyeron en tres vectores: *esplendor de la realidad*, *esplendor de la verdad* y *esplendor de la forma*. Asimismo veneraban un aforismo: *nunca demasiado*.

Jean Gitton siempre escribía con la papelera al lado. Cortaba, pulía y depuraba. Sabía muy bien que la medida y la proporción producen la armonía. Sabía que medida y proporción transparentan la obra artística. Hacen que el arte desprenda su belleza y luminosidad características.

Fray Francisco, como pedagogo de la obra, era un clásico. A sus educandos les atraía, convencía, modelaba, educaba. Esto le ha convertido en el pedagogo de la obra, en el artista del modelado psicológico.

## 16. VALENTÍN, EL CANTAOR DE LA PEDAGOGÍA

**A** sí define el P. Juan Antonio Vives al beato Valentín María de Torrente, *el cantaor de la pedagogía*. Y cantaor de la pedagogía reeducativa fue durante toda su vida, hasta el momento supremo de su canto final. Valentín la antevíspera de su martirio cantó los Dolores de la Virgen.

—“¿Queréis oír cantar los Dolores de la Virgen al Padre Valentín? Se le oye perfectamente en toda la plaza”.

Y la última tarde de su vida mortal, momentos antes de partir para el martirio, asimismo cantó en *La Torre* las Llagas del Seráfico Padre San Francisco.

—“¡Caramba, -le dice el carcelero a Amparo- cómo se ha lucido hoy tu hermano, cantando las Llagas de San Francisco!”

Sin duda fue éste último su canto del cisne. Sin duda fue éste su canto final.

“¡El arte! ¡El arte! ¡Nada más bello que esta realidad!”, escribía Gustav Flaubert. Y añadía: “Si sobre la tierra y en medio de la nada hay algo que

se pueda adorar, si hay una cosa santa, pura y sublime, algo que nos lleve a ese deseo inmoderado e impreciso de infinito que llamamos alma, es el arte”.

El artista es seguramente la persona más preparada ante el destino. Y Valentín era un artista. Cuando el cisne presiente su muerte ya cercana entonces, dicen, lanza su canto final, ese canto armonioso y melancólico, tierno y melodioso, que exhala al morir. Y el Padre Valentín, con el canto de los Dolores de la Virgen y el de las Llagas de San Francisco, concluyó su vida terrena como el gran cantaor, cantaor religioso, de la pedagogía reeducativa,

¡Ah!, ¿qué quién es el padre Valentín M<sup>a</sup> de Torrente en el lienzo? Pues, de la primera fila, el religioso que abraza el libro contra su corazón. ¿Es el Breviario? ¿Es el libro de la Regla y Constituciones? ¿Son los Santos Evangelios? Nunca lo sabremos. Tal vez ni siquiera el pintor lo sabía. Pero lo que sí sabemos es que Valentín es ese religioso templado, de no gran estatura física, que transparenta rasgos de una recia personalidad, y el más fiel zagal del Buen Pastor. El padre Valentín es, fue, todo corazón.

El beato Valentín es el cantaor de la pedagogía reeducativa, pero en sentido amplio de la palabra. Religioso de cuidada preparación cultural, le aplicamos el calificativo de cantaor de la pedagogía reeducativa por sus brillantes pláticas y conferencias, por sus fervorines y sermones, y por sus escritos de corte pedagógico.

Enamorado de la Congregación, y dotado de gran celo apostólico, su figura es tal cual aparece en el cuadro: más bien bajito, pero robusto, y dotado de gran personalidad. De temperamento ardiente, vivía en constante lucha por ser bueno y por hacer el bien. Era alegre, dicharachero, optimista. Estaba siempre contento y de buen humor.

Siento que mi ángel me arrebatara de mi lugar y que me trasladara ahora a contemplar al beato Valentín en la Escuela de Reforma de San Vicente, en Burjasot (Valencia). Y también en el lejano y querido Asilo de San Antonio, de Bogotá. Y, finalmente, en la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, “la más importante fundación de la Congregación”.

En estas escuelas de reforma y de protección paternal el beato Valentín siempre se manifiesta como un padre, y padre amoroso y solícito, para con los hermanos de la fraternidad y para los alumnos de la institución. Más que como superior se desempeña como un experto director espiritual. Cada día en la misa –así lo han reconocido los más cualificados testigos en las Actas Martiriales– dirigía la palabra a la comunidad y a los alumnos. Cada día tenía con ellos la hora de familia. Y cada día también se preocupaba por la propia formación científica y religiosa para el mejor desempeño de su ministerio apostólico y pastoral. “No olvides, Valentín, –se decía él a sí mismo– aquella palabra de Apeles, pintor famoso, que no dejaba pasar día sin trazar una línea. Y si algún día se le pasó, decía amargamente: “Hoy no he trazado línea alguna”.

Refiriéndose a la formación de los niños de las instituciones el beato Valentín aseguraba que “toda la labor del Inspector debe tener como blanco y meta la *educación moral*. He aquí el punto culminante de la educación, la reforma del corazón”. Es decir, blanco y meta de la educación es la moralización, elemento bastante más importante, serio, empeñativo y completo que no la simple resocialización. Para el padre Valentín, el fin de la educación no puede ser únicamente integrarlo en la sociedad, volver al niño sociable, sino el ir haciendo que cada día crezca en ciencia y santidad, procurando esculpir profundamente en su corazón la imagen de Jesucristo para que, ni el vendaval de las pasiones, ni los torbellinos seductores del siglo, puedan luego desarraigarla o desvanecerla.

Llegados a este punto el beato Valentín se preguntaba:

–“La Congregación necesita apóstoles, necesita santos, para tocar el corazón de los jóvenes extraviados, ¿quién lo duda?”

Y para esculpor del corazón se preparó Valentín estudiando las ciencias del espíritu. Y por ello habla con tanto entusiasmo de la pedagogía como ciencia y como arte, de organizar el sistema pedagógico propio, de la necesidad siempre de un orden, de la formación integral de la persona, de la ley de la armonía, de la formación del carácter,... para la reforma del corazón, centro y meta de toda verdadera reforma.

Ahora percibo que mi ángel me conduce como de la mano al norte. Me traslada al Seminario Seráfico



de San Antonio, en Pamplona, primero. Después me transportará al Seminario de San José, de Godella (Valencia). Y en ambos centros encontraré al beato Valentín en la noble tarea de atraer vocaciones religiosas y de prepararlas adecuadamente para la noble tarea de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor.

No cabe duda de que el beato Valentín desea una formación completa y específica para los religiosos: No cabe el menor género de duda de que, la completa formación de los estudiantes en sus tres aspectos, moral, intelectual y religioso, ha de ser el deseo más ardiente del Padre General, deseo que asimismo hace suyo.

–“Ahora bien, estos apóstoles, estos santos, asegura, no nacen como los hongos en el monte, sin industria humana, luego hay que plantarlos, hay que criarlos y formarlos, con atinada dirección y exquisito cuidado, tanto mayor cuanto más numerosos son los enemigos que a su paso se presentarán y más ardua la batalla que consigo mismo han de librar”.

Finalmente mi ángel me conduce al interior de mí mismo, me constriñe a una mirada retrospectiva, y me obliga a una síntesis, breve y dolorosa por incompleta, como lo son siempre las síntesis. Y me presenta la imagen –imperceptible en el cuadro– de un Valentín religioso plenamente identificado con el ideal amigoniano, tanto por su formación religiosa, espiritual y técnica, como por su espiritualidad, y por el desempeño de su misión específica.

El beato Valentín, muy piadoso siempre, de predicación sencilla y atrayente, devoto de la celebración eucarística, profesó una gran devoción a Nuestra Madre de los Dolores y a nuestro Padre San Francisco, a quienes reconocía como sus Santos Patronos y Titulares.

Todavía, antes de retirar mi mirada de la contemplación del cuadro, dirijo por última vez mi vista al padre Valentín. Y he de reconocer que es verdad: religioso sencillo, de una profunda espiritualidad franciscana, fue un gran acogedor y formador de vocaciones religiosas, pero sobresale especialmente por ser el cantaor de la pedagogía reeducativa y uno de los más fieles zagales del Buen Pastor.

## 17. SERAFINA DE OCHOVI, LA MUJER FUERTE

**U**n amigo mío, pintor por más señas, me asegura que para estudiar críticamente un cuadro se requieren, al menos, dos condiciones previas: sensibilidad artística e independencia de criterio.

—¡Aimé!, le respondo. Pues diosa fortuna de ambas cualidades no se mostró excesivamente espléndida hacia mi persona, que digamos.

—¿Entonces?

—Entonces..., como ocurre siempre, únicamente por vía de amor se consigue superar tales contratiempos. Es la única salida que me permite diosa fortuna. Es la vía que he tenido que elegir.

Indudablemente la crítica de un cuadro requiere gran sensibilidad artística, capacidad de interiorización, detenida observación del lienzo, habilidad para sentir su belleza, y sintonía para poder percibir las más leves vibraciones de la obra de arte en el fondo del alma. Y arte, orden, belleza, armonía..., tan sólo se perciben si vibran en planos directamente conectados con una gran sensibilidad.

Por otra parte –y me refiero a la segunda de las condiciones requeridas, según mi amigo– ¿cómo me pudo manifestar imparcial ante el cuadro de mis hermanos mártires, y hermanos muy queridos en religión?

–¿Sabes que en 1936 seis de ellos formaban parte de la fraternidad, de la que desde hace muchos años formo parte también yo?

–Entonces...

–Entonces... lo tengo difícil, ¿no?

–Indudablemente lo tienes difícil, responde mi amigo. No te arriando las ganancias.

Efectivamente, no me va a resultar nada fácil analizar el cuadro con independencia de criterio, con criterio de imparcialidad. De todos los modos trataré de llevarlo a cabo lo mejor que sepa y pueda. ¡Y sea todo por el amor de Dios, como diría el Venerable Luis Amigó,... y de los mártires, mis hermanos!

Comenzaré hoy mi reflexión por Serafina de Ochovi.

Serafina –así la recoge el pintor en el lienzo– es la religiosa que parece querer envolver el convento de Monte Sión bajo un amplio abrazo maternal. Mírenla seria, sobria, franca, mujer de una sola pieza. Parece la mujer fuerte de la Biblia. Es la figura femenina más cercana a la cruz. ¿Por qué será que la cruz es siempre el punto de referencia en el *Cuadro de los Mártires*? ¿Por qué será que la

cruz es siempre la imagen preferida del mártir y del cristiano?

Serafina de Ochovi vio la luz en el pueblecillo navarro de su mismo nombre. En el valle de Iza. En la cuenca de Pamplona. Su familia era de cristianos viejos, como se decía entonces. Fueron ocho robustos vástagos, ocho hijos. Cuatro hijos y cuatro hijas. La campana de la iglesia marcaba el ritmo de vida de la aldea. Y su párroco, don Máximo Rodicio, que lo fue de la aldea por más de 57 años, acomodaba el horario de misa y rosario a las necesidades de la feligresía. Don Máximo con el tiempo consiguió hacer de Ochovi un pueblo levítico.

Don Hilarión y Juana Francisca dedicaron al Señor la mitad de su prole. Dos de sus hijos, Otón y Bernardo, y otras dos de sus hijas, Petra Estefanía y Manuela Justa, se consagraron a Dios dentro de la Familia Franciscana. Ingresaron primero los varones, en los capuchinos de Pamplona extramuros. E ingresaron como hermanos legos o coadjutores. Otón partiría pronto para las misiones del archipiélago de las Carolinas. Bernardo sería quien tiraría de sus hermanas hacia el convento. Que los capuchinos de Navarra siempre han sido los primeros promotores vocacionales para las hijas espirituales del Venerable Luis Amigó.

Lo cierto es que Manuela Justa, a sus quince años de edad y mediada ya la primavera en tierras navarras, concretamente el 8 de mayor de 1887 se dirige al Santuario de Nuestra Señora de Montiel en Benaguacil, Valencia, donde hará su noviciado y emitirá sus primeros votos religiosos.

Luego de un quinquenio de votos temporales emite los perpetuos en 1896. En este tiempo se mostraba ya como una religiosa piadosa, observante, y muy amante de la oración y de la pobreza. Era, por su mismo carácter, una religiosa formal, seria y responsable. Tal seriedad mostraba en su formación, y madurez en su vida religiosa, que en el tercer capítulo general de la Congregación, tenido en 1902, fue elegida consejera general, cargo para el que sería reelegida en los capítulos generales sucesivos hasta su martirio en la huerta levantina. En su vida simultaneó el cargo de consejera general, con el de superiora de las casas, la postulación o los servicios más humildes.

Contemplando el cuadro yo percibo a Serafina de Ochovi en cuatro rasgos fundamentales que constituyen como el cañamazo de su vida religiosa. Que son como la silueta espiritual de Serafina: Su sentido contemplativo, su actitud penitencial, su espíritu de minoridad y su amor fraterno.

En cuanto al sentido contemplativo ya su venerable Padre Fundador les había escrito en las Constituciones: “Deben las religiosas anteponer este santo ejercicio de la oración a todos los demás, y a él dedicar todo el tiempo que puedan disponer”. Y la Madre Serafina así lo hacía. Las Actas del Martirio así lo certifican: “La Madre Serafina, con la Madre Rosario, hacían todos los días el ejercicio del vía crucis. Si no se le encontraba en otra parte, estaba en la capilla orando ante el Santísimo”.

Y era tal su fe en la presencia del Señor en la Eucaristía que cuando alguna de sus hermanas le reclamaba algo que materialmente le era imposible otorgárselo, le decía: “Ande, hermana, vaya al Sagrario y dígame a Nuestro Señor lo que nos hace falta”.

Su actitud penitencial la tenía bien grabada por su origen franciscano de la Venerable Orden Tercera de Penitencia. Conocía muy bien que provenía de los Penitentes de Asís. Por lo demás también su buen padre fundador se lo había inculcado: “Penitencia y oración –les había escrito el Venerable Padre Luis Amigó–. Ved aquí, amados hijos, las dos alas con que nos hemos de remontar hasta el trono de la misericordia de Dios, para implorar el perdón de nuestros pecados y de los del mundo, con la seguridad de conseguirlo”.

Su espíritu de minoridad, es decir, de hermana menor, seguramente que lo pudo apreciar muy bien y lo bebió de sus hermanos capuchinos en Pamplona en el convento de San Pedro extramuros. Los capuchinos, y los hermanos coadjutores de modo especial, sabían bien por la práctica lo que supone esto. Es desapropio total de cosas, de casas, de personas y aún de la propia voluntad.

¿Y qué decir de su amor fraterno? Se llamarán hermanos, decía Francisco de Asís. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común, aseguran los Hechos de los Apóstoles. Tenían un solo corazón y una sola alma. Vivían la fe en la fraternidad los primeros cristianos. Y así lo conocía y practicaba Serafina.

Contemplando el lienzo, y conociendo un poco la vida de Serafina, se puede decir que en la casa paterna fue educada en la honradez y santo temor de Dios. En religión fue formada para el deber, con escasez de medios, dentro de un espíritu muy franciscano, sobrio, pobre, sencillo y sacrificado.

Serafina trabajó desde muy temprano. A su ingreso en religión se unió su sino de mujer con el voto de pobreza y obediencia, lo que le transformó en un espíritu exigente, penetrado del deber, pobre, sencillo, humilde y obediente.

*“Carne de yugo ha nacido/ más humillado que bello,/ con el cuello perseguido/ por el yugo para el cuello”*, escribiría Miguel Hernández. Cuarteta que fácilmente se puede aplicar a Serafina. Desde sus primeros años juveniles, fue uncida al yugo para el trabajo. Y murió en el surco abierto con dolor por el amor.

Transcurrió su vida en servicio y sacrificio. Murió lejos de su tierra. Murió lejos de su casa solariega. Murió entre naranjos, cuando todavía verdeaba su fruto. Murió en los arrabales de un pueblo levantino, cuando aún no había nacido el día. Murió entregando todo lo que poseía al morir. Murió virgen, entregando su anillo de desposada de Cristo a su asesino. Y murió perdonando. Murió en paz.



## 18. LAUREANO, BERNARDINO Y BENITO

**D**ispersos por el cuadro se encuentran los beatos Laureano, Bernardino y Benito. Fueron martirizados en las primeras horas del 16 de septiembre de 1936. Y fueron martirizados en la Masía de Calabarra, en término de Turís, Valencia. Allí, al pinar de entrada a la hacienda, junto a la carretera, fueron conducidos en dos coches. Y allí, con la complicidad de la noche y de los milicianos de la alquería, fueron fusilados los tres.

Cuando en el cuadro me topo con alguno de sus rostros, siempre me invade el mismo pensamiento. Me recuerdan los *Diálogos de Carmelitas*, de Georges Bernanos. Las mártires del Carmelo de Compiègne en seguida intuyeron su martirio. Avanzaron hacia el patíbulo alentadas y preparadas por su priora Teresa de San Agustín. Ante la guillotina renovaron sus promesas del bautismo y los votos. Luego subieron al cadalso cantando himnos sagrados, la *Salve Regina* y el *Veni Creator* después. Y fueron martirizadas apenas concluida la solemnidad de su patrona, la Santísima Virgen del Monte Carmelo. Era al amanecer del 17 de julio de 1794.

Laureano, Bernardino y Benito también presintieron enseguida que habían de ser martirizados. Por eso, ya en casa de doña Trinidad Navarro, en que habían hallado piadosa acogida, se preparaban al martirio con la lectura del *Libro de Job*.

–“Descuida, contestaba el beato Laureano a la dueña de la casa, que todavía no es llegada la hora. Estoy preparándome leyendo el *Libro de Job*”.

También se disponían al martirio con el rezo frecuentísimo del *Santo Rosario*.

–“Hay que obligar a la Santísima Virgen, pues en esta octava habrá grandes cosas”, aseguraba Benito, hermano de sangre y religión de Laureano.

Ya en la cárcel del pueblo el 15 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de los Dolores, se los cantaron a la Santísima Virgen, patrona del Instituto. Bien entrada la noche fueron sacados de la cárcel del pueblo. Descendían las escaleras de *La Torre* despacio, lentamente, con la seguridad de quienes se van acercando al suplicio. Bajaban las escaleras con paso firme, sostenidos por su firme fe. No bajaban atados. Y a la madrugada, antes del amanecer, fueron sacrificados en la masía de Calabarra. Lo mismo ocurriría dos días después con otros cinco amigonianos. También fueron sacrificados antes de ser de día. También fueron martirizados al amanecer, luego de haber cantado la tarde anterior las Llagas de San Francisco, en la festividad de la Impresión de las Llagas. Los mártires de Rafelbunyol –la beata Francisca Javier entre ellos– fueron asimismo martirizados al día siguiente de la Virgen del Milagro, patrona del

pueblo. Y también los Mártires de Benifayó –entre los cuales el beato Fray Gabriel– fueron rematados a las primeras horas del 16 de agosto de 1936, al día siguiente de la festividad de Nuestra Señora, en plenas fiestas patronales del pueblo.

Es curioso observar que, quienes entre las tesis de su programa político tenían *la demolición de la Iglesia*, elegían con mimo hasta la fecha de ejecución de sus víctimas. Y cuando se desciende cuidadosamente a detalles tan nimios vamos, creo yo, no es admisible poner en duda el hecho de la persecución religiosa.

Escribía J.J. Sender en *Réquiem por un campesino español*: “El que se muere, rico o pobre, siempre está solo aunque vayan los demás a verlo. La vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué”. Las Carmelitas de Compiègne subieron al cadalso en presencia de una gran multitud de curiosos. Condenadas a muerte, fueron expuestas al público espectáculo de ángeles y hombres. Laureano, Bernardino y Benito en cambio fueron ejecutados en la soledad de la noche. Y lo mismo Francisca Javier de Rafelbunyol, y el beato Fray Gabriel de Benifayó,... Pero, como dice J.J. Sender, “el que muere, rico o pobre, siempre está solo aunque vayan los demás a verlo”.

De todos modos es muy común la muerte de los mártires en despoblado y en parajes solitarios, en el centro de la noche, antes de ser de día o al amanecer. Seguramente que el acto de quitar una vida nunca es un acto agradable. Aún más. La mayoría de las veces seguramente abochorna a los mismos

asesinos, por más que luego se glorien de sus actos. Tal vez por esto escriba Bernanos: “Después de todo son pocas las madres de los santos mártires que están en el calendario”.

Contemplando el cuadro, meditando el martirio de Laureano, Bernardino y Benito, uno se da perfecta cuenta de la escasa importancia de cualquier acción humana ante el dueño de la historia. A escasos tres años de estos hechos, también los asesinos serían ejecutados al amanecer de un día cualquiera. Lo irrelevante de los hechos humanos me recuerda la historia sagrada. El Señor elige a Asur, vara de su ira y bastón de su furor, para castigar a su pueblo Israel. Pero, ¿Se envanece el hacha contra quien la blande? ¿Se gloria la sierra contra quien la maneja?, se pregunta el Señor.

Y recuerdo las palabras del salmista “El que plantó el oído, ¿no va a oír? El que formó el ojo, ¿no va a ver? El que educa a los pueblos, ¿no va a castigar? El que instruye al hombre, ¿no va a saber? La fe en la providencia divina, y la lectura de la historia sagrada de Israel, permiten redimensionar las acciones humanas; certifican y avalan que lo único interesante para toda persona humana es obrar siempre el bien.

Es verdad, seguramente las acciones humanas humanamente hablando tienen escasa importancia. Sin embargo, desde el punto de vista de la fe, adquieren una trascendencia cósmica. El martirio de Laureano, Bernardino y Benito coopera a lo que falta a la pasión de Cristo y colaboran a enriquecer el caudal de gracias de la redención.

Pero, a más de lo dicho, nos han dejado el magisterio de su martirio. Como cordero que no bala fueron conducidos al matadero. La providencia divina paulatinamente les fue privando de todo. Finalmente los asesinos les privaron de lo único que ya poseían, es decir, de su propia vida. Pero nos han legado el testimonio de su ejemplo, en la grandeza de su tránsito.

El padre Laureano nos dejó el testimonio de su corazón quasi maternal. Cuando en 1931 los Jesuitas fueron expulsados de España él se presentó en la casa profesa de Valencia:

–“Padre, vengo a llevarme a uno de los religiosos ancianos de la comunidad. Nosotros cuidaremos de él”.

Los mismos amorosos cuidados prodigaría a su Venerable P. Fundador durante la enfermedad de 1926. También lo atendería personalmente en sus últimos momentos prodigándole atenciones quasi maternales de amor. El padre Laureano, de carácter afable, apacible y bondadoso, durante su vida fue la imagen fiel del Buen Samaritano.

El beato Laureano era bajo de estatura. De carácter complaciente y afable. Jamás se le vio airado o irritado. Muy caritativo. Se preocupaba mucho de los enfermos y demás necesidades de los miembros de la fraternidad.

Por otra parte su buen hermano, de sangre y religión, Benito nos ha transmitido el testimonio de una vida sobria, discreta y religiosa. Su presencia transmitía bondad; su figura, fraternidad; su

amplia sonrisa, humildad y disposición para los trabajos más humildes. Fue un religioso sencillo, austero, de poca palabra, y muy devoto de la Eucaristía y de la Virgen de los Dolores.

Del beato Bernardino de Andújar cabe decir que era de carácter tranquilo, reposado, piadoso y pacífico; y, de un espíritu muy proclive al silencio, al trabajo reposado y a la oración. Desde sus años juveniles manifestó una especial devoción a la Eucaristía, a la Virgen de los Dolores y al Patriarca San Francisco, la que manifestaba bien a las claras en sus largos años desempeñando el oficio de sacristán.

Físicamente era bajito, llenito de carnes, de carácter apacible y acogedor, de temperamento sanguíneo y con su gracejo andaluz, no exento de la natural gracia de las gentes del sur. Era la imagen del franciscano más orondo que, doquiera se encontraba, era portador de paz y bien y hacía fácil la convivencia y fraternidad conventuales.

De todos modos el testimonio más elocuente que nos han brindado Laureano, Bernardino y Benito, fue sin duda el de su martirio. Su vida sencilla, clara, transparente, fue rubricada con el derramamiento de su sangre. Este es el sello más elocuente con que la persona humana puede rematar su fe y sus días terrenales.

Don Miguel Quesada así les ha recogido y repartido por el cuadro. Como fueron en vida: sencillos, amantes, piadosos y siempre muy hermanos y amigonianos.

## 19. TRES DE MADRID

**A**seguraba Ortega que cualquier cosa se vuelve interesante en cuanto la miramos despacio, en cuanto la meditamos. Y así es. A medida que voy observando el cuadro, hasta los rasgos más nimios del mismo se me vuelven fascinantes. Me acrecientan el amor hacia mis hermanos. Les valoro más. Tal vez tuviera razón Víctor Hugo cuando escribía que uno vale más si sabe que le miran.

De todos modos, ¡cuánto se acrecentaría la fraternidad si valorásemos a los presentes como valoramos a los que ya se han ido! ¡Cuánto ganaría la fraternidad si mirásemos a los hermanos terrenales con el amor con el que tratamos a los santos del cielo! La dificultad tal vez estribe en que los santos han resultado siempre más molestos en vida que luego, a conclusión de la misma, por una parte. Y por otra, porque gozan ya del Señor Jesús allá lejos, muy lejos, en un cielo infinito de infinitos colores y tonalidades. Esto les da un mayor atractivo y les hace más dignos de nuestro amor. Sea como fuere, lo cierto es que de tanto contemplar a mis hermanos en el cuadro de Miguel

Quesada he logrado cada vez quererlos más y amarlos más.

De Domingo hablé ya en una de las meditaciones precedentes. Es el cantor del apostolado con los jóvenes extraviados. Es el artista de la propia misión. Timoteo y Crescencio son los currantes de la misma, es decir, simples zagales del Buen Pastor. Los tres sufrieron martirio en los alrededores de Madrid. Allí, en la capital de España, ejercían su apostolado. Y allí, en la capital de España, los tres siguieron parecido camino martirial.

Domingo fue apresado juntamente con su amigo, el abogado Francisco Pastor, en casa de éste. Ambos fueron llevados a la Dirección General de Seguridad, es decir, el Comité Provincial de Investigación Pública, situada entonces en el Círculo de Bellas Artes, en la calle Alcalá 40, en el que –según Agustín de Foxá– “funciona la gran checa roja”.

Crescencio, por su parte, fue detenido mientras caminaba por la calle de La Montera. Se encontraba solo e indocumentado. Él mismo exigió –¡qué gran error!– que lo condujeran a la Dirección General de Seguridad, todavía situada entonces en los bajos del Palacete de Bellas Artes.

A Timoteo, en cambio, lo detuvieron en casa de su hermano Roberto. Lo llevaron primero a la checa de Alberto Lista 65, y luego a la de Fomento 9. A esta última, en las fechas de que tratamos, había sido ya trasladada la Dirección General de Seguridad, mejor dicho, Comité Provincial de Investigación Pública.



Precisar hoy mayores pormenores, y más cuidados detalles, sobre los últimos momentos de nuestros tres mártires es prácticamente imposible. Lo que sí es cierto, según escribe Torcuato Luca de Tena en sus *Memorias*, es que Rafael “Alberti formó parte de los tribunales populares en la checa de intelectuales establecida en el Palacio de Bellas Artes de Madrid, que mandó al paredón a tanta gente”. De esta “cheka de intelectuales instalada en Bellas Artes, donde dictaba las sentencias de muerte el dulce poeta Rafael Alberti”, seguramente que el vate gaditano hubiera podido aportar mayores detalles y más precisas indicaciones sobre los últimos momentos de los mártires amigonianos.

Durante las fechas en que fueron sacrificados los terciarios capuchinos –según escribió también Torcuato Luca de Tena– “Santiago Carrillo era el encargado de seleccionar los presos que habían de trocar la cárcel por el paredón”. Seguramente que también él, si le acompañara algo más una memoria excesivamente lábil, pudiera aportar también mayores detalles e indicaciones más precisas sobre el martirio de mis tres hermanos.

Evidentemente, como me aseguraba el padre José Lozano, los religiosos y sacerdotes que éramos juzgados y encarcelados todavía albergábamos alguna esperanza de poder seguir viviendo. Quienes pasaban por Bellas Artes o Fomento, es decir, por la Dirección General de Seguridad, no tenían ninguna. Los mártires amigonianos que

tuvieron la desgracia de pasar por los Tribunales de Inspección Pública así lo prueban.

Pero volvamos al cuadro, objeto de nuestras reflexiones. Contemplemos una vez más el lienzo. Domingo y Timoteo ocupan respectivamente los extremos de la primera fila. Con Valentín, Bienvenido y Vicente constituyen los abanderados de la misión específica. Crescencio, en cambio, es el mártir joven y animoso situado en tercera fila, junto a la cruz. Los tres transcurren largas jornadas con sus chicos en la Escuela de Reforma de Santa Rita de Madrid. “Con ellos conviven, como indica el P. Domingo María de Alboraya, con ellos comen y de la misma olla, con ellos trabajan y con ellos se solazan tomando parte en sus mismos juegos... y velan por turno su sueño”.

Domingo, Timoteo y Crescencio, tres de los mártires de Madrid, siguieron un mismo itinerario camino del martirio. Ejercían la misión específica en la misma Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, y servían con un mismo carácter y estilo alegre, desenfadado y festivo a los alumnos.

Los niños de las escuelas de reforma suelen tener escasa memoria de los hechos pasados y de la trascendencia de sus acciones. No guardan rencor. Tampoco tiene una clara perspectiva del futuro. Esto les hace vivir solo, y casi solo, del presente. Seguramente que es esta realidad la que les hace ser presas fáciles para la caída, a la vez que les suele facilitar una más fácil recuperación. Con lo poco que tienen viven felices en su ambiente. Son felices en su medio. Y un poco de seguri-

dad en el centro, un poco de comprensión hacia su situación, y otro poco de cariño por parte de profesores y encargados hacia ellos y sus familias, les hace sentirse felices y les vuelve sumamente agradecidos. Las numerosas cartas de gratitud de antiguos alumnos a sus educadores así lo corroboran, o al menos así parecen corroborarlo.

El padre Domingo conocía perfectamente la psicología de sus muchachos de reforma. Y por eso escribe: “Desde el momento que ingresa el corrigiendo, y mientras permanece en el Establecimiento, es objeto de cuantas atenciones necesita y nunca se le escatima el cariño”. “A los niños se les ama y quiere, pero siempre noble y dignamente, ordenando todo este amor y sus solicitudes a la reforma del alumno y para su provecho. De aquí que no haya nunca tirantez de relación entre Religiosos y alumnos, y éstos gocen de esa tranquilidad y alegría tan provechosas para adelantar en su recta formación”.

Cariño, tranquilidad, alegría... tres notas imprescindibles de la pedagogía amigoniana y de quienes ejercen su ministerio en la recuperación de la juventud extraviada, entre los cuales los mártires Domingo, Timoteo y Crescencio.

Pero, volvamos una vez más al cuadro. Contemplemos ahora al mártir Timoteo Valero. Salió de pequeñín de su pueblo. Un pueblo, como hecho a su medida, pequeñín también. Y vino a morir en el gran Madrid. Pero en el anonimato más completo. Para pasar todavía más desapercibido fue enterrado en fosa común. Bueno, que prácticamente ni

casi vivió. Que no existió, a no ser para sus amigos. ¡Menos mal que un discípulo suyo nos ha dejado de él este retrato!: “De Timoteo Valero Pérez yo destacaría la obediencia, el cumplimiento de su misión sacerdotal y su fe”. Sino ni lo conocemos.

Tanto que sus biógrafos le hemos tenido que cortar un traje de beatificación casi a ojo de buen cubero. De ahí las dificultades para la beatificación de uno prácticamente desconocido: la de cortarle un traje de fiesta. De todos modos todavía pude preguntar a un religioso, amigo suyo y mío, es decir, amigo de entrambos, quien me confesó que el padre Timoteo era guapo y de aspecto agradable. Carácter alegre, jovial y bromista. Realizó una gran labor con la juventud, sobre la que tenía un especial ascendiente. Fiel cumplidor de sus deberes religiosos.

Eso sí, en la foto ha salido con la belleza de sus apenas veinte años, pero un tantico serio para el carácter que, según dicen, tenía el padre Timoteo. Claro que, por lo visto, mi amigo, el pintor Miguel Quesada, le estiró demasiado las carrilleras. Tal vez pensó que no estaba bien que un santo luciera tan sonriente en la foto de grupo. ¡Váyate por Dios, hombre!

Volvamos finalmente al cuadro para observar al padre Crescencio.

En alguna ocasión escribí que había nacido en el pueblecillo turolense de Celadas. Los celadinos enseguida se me echaron encima diciéndome que Celadas es un pueblo grande. Corrijo, grande sí,

pero en provincia en que los pueblos son pequeñitos. De todos modos ¡Sea por el amor de Dios!, como decíamos antes cuando nos corregían alguna errata de lectura. Que los celadinos seguramente tienen razón.

Tampoco los biógrafos son amplios a la hora de señalar los trazos más sobresalientes de la personalidad del padre Cresencio. Un discípulo suyo, y profesor mío, nos ha dejado el siguiente perfil biográfico: “notas destacadas de su carácter fueron la simpatía, la alegría, el agrado, la entrega total a los jóvenes y el interés por conocer todos los avances de la psicología y pedagogía para el tratamiento de los alumnos desadaptados. El talante educador lo basó el padre Cresencio en la libertad, la confianza y la amistad”.

Y hasta aquí llegó la reflexión por hoy.

Los antiguos monjes tenían la diaria meditación matutina dividida en tres partes: *lectio, meditatio y contemplatio*. Es decir, lectura, meditación, contemplación. Si la lectura, caro lector, te ha llevado hasta aquí, has andado ya la primera parte. Y te has colocado frente a la segunda y tercera. Has hecho ya una buena jornada de camino. Confío no te extravíes en lo que queda por andar. Y ahora sí, pido disculpas, hago mutis por el foro y, hoy por hoy, me retiro. Voy de mi corazón a mis asuntos, como diría Miguel Hernández.



## 20. DEL AMOR Y LA GRATITUD

**2**1 de septiembre. Día de San Mateo. Comienzo del otoño que, en Valencia, es delicioso por demás. No hace ya calor, la verdad. Claro que estamos en las primeras horas de la mañana. Tomo asiento en mi estudio. Y, como de costumbre, alzo la mirada al cuadro de los *Mártires de la Familia Amigoniana*. Y musito una plegaria a mis ángeles de la guarda. Son ellos mis ángeles de la guarda, qué duda cabe. Y comienzo.

Recuerdo que escribí ayer que un poco de cariño por parte de profesores y encargados hacia los niños de reforma y sus familias les hace sentirse felices y les vuelve sumamente agradecidos.

-¿De verdad?

-De verdad. Yo al menos así lo pienso. Así lo creo. Y así lo digo en mi anterior meditación. Y tal es así que la presente reflexión matutina muy bien pudiera titularse León, Bienvenido y Francisco ó el drama del amor y la gratitud.

-¿Y cómo puede ser eso?

–Muy fácil. Mire usted. En los primeros días de la persecución religiosa de 1936 fue disuelta la fraternidad de la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid. Los religiosos fueron expulsados de la institución. Pero hallaron piadosa acogida en las casas de sus alumnos. En el capítulo anterior lo vimos. Éstos ofrecieron refugio a sus maestros como deber de gratitud. Las difíciles circunstancias de la persecución les dieron la oportunidad de mostrarse agradecidos. Y a fe que lo fueron.

–Me llamaron por teléfono:

–*¿Quiere tener en su casa al padre Domingo?*

–*Sí, con mucho gusto, les contesté.*

Y enseguida me lo trajeron.

El padre Domingo de Alboraya se cobijó en casa de su alumno Francisco Pastor. Juntos fueron apresados y juntos también arriesgaron sus vidas en Bellas Artes, si bien con resultado bien diverso, por cierto.

–*¿Aceptaría alojar en su casa tres jóvenes religiosos para que no se pierdan esas vocaciones?*, pregunta el padre León.

–*Sin inconveniente de ninguna clase. Con la mejor voluntad*, le contestó don Edelmiro Felíu. Y con idéntica mejor voluntad aceptaría posteriormente alojar, en lugar de dichos tres jóvenes prometidos, a los padres León, Bienvenido y Francisco. Así fue. Hallaron piadosa protección en casa del alumno Edelmiro Felíu en Fernández de la Hoz, 5. El padre Bienvenido nunca llegaría al refugio prometido.



Al atardecer del día 2 de agosto el padre Francisco Tomás llamó al alcalde de Carabanchel, interesándose por su superior.

*–Usted me aseguró que al padre Bienvenido no le pasaría nada. ¿Dónde está? Dígamelo.*

*–No lo sé. Le aseguro que no lo sé.*

*–¡No es cierto! ¡No es cierto! Voy a ir ahí inmediatamente y le voy a exigir que me diga qué es lo que ha pasado.*

*–No venga, por Dios, no venga. Sería una locura. Yo no sé nada.*

El padre Francisco colgó el teléfono. Pero a la mañana siguiente bien temprano se marchó a Carabanchel Bajo. El padre Francisco Tomás, en un acto supremo de amor y gratitud hacia su superior, marchó en su busca. Pero no retornó.

Y fue fusilado. Y fue mártir. Pero más que un mártir de la fe, lo fue de amor y gratitud hacia su amado padre Bienvenido, a quien él no podía abandonar.

¡Ay!, se me olvidaba. Don Edelmiro Felíu, luego de una fogosa defensa del padre León de Alaquás durante varias horas, ante los milicianos, fue martirizado con el padre. Fue martirizado simplemente por haberlo recibido en su casa. Por lo mismo su señora, María Cruz Gutiérrez, fue llevada trece veces ante el pelotón de ejecución. La última de ellas le pregunta el juez:

*–Y, a usted, ¿de qué se le acusa?*

–*De nada grave, que yo sepa.*

–*Pues váyase a su casa. Y a su casa volvió. Así salvó la vida.*

Luego, doña María Cruz Gutiérrez, antes de trasladar los restos mortales de su esposo del cementerio de Fuencarral a la Sacramental de San Justo, durante años acude a limpiar la tumba de su marido, y del otro cadáver, a los que ponía flores. El amor a su esposo, y la gratitud hacia el profesor de su hijo, le llevó a ser mártir en vida y agradecida hasta su muerte.

Levanto mi vista de las cuartillas. Una vez más observo despaciosamente el cuadro. Y observo que otros varios de los mártires fueron arrancados de la morada de sus bienhechores para conducirles al martirio. La gratitud de aquellos reclama gratitud por parte nuestra. A quienes estaremos eternamente agradecidos.

Durante la persecución religiosa fueron muchos los religiosos acogidos por familias particulares. Muchos de ellos deben a sus benefactores el haber salvado la propia vida. Los religiosos han mostrado a sus bienhechores profunda gratitud, traducida en amistad, hasta su muerte y aún después de ella. Se han profesado mutuo amor por siempre.

Indudablemente es en los momentos de persecución, cuando corre peligro la propia vida, cuando se entretejen los vínculos de amistad mayores y más duraderos. Luego se traducen en gratitud. Dice un autor que agradecer es un acto creativo,

que crea una relación de benevolencia. Dice que lo que propiamente se agradece no es tanto el don recibido cuanto el amor dispensado. Dice que la gratitud presupone la existencia de alguien que no sólo da sino que se da.

–No sólo da sino que se da.

–El padre Francisco Tomás, Edelmiro Feliu, María Cruz Gutiérrez,... no sólo dieron refugio, sino que se dieron en persona, que ofrecieron sus vidas, es decir, que ofrecieron todo lo que tenían.

En mis frecuentes meditaciones del cuadro he llegado a pensar que quienes entregan sus propias vidas manifiestan un amor superior incluso al amor maternal, pues mayor es la tensión por permanecer en vida que por transmitirla. Por lo demás así parece confirmarlo el Señor cuando asegura que nadie tiene amor más grande que quien da su vida por sus amigos.

Los avatares de la guerra hicieron a profesores y alumnos de Santa Rita dramáticamente solidarios. El amable apego a la vida une a los humanos, hace a los hombres hermanos. A tales extremos les llevó la gratitud.

Un pañuelo, grabado con las iniciales P.L. y cinco cuentas de rosario, fue lo que delató al padre León como religioso. Este fue el cuerpo del delito. Y éste fue el motivo de su condena. Cuando el padre León partía de casa de sus bienhechores para el martirio, la señora de la casa, doña María Cruz Gutiérrez en funciones de improvisada Verónica, intenta darle un pañuelo limpio:

*–Tome este pañuelo.*

A lo que un bestia de aquellos –según ella escribió– le contesta:

*–No te preocupes. No le va a hacer falta.*

Efectivamente. No le iba a hacer falta. No le hizo falta. Tampoco al Mártir del Calvario le hacía falta el pañuelo de la Verónica. Pero el Señor dejó impreso en él su rostro. Fue un acto de gratitud de parte del Señor. Por mi parte yo deseo dejar constancia del hecho como mi mejor acto de gratitud a la familia Feliu Gutiérrez, tan perseguida y en tan difíciles circunstancias.

Cuando en los días dolorosos de la IIª República las Hnas. Terciarias Capuchinas hubieron de abandonar el convento de Masamagrell, varias novicias hallaron piadosa acogida en Rafelbunyol, en la familia Fenollosa Alcaina. A pesar de ser pobres labriegos, a ratos jornaleros, y tener que alimentar una numerosa familia, no dudaron en recoger en su humilde morada a las religiosas. Por ello tres miembros de la familia sufrirían martirio. A dicha familia asimismo también deseo manifestar mi eterna gratitud.

¡Ay!, ¡que me estoy yendo del tema!

Levanto mi vista nuevamente al cuadro. Lo contemplo una vez más, lenta, despaciosamente, y abandono el estudio. De todos modos no me cabe la menor duda de que, más que una meditación sobre el cuadro, la presente es un amable elogio del amor y de la gratitud.

## 21. BIENVENIDO SEAS, HIJO MÍO

**E**l cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana* es la encarnación del ideal inmediato y concreto. Cada uno de mis hermanos y hermanas representan un ideal próximo y cercano, como solidificado. Su común anhelo vital se ha concretizado en una sencilla cruz y unas palmas. Mejor, sólo en la cruz, de la que las palmas constituyen una simple aproximación. Es una mera apoyatura externa y constituye el fondo del cuadro.

Decía Ortega que hemos recibido una cultura enferma de presbicia, una cultura que sólo percibe lo distante. La Humanidad, la Internacionalidad, la Ciencia, la Justicia, la Sociedad, son los valores que se nos proponen. En tiempos de Ortega la afirmación pudiera ser verdadera. Hoy, en la era de los ordenadores, no lo creo así.

El cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana* es una buena prueba de ello. Representa un ideal concreto. Es un canto a los ideales de proximidad y evidencia, a la inmediatez. La palma del martirio y la cruz son la síntesis de la vida teologal. Es la fe y es el amor. Es la esperanza cristiana. Así de sencillo, concreto y preciso.

De todos modos una de las figuras que mayormente nos contagia ese ideal próximo, inmediato y evidente es Bienvenido María de Dos Hermanas. Su persona siempre trasmite a los hermanos seguridad, solidez, ponderación. Es decir, autoridad en el sentido etimológico del vocablo. De *au-toritas*, no de *imperium*.

En el lienzo el artista nos ha colocado al beato Bienvenido en el punto más cercano a la cruz. Lo ha situado junto a la cruz. ¿Por qué será que es la cruz siempre el punto de referencia? Bienvenido es el que mantiene la palma del martirio con las dos manos. De él aseguran sus mejores biógrafos que hubiera sido un buen general –que lo fue–, no ya sólo para quinientos frailes, sino para cinco mil.

Yo, la verdad, no lo puedo remediar. Oír hablar de Bienvenido María de Dos Hermanas y acudir a mi mente la amable figura de Buenaventura de Bañorea es todo uno. Naturalmente, con las debidas proporciones y distancias, con las salvedades de tiempo, formación y relieve eclesial. Pues ambos fueron predestinados, en cierta manera ya desde la infancia, por la Providencia Divina. Ambos, andando el tiempo, profesarían la Regla y Vida Franciscanas. Ambos serían elegidos ministros generales y, ambos también, elevados al honor de los altares. Y ambos proporcionarían solidez al instituto, que gobernaron desde la cúpula de la orden, y formación científica y religiosa a sus hermanos en religión.

Se ha dicho que Juan de Fidanza –así se llamaba Buenaventura– en su niñez estuvo gravemente

enfermo. Y que la atribulada madre lo encomendó y consagró a Francisco de Asís. Recuperada milagrosamente la salud, a su ingreso en la Orden Franciscana, Juan recibirá el nombre de Buenaventura de Bañorea. Era la premonición y deseo de que llegaría a ser algo grande en la orden. Era el preanuncio de lo que había de ser su vida en lo futuro. Y Buenaventura hizo honor al nombre que se le impuso en religión.

Por su parte el joven José de Miguel Arahál, al ser presentado para su ingreso al noviciado al fundador, Venerable Luis Amigó, éste lo recibe con estas palabras: *Bienvenido seas, hijo mío*. Y Bienvenido será en lo sucesivo su nombre de religión. Era una constatación de lo que ya prometía ser. Y con Bienvenido María de Dos Hermanas pasará a la historia, y también al Martirologio Romano.

Pero, observemos una vez más el cuadro. Trate-mos de encontrar al beato Bienvenido. Veamos su actitud y posición en el lienzo. Con el tiempo, o más bien en un corto período de tiempo, logrará escalar los primeros puestos del Instituto. Accederá a la cúpula del mismo, desde la que le dirigirá como superior general. También Buenaventura de Bañorea desde la cúpula de la Orden gobernará a los Hermanos Menores.

Durante su generalato el beato Bienvenido potencia la instrucción en los centros de formación, e impulsa la formación científica de los religiosos para el ejercicio de su ministerio apostólico. Programa semanas pedagógicas, reuniones de educadores y proyecta viajes de estudios por Europa.

Buenaventura de Bañorea, por su parte, dedica ocho años a la formación de sus hermanos. Imparte clases en el estudio general de París. A continuación accede a la cúpula de la Orden. Y sigue enviando hermanos al Estudio General de París. Pero deja bien claro a los Hermanos Ministros que “si envían alguno que fuere notoriamente indigno, los consejeros que informaron mal deberán ser castigados, durante tres días, a un riguroso ayuno de pan y agua”. Por otra parte insistía el santo en la necesidad de la disciplina para la formación. Aseguraba que *dum disciplina negligitur, insolentiae crescunt*, es decir, donde se deja de lado la disciplina, el mundo se torno insolente.

Durante los viajes de formación pedagógica por Europa, los hermanos supieron aprovechar bien el tiempo. Y, a su vuelta, rindieron cuentas detalladamente por escrito de lo apreciado en las diversas instituciones. Luego se dedicarían a aplicar en sus Escuelas de Reforma lo aprendido en las diversas instituciones. Supieron aprovechar los viajes de estudios para formarse muy bien. Desde luego lo que sí es seguro es que no hay constancia de que a consejero alguno se le aplicase el duro correctivo de que habla san Buenaventura.

Por otro lado el beato Bienvenido, hombre recto y de una sola pieza, gozaba del don de la autoridad en el sentido etimológico de la palabra. La había recibido como don, y no por imperativo de su elección para el cargo de superior general. Y la aplicaba para la formación religiosa y científica de los religiosos.



Estudio General de París, disciplina, formación pedagógica,... son otras tantas formas de que se valió san Buenaventura para cimentar y organizar la Orden de Menores que sufría de falta de sistematización y estructuración científica y religiosa. De tal manera lo consiguió que se le llega a considerar como organizador de la Orden y su segundo Fundador.

Reuniones de educadores, viajes de estudios, disciplina, formación religiosa y pedagógica que el beato Bienvenido María de dos Hermanas programa entre sus prioridades para dotar de mayor solidez y cimiento al Instituto.

Por eso, en su discurso a la segunda conferencia pedagógica, en noviembre de 1930 en Madrid, decía: “En estas reuniones no hacemos sino poner en práctica los consejos de Su Santidad. Nos congregamos para perfeccionarnos, con celo y constancia, en la que san Gregorio Nacianceno llama *arte de las artes y ciencias de las ciencias*, de regir y formar la juventud. Es, además, necesario vigilar la educación del joven, blando como la cera para doblarse al vicio”, según el sentir de Horacio.

Pero volvamos otra vez la vista al cuadro. Penetremos en él. Internémonos por entre ese bosque de hábitos franciscanos hasta llegar al beato Bienvenido. Le encontramos vestido con su santo hábito. Lleva el corazón traspasado por siete espadas. Y abraza la palma del martirio. Así fue siempre: hombre religioso, piadoso, mortificado, sacrificado. Nunca se quitó el hábito, ni siquiera

en los días difíciles de persecución de la República y de la Guerra Civil.

San Buenaventura falleció en el Concilio de Lyon, al que acudió como representante del Papa. Murió con el hábito franciscano. Bienvenido murió en Madrid, pero murió con el hábito puesto. Varón sacrificado, no se ahorró sacrificio alguno con tal de hacer más llevadera la vida religiosa de sus hermanos. Como hombre íntegro, de una sola pieza, plenamente identificado con la Obra de Menores, de porte religioso y piadoso siempre, y que nunca se despojó de su hábito. Así lo recoge el cuadro. Y su amable figura así ha quedado y permanece entre sus hermanos de religión.

## 22. LOS DE TORRENTE

**A**lguien –no sé a quién– se le ocurrió decir que las vocaciones religiosas y sacerdotales, como los hongos, nacen en grupos y se multiplican en terreno bien abonado, con abundancia de luz y calor. Algo así parece ser que ocurrió en los comienzos fundacionales de la Congregación de Terciarios Capuchinos en torno al convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrente, Valencia. En derredor del convento, y a lo largo de años y aún siglos, se fue formando una especie de mantillo o microclima espiritual en el que brotaron numerosas vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa. Muchas de ellas alcanzarán la santidad por vía del martirio. Seis hijos del pueblo, y la antoniana Carmen García Moyon, son buena prueba de ello.

Pero veamos una vez más el cuadro. Caminemos hacia el delicioso convento de las cúpulas azules y de los verdes cipreses. Acerquémonos a su fachada principal, blanca, enjalbegada, orientada al sol del mediodía. Ingreseemos por su puerta principal. Pasemos, con permiso de los frailes, al claustro conventual. Rememoremos hechos.

El convento de Monte Sión fue levantado por los franciscanos alcantarinos a finales del siglo XVI. Lo edificaron sobre la parte alta del casco urbano. Y fue consagrado en 1605. Durante bastante más de dos siglos floreció en él la vida religiosa. Los franciscanos, por medio de la Orden Tercera, crearon en torno al monasterio y en sus claustros un clima de franciscana espiritualidad. En el convento se gozaron días de relativa calma y estabilidad. Esto posibilitó la forja de grandes personalidades. Y atrajo asimismo numerosas vocaciones religiosas a la vida conventual.

Con la exclaustración de 1837 en el convento, como en tantos otros núcleos de espiritualidad, se fue agostando la vida claustral, y el monasterio terminó dedicado a fines sociales. Pero, mediante la Orden Tercera, todavía se pudo mantener el rescoldo espiritual durante cinco largas décadas.

Al llegar los terciarios capuchinos en 1889, y ocupar nuevamente el convento, nuevo aire fresco removió el rescoldo y descubrió las ascuas, todavía vivas, de la espiritualidad del Serafín de Asís. Muy pronto se instaló en él la Real Pía Unión de san Antonio de Padua. Nuevamente se abrió el convento a la juventud del barrio. Se hicieron escuelas y, andando el tiempo, el seminario seráfico en el que se formó una buena remesa de los Mártires Amigonianos. El convento, las tardes de domingo, nuevamente pululaba de gentes de toda clase que paseaba por la plazuela del Calvario, entraba en el claustro donde se detenía a leer los deliciosos tercetos religiosos, o se acomodaba en

la recogida iglesia conventual para el rezo de las vísperas.

Acerquémonos nuevamente al cuadro. Veamos ahora el grupo de amigonianos. Observemos un momento su estameña franciscana. Penetremos por entre el cortejo. Hagamos ademán de cruzar en dirección al convento, a la fachada principal. Podemos observar que en cuadro hay seis hijos de Torrente. Esta pequeña muestra me permite imaginar a tantos otros religiosos y seglares que, en torno al convento, bebieron la misma espiritualidad, pertenecieron a la Orden Tercera o a la Pía Unión de san Antonio de Padua, y sufrieron el mismo martirio. ¡Cuánto lamento que no hayan sido agraciados con el mismo honor de los altares!

Las vocaciones, como los hongos, nacen agrupadas y se multiplican en terreno bien abonado, con abundancia de luz y calor. Y es verdad. En derredor del convento se ha desarrollado una profunda espiritualidad franciscana. De los 52 asesinados en la ciudad de Torrente en la persecución religiosa de 1936-1939, pertenecían a la Real Pía Unión de San Antonio nada menos que 26 de ellos, de los que seis sacerdotes y religiosos, así como también Carmen García Moyon, han sido ya oficialmente proclamados beatos.

“Y entramos en 1936 –así lo dice una vieja crónica del convento– y la Pía Unión sigue su curso normal en la catequesis muy concurrida, escuelas nocturnas, las representaciones teatrales muy concurridas de público y las misas de comunión mensuales con gran asistencia de niños y jóvenes,

llegando muchas veces a los cuatrocientos los que se acercaban al comulgatorio”.

Pero centremos una vez más nuestra atención en el cuadro. Crucemos el calvario, con sus casalicios de pobre mampostería. Lleguémonos hasta la cancela. Pero, por esta vez, no podremos entrar. Renunciamos a entrar. El recoleto convento alcantarino ha sido derruido. Alguien compró la madera de sus techumbres. Ha sido derruido hasta sus cimientos. Ha sido convertido en solar. Donde él se levantaba, modesto pero simpático, discurre hoy una amplia avenida. A su vera ha sido levantado el nuevo complejo conventual.

Concluida la guerra los sobrevivientes de la Real Pía Unión de San Antonio, del convento de Monte Sión, y familiares de las víctimas, se dieron al reconocimiento de los cadáveres de sus asociados. Y el 5 de noviembre de 1939, luego de una emotiva celebración litúrgica, se les dio cristiana sepultura en la cripta de la iglesia arciprestal de Nuestra Señora de la Asunción, de Torrente.

En seguida los Antonianos se dieron a la restauración y reconstrucción de la iglesia del convento, así como de las celdas conventuales. Voluntaria y gratuitamente prestaron sus aperos de labranza, así como también sobre todo sus personas, para levantar su querido convento. Al modo de nuevos Franciscos de Asís para la restauración de San Damián, “quien me diere una piedra, recibirá una bendición; quien me diere dos, dos bendiciones tendrá; quien me diere tres, otras tantas recibirá”, los buenos torrentinos con-

siguieron levantar nuevamente el convento. En sus comienzos pobre, sobrio y franciscano, como lo fue el primero. Con el tiempo amplio y espléndido, como lo es el actual. En él, y torno a Nuestra Señora de Monte Sión, se avivó de nuevo la catequesis, las funciones litúrgicas se fueron haciendo solemnes, el teatro hogar recobró vida nueva, los deportes, escuelas nocturnas, peregrinaciones...

Durante muchos años han mantenido la fe en el reconocimiento de sus mártires. Ya han sido elevados al honor de los altares seis miembros, entre ellos Fray Recaredo María de Torrente, director en varias ocasiones de la Asociación, y Carmen García Moyon, vocal del grupo, así como también de la Asociación de las Margaritas. ¡Cómo hubiéramos gozados todos si se hubiese promovido la beatificación de los 26 antonianos!

Veamos una vez más en el cuadro. Entremos mentalmente en la iglesia del nuevo convento. Subamos al camarín de la Virgen de Monte Sión. En él se ha adecentado una bella capilla, denominada *Capilla de los Mártires*. En ella reposan los restos mortales de los Mártires de la Familia Amigoniana que hasta hoy ha sido posible recuperar.

En la *Capilla de los Mártires* se reúne mensualmente la Real Pía Unión de San Antonio para fortalecer su espíritu con el testimonio de fe, fidelidad y fortaleza de quienes entregaron su vida por la fe y los ideales que profesaron.

El Venerable P. Luis Amigó, presidente honorario de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua,

dejó escrito en *Apuntes sobre mi vida*: “Salió la Comunidad de la Cartuja del Puig, para posesionarse del convento de Torrente, acompañándoles yo, el día 31 de octubre del mismo año 1889, y fuimos recibidos por el pueblo con grandes demostraciones de afecto y regocijo, del que en todo tiempo ha dado inequívocas pruebas aquella población, a la que estaremos eternamente agradecidos”.

Afecto y regocijo, por parte del pueblo. Gratitude eterna, por parte de los religiosos. Simbiosis que ha durado por más de un siglo y que no dudo, como manifestaba Luis Amigó, será eterna. El nuevo complejo conventual se levanta, no ya sobre antiguos cimientos conventuales, sino sobre la sangre y reliquias de los Mártires, que en el antiguo convento se formaron, y luego pasaron a ser piedras vivas del nuevo.

La *Capilla de los Mártires* es centro y altar mayor del nuevo complejo conventual y Alma Mater de la vida religiosa del centro. Los mártires –elevemos nuevamente nuestra mirada al lienzo– modelos de identidad e identificación; símbolos de fe, fidelidad y fortaleza; estímulos de vida espiritual y ejemplos vivientes puestos por Dios sobre el altzano de Monte Sión para prestar, al convento y a la ciudad, nueva luz y calor.



## 23. LA VIRGEN DE LA HUERTA

**M**orir nunca es agradable.  
Morir sola, como mueren los mártires,  
todavía menos.

Pero morir a los 35 años, apenas la edad de Cristo, lo es mucho menos aún, aunque luego su figura e imagen dé bien en los cuadros. Es la edad en que murió Francisca J. de Rafelbuñol.

“El que muere, rico o pobre, siempre está solo aunque vayan los demás a verlo. La vida es así y Dios que la ha hecho sobre el por qué”, decía mosén Millán en *Réquiem por un campesino español*. Pero si quien muere ha sido condenada a salir de este mundo al amanecer, la soledad aún es mayor. Y si quien muere ha sido condenada a morir a la medianoche, con cinco inculpados más, el dolor debe de ser inmenso, la soledad espantosa, y la muerte, un sinsentido.

Así murió Francisca J. de Rafelbuñol, como digo, antes de llegar a ser de día, el 28 de septiembre de 1936. Así murió una mártir. Así murió una santa. Así murió la más joven de las religiosas. La que parece tener vergüenza de aparecer, por la

derecha, en el cuadro. La más bonita de todas. La virgen de la huerta levantina.

¡A los 35 años nadie quiere morir! ¡De ninguna manera es agradable morir!, por más que quienes aman los dioses, dicen, mueren jóvenes.

Yo me deleito en contemplar a Francisca, la virgen de la huerta. Viéndola en el cuadro, mi recuerdo y mi imaginación vuela hasta Rafelbuñol, delicioso pueblo de la huerta levantina, alineado sobre antigua calzada romana. Y mi imaginación vuela hasta la casa paterna, donde Francisca nació, vivió y salió para el martirio.

¡Cuántas veces he recorrido el camino, he paseado por el pueblo, me he detenido en la calle mayor, frente al número 23, antes de llegarme a la parroquia de San Antonio Abad. La casita es sencilla, pobre, todavía enjalbegada de blanco, con irisaciones azulosas al primer sol de levante. Se conserva igual que la tarde de fiesta en que Francisca, con su hermano el canónigo don José, y su tío don Juan Bautista, fundador del Patronato, partieron para el martirio. Al final de la calle se divisa aún el Patronato, como testigo mudo y signo fehaciente del martirio de su fundador.

Mientras contemplo el cuadro, siempre con la imaginación, paseo por el pueblo. Es un pueblo edificado a cuadrícula sobre la huerta. Calles largas y paralelas. Pueblo rico y muy piadoso. Todavía parece percibirse en él ese típico olor franciscano. Eso olor que, durante luengos años, le ha venido proporcionando el cercano convento capu-

chino de La Magdalena. Pueblo, antes, rico en vocaciones. En que floreció la Orden Tercera, como en ninguno otro de la huerta. Pueblo siempre muy cuidado humana, espiritual y religiosamente.

La casa en que nació Francisca, la casa de los Fenollosa-Alcaina, era y sigue siéndolo hoy –se ve–, una casa pobre pero, sobre todo, de franciscana religiosidad. Los padres, ambos de la Orden Tercera, tuvieron doce vástagos, de los que dos de ellos murieron en temprana edad, quedando al matrimonio cinco hijos y cinco hijas. La mayor, María; Francisca en religión.

En la familia, al volver el padre de las faenas del campo, y luego de echar piense a las caballerías, se recitaba el rosario en común, mientras doña Rosa estaba atenta a los pequeños y a la cena. El padre trabajaba las pocas fincas que poseía e iba de jornalero para otras haciendas. También la madre hacía algún trabajo fuera, para ayudar a sacar adelante la numerosa familia. ¡Eso sí! Tenía también a su cargo el mantener limpia la iglesia parroquial del pueblo.

Los domingos y fiestas de guardar, como decía entonces el catecismo, doña Rosa vestía de limpio marido e hijos y, en familia, cruzaban la calle mayor y acudían a la misa de diez.

Contemplo el cuadro. Y en el cuadro, a María. Y recuerdo que su madre doña Rosa siempre se opuso a que María ingresara en religión. Era su mejor ayuda en la atención a la familia. Hasta

que, el cumplir sus 21 años, y llegar a la mayoría de edad, María ingresó en las Terciarias Capuchinas de Masamagrell. Fue al atardecer del domingo tercero de octubre de 1921. La tarde lucía sus mejores galas del otoño de la huerta levantina. Doña Rosa, al fin, cedió gustosa a la decisión de su hija.

María pasó los primeros años de religiosa con la ilusión y la rapidez con que se pasan los mejores años de la juventud. Era una religiosa sencilla, alegre, jovial y buena. Una morena simpática. Humana y religiosamente se formó muy bien. Según los cánones franciscanos. Se formó musicalmente. Tenía una voz preciosa. Y, entre las jovencitas, caía muy bien.

Desempeñó su ministerio en las fraternidades de Altura (Castellón), Meliana, Benaguacil y Masamagrell, de la provincia de Valencia. La hermana Francisca J. de Rafelbuñol tenía una gran habilidad. Mostraba verdadera vocación en la atención y educación de las niñas internas. Servicial en la mesa y a cuanto fuese necesario acudir. Servía para todo. Siempre contenta y afable. Era buena de veras.

Pero la felicidad nunca es completa en la casa del pobre. O, en todo caso, nunca es duradera. El 14 de abril de 1931 se proclama la IIª República. Y en seguida comenzó la quema de conventos. Las religiosas de Masamagrell abandonaron el suyo. Y Francisca, con un grupito de novicias, halló cobijo en la casa paterna. En la mesa de todo terciario franciscano siempre hay reservado un puesto para

el peregrino que se acerca a su puerta. El matrimonio Fenollosa-Alcaina era maravilloso para afrontar dificultades. Siempre el pobre, que sufriendo aprendió a obedecer, ayuda a hacer soportable el sufrimiento de los hermanos. Hubo que alargar la mesa.

Pero María no se encontraba a gusto en la casa paterna. Tenía ansias de volver al convento. No se la veía contenta, como de ordinario. Por esta vez, a los pocos días, pudo retornar al convento con las novicias. Y el gozo volvió nuevamente a su espíritu y a su rostro.

Pero, volvamos la vista al cuadro una vez más. Contemplemos a María en el lienzo. En su rostro se aprecia un gozo contenido. Es plenamente feliz. ¿Lo sería en sus últimos momentos?

En la casa paterna, tanto María como su hermano don José, diariamente acudían al local del Sindicato para prestar los servicios que les pedían los milicianos. María se empleaba en limpiar, barrer, fregar, cocinar y volvía a comer a la casa paterna. El 27 de septiembre, que en condiciones normales era la Virgen del Remedio, Patrona del pueblo, María había comido ya. Estaba fregando la vajilla.

Su tío don Juan Bautista y sus hermanos don José y Salvador, aún estaban de sobremesa. Entran unos milicianos –serían las cuatro de la tarde– para avisarles que vuelvan al local del Sindicato. Fueron encarcelados. Sobre la mesa redonda, un tapete verde con flecos. Sobre el tape-

te quedó un encendedor de mecha gorda, y una petaca. Fue su última comida. La casa quedó en soledad.

Bien entrada ya la noche unos camiones y dos cochecitos pasan raudos por el camino hondo; de abajo, dicen los huertanos. Los cuatro hermanos pequeños, por un roto que tenía la madera de la ventana, todavía pueden divisar cómo pasan sus hermanos atados en los camiones y cochecitos. El sacrificio sería frente a las tapias del cementerio de Gilet y de Sagunto casi al amanecer.

Morir nunca es agradable.

Morir sola, como mueren los héroes, todavía menos.

Morir a los 35 años, apenas alcanzada la edad de Cristo, lo es mucho menos aún. Pero murió perdonando, como mueren los buenos, como mueren los mártires. No sé por qué pero, contemplando a Francisca en el cuadro, pienso que la hermana no sólo emitió sus votos de pobreza, castidad y obediencia, virtudes por lo demás meramente humanas. Seguramente que también profesó las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, características de todo fiel cristiano y religioso. Pues, en el último momento de su vida, en el momento más solemne, fiel a la enseñanza de San Pablo de creer sin límites, esperar sin límites y amar sin límites, vivió la vida teologal de quien “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta”.

Francisca J. de Rafelbuñol, la virgen de la huerta levantina, murió de frente. Y murió perdonando. Murió como mueren las heroínas, como mueren los buenos, como mueren los santos.





## 24. JOSÉ, FLORENTÍN Y URBANO

Los tres forman el llamado grupo de Bena-guacil. Los tres hallaron piadoso refugio en dicho pueblo.

Y, en los alrededores de la población, hallaron el martirio los tres. Fueron religiosos humildes, sencillos. El mismo pintor, en su intuición, les ha situado en el lugar más apropiado del cuadro. El verles con su semblante humilde le ha llevado a situarles en los últimos lugares del lienzo. Cierran el cortejo. Fueron fieles a su vocación de zagales del Buen Pastor. Y fueron fieles a la llamada martirial a que el Señor les eligió. Fueron fieles al Espíritu de Dios. Fueron mártires. Fueron santos.

—“¿Los humildes no tienen una misión?” pregunta Mitterrand a Jean Guilton en su libro *Mi Testamento Filosófico*.

A lo que le responde el gran maestro:

—“Cada hombre tiene su misión, ya sea humilde, ya sea gloriosa. El más grande no es el más alto, es el más fiel al Espíritu de Dios. Los ambiciosos vulgares han traicionado su humilde mi-

sión y se han metido sin vocación en ideas de grandeza”.

Cierro el libro. Elevo la mirada al cuadro colgado en mi despacho. Está frente a mi mesa de trabajo. Observo. Contemplo. Medito.

—¡Cuánta razón tiene el maestro Guitton! ¡No hay nada tan peligroso como una idea amplia en un cerebro estrecho! ¡Cuántos, aspirando a ministerios superiores a su propia capacidad, han terminado por desestabilizar todo a su alrededor! ¡Ni fueron fieles ni comunicaron fidelidad! ¡Ni fueron apacibles, ni transmitieron serenidad! ¡Ni fueron felices, ni contagiaron felicidad!

Los tres religiosos de que tratamos fueron de humilde cuna. Vivieron la humildad franciscana. Fueron fieles a su vocación religiosa, es decir, a la voluntad de Dios. Fueron felices. Alcanzaron la santidad. Fueron santos.

Fray José Llosá era natural de Benaguacil, Valencia. Y se fue muy joven con los hijos espirituales de Luis Amigó. Su buena mamá, Francisca, lo quería para sacerdote. Lo quería para *retor*, según decían en el pueblo. Y hasta las puertas del sacerdocio llegó el bueno de José. Pero no quiso o no se atrevió a cruzar el umbral presbiteral.

La mañana del 16 de septiembre de 1928 amaneció tibia, como lo son todas las mañanas de finales de verano en Valencia. Era día de fiesta. El Venerable Padre Luis Amigó había acudido presuroso a Godella. Iba a otorgar el orden sacerdotal a

algunos de sus hijos espirituales. En el reloj de la iglesia daban las diez. Era la hora fijada para comenzar la ceremonia. Las familias de los ordenandos ocupaban ya los primeros bancos de la iglesia conventual. Vestían de limpio. Vestían de fiesta. Pero José Llosá no acude a la llamada. Mientras tanto, por la puerta de abajo, se ha marchado al convento de Monte Sión de Torrente. No desea ser ordenado sacerdote.

“Al no creerse digno para el sacerdocio, cuando ya estaba preparado todo, incluido él en la lista, se negó a ser ordenado”. Así lo aseguran sus parientes, y confirman algunas crónicas.

¿Cobardía? ¿Indecisión? ¿Falta de vocación para asumir las obligaciones propias del sacerdocio? Seguramente que el Señor no le había llamado a la vocación sacerdotal, a la que le animaba su madre. Le llamaría más tarde a la vocación martirial. En esta ocasión fray José no dudará. Y José Llosá aceptó y no negó.

Quienes en vida le conocieron bien nos han dicho que era un espíritu sensible, muy amante de la familia y sumamente cordial. Sus hermanos en religión le han caracterizado de tímido y pusilánime. Pero en sus últimos momentos consiguió superar sus temores e inseguridades dejándonos una muestra suprema de su profunda fe y serenidad ante el martirio. Las Actas Martiriales, en los momentos precedentes a su muerte, nos lo presentan dotado de una bellísima fe y admirable conformidad con la voluntad de Dios. Y su marti-

rio constituye, sin duda, una de las páginas más bellas del *Martirologio Amigoniano*.

“El más grande no es el más alto, sino el más fiel al Espíritu de Dios”. Y José fue modelo de fidelidad al Señor. Fue un mártir. Fue un santo.

Una vez más contemplo el cuadro. Florentín ocupa el antepenúltimo lugar en el cortejo amigoniano. Casi pasa desapercibido. ¡Él era así!

Florentín Pérez Romero vio la luz en Valdecuena, de la diócesis de Albarracín y provincia de Teruel. Apenas quedó huérfano de padre, fue internado en el Asilo de San Nicolás de Bari, de Teruel, regentado por los terciarios capuchinos. Con ellos aprendería las primeras letras, con ellos hará la primera comunión y comenzará la vida religiosa, que culminará con el sacerdocio ministerial.

Los primeros años de apostolado ejercita su ministerio sacerdotal con chicos de protección paternal, jóvenes seminaristas y niños de escuelas populares. Enseña matemáticas y música. No ocupará grandes puestos en el escalafón de la enseñanza. Y tampoco escalará altos puestos en el instituto a que pertenece. Pero es un religioso siempre disponible para ocupar cargos sin especial relieve, pieza de recambio para que encaje el puzle de cualquier fraternidad. Religioso de escaso relieve, poco brillante.

Pero era un religioso de carácter alegre, bondadoso, sin hiel ni malicia, que se ganaba con facilidad la simpatía y afecto de todos. Espíritu muy

sensible, de artista. Inocente y candoroso, sencillo, amable y acogedor. ¡Era una criatura de Dios!

Luego de tantos años de su muerte un alumno suyo le ha costado la estatua y el altar en el pueblo originario del beato Florentín. ¡De los Mártires de la Familia Amigoniana es el primero a quien se dedica un altar y se erige una estatua! Dicho alumno, quien confiesa que al P. Florentín él le debe todo cuanto él es, con sólo hablar del beato se emocionada visiblemente hasta derramar lágrimas.

El P. Florentín fue un religioso de escaso relieve, poco brillante.

Pero, “el más grande no es el más alto, sino el más fiel al Espíritu de Dios”.

Sabía muy bien, además, que el Señor no distingue a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino por la de sus obras. Así lo había escrito su buen padre fundador.

El beato Florentín, por religioso, por humano y por santo, constituye un cimiento robusto de la edificación de la Familia Amigoniana. También fue mártir. También es santo.

Una vez más levanto mi vista al cuadro de Miguel Quesada. Observo que cierra el cortejo el beato Urbano Gil. También él ha encontrado su puesto. Es otro hermano de escaso relieve, poco brillante. ¡Pero es santo!

Urbano Gil también era turolense. Nació en una masada a la entrada de Bronchales, a la izquier-

da. Enseguida quedó huérfano. Su buena madre lo interna, con su hermano menor Pedro, en el Asilo de San Nicolás de Bari, de Teruel. Con los religiosos terciarios capuchinos hará la primera comunión y todos los estudios primarios y secundarios. Bueno, todos..., todos, no. Pues se encontraba iniciando la teología cuando le sorprendió la persecución religiosa. Ambos hermanos murieron los días de la persecución. Eran hijos de una mujer viuda, como el caso de Sarepta de Sidón.

En alguna ocasión Urbano pidió se le permitiera iniciar los estudios sacerdotales. Pero los superiores mayores del instituto le denegaron el permiso. No obstante Urbano siguió desempeñando sus oficios con los niños en dificultad. Su vida se puede interpretar perfectamente –según uno de sus biógrafos– bajo el lema de *la compasión evangélica*.

Por su jovialidad era la alegría de la fraternidad, a que pertenecía de familia, y de los alumnos que reeducaba. Contagiaba su alegría espontánea y sincera. Su buen decir le daba un encanto especial. Sobresalía en su faceta de educador y pedagogo. Fue un religioso coadjutor instruido, culto y servicial.

Murió lejos e su tierra natal, en la oscuridad de una noche cualquiera, a los 35 años. Edad en que no es agradable morir, como dije. Los tres murieron rozando, o apenas alcanzados, sus 35 años.

También Urbano sabía que “el más grande no es el más alto, sino el más fiel al Espíritu de Dios”.

“Que no distingue el Señor a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino de sus obras”. “Que el que quiera ser el mayor, se haga el menor de todos”, como leía en los Evangelios. “Que el mayor no es el más brillante, sino el más sencillo y servicial”, que así lo aprendió también él de su Seráfico Padre San Francisco.

Los tres, como Francisca J. de Rafelbuñol, murieron a los 35 años. Los tres murieron al amanecer. Los tres llevaron una vida de escaso relieve, poco brillante, pero edificaban fraternidad. Los tres están en los cimientos de la Familia Amigoniana. Los tres son santos.

¿Quién será el más grande en el Reino de los Cielos? “Si no os volviereis y os hicieréis como niños...” El que no se hace como uno de estos pequeños, no entrará en el Reino de los Cielos. El puesto en el cuadro lo otorga el pintor. “El puesto en el cielo, no es a Mí a quien corresponde otorgarlo sino a mi Padre celestial”. ¡Bienaventurados los pobres, los mansos, los misericordiosos, los pacíficos..., porque de ellos es el Reino de los Cielos!





## EPÍLOGO

**A**ntes de poner punto final al libro contemplemos una vez más el cuadro. Examinémoslo con la vista ligeramente entornada, como en un intento supremo por apreciar el lienzo en su conjunto. Veámoslo como si intentáramos difuminar los edificios, las figuras y los entornos. Contemplémoslo como quisiéramos que apareciera en la imaginación, en el subconsciente, luego de pasados algunos años. Posiblemente sea ésta una de las formas más interesantes para apreciar un cuadro en su conjunto. Quizás sea la mejor forma de verlo en su totalidad, de contemplarlo en una visión final, de observador que tiene el deber de proseguir su camino.

Esta forma de observar el cuadro me lleva insensiblemente, como de la mano, a volver mi atención a los mártires de Madrid. En el momento en que los religiosos son encerrados en la dirección de la Escuela de Reforma de Santa Rita. En el preciso instante en el que los milicianos cierran la habitación con llave. La habitación tiene el piso de madera y los milicianos les amenazan con prenderla fuego. Uno de los religiosos encerrados evoca así el crítico instante:

*En ese momento hicimos un acto de contricción colectivo.*

*Nos dimos mutuamente la absolución.*

*Siguió un silencio profundo. Y quiero subrayar los siguiente:*

*Estábamos todos serenos y tranquilos.*

*Ni un solo gemido o suspiro*

*Ni un solo gesto de intentar huir*

Yo creo que es este el instante que recoge y plasma el pintor en el cuadro: Unos mártires de la Familia Amigoniana en actitud fraterna, caminantes, cada uno de ellos y todos juntos en pos de la cruz, pero con semblante tranquilo, sereno, humano, muy humano. Pues les sostiene firmes una misma fe, les mantiene unidos una misma espiritualidad, les mantiene agrupados el hecho de haber trabajado en idéntica misión.

Cuando Doménico Theothocopuli pinta el *Martirio de San Mauricio y Compañeros*, más que un cuadro de mártires parece plasmar el pintor una hecho de armas. Cuando el Caravaggio lleva al lienzo *La Degollación de Juan Bautista* lo que impresiona, por sus contrastes de luces y sombras, no es el martirio sino el rostro del verdugo. Cuando uno contempla *El Martirio de los Inocentes*, en las más diversas versiones, lo que sobrecoge el ánimo del espectador atento es el rostro lívido, de unas madres en pavorosa huida con sus infantes en los brazos maternos. En cambio, cuando uno dirige la mirada, aunque sólo sea por última vez y de pasada, al cuadro de *Mártires de la*

*Familia Amigoniana*, aprecia que los pinceles del artista han sabido plasmar en el lienzo, reflejar en el cuadro, unos rostros serenos, tranquilos, religiosos. El pintor ha sabido plasmar rasgos de humanidad.

Por otra parte la hagiografía de todos los tiempos –trátese de mártires o no– ha rodeado las cabezas de los santos de una variedad casi infinita de aureolas, diademas, nimbos y coronas. En la pintura hagiográfica hallamos finos arillos metálicos que, a guisa de corona, circundan las gráciles testas de las madonnas con niño del renacimiento italiano. O nos encontramos con coronas, cuajadas de pedrería, luz y calados, que ciñen las sienas de los santos del barroco español. O nos topamos con las cabezas nimbadas de mágico resplandor de la imaginería religiosa veneciana. O hallamos esa especie de platos dorados sobre los que reposan la cabeza los santos de los primitivos italianos o de los iconos bizantinos de la imaginería rusa de todos los tiempos. El pintor, siguiendo el gusto de la época, del mecenas que sufragaba la obra o de la nación para la que pintaba, empeñaba sus pinceles en el intento de convertir a los santos, sino en dioses, al menos en personas a mitad de camino entre Dios y el hombre, es decir, les ha convertido en héroes, en gigantes.

En el cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana*, no. El pintor se ha permitido la libertad de suprimir de la testa de cada uno de los mártires ese halo, aureola o corona indicativos de su santidad.

En una palabra, les ha pintado serenos, tranquilos, humanos, sumamente humanos.

Y éste es otro de los detalles que mayormente me ha agradado de mi amigo Miguel Quesada. Que es un pintor realista, sin descender a detalles nimios que lo avalen. Que ha pintado a los religiosos, franciscanos, fraternales, peregrinantes. Que les ha pintado sirviéndole la cruz de origen, guía y meta del cuadro. Que les ha pintado sin fenómenos místicos exteriores, pero mártires. Que les ha pintado situándoles dentro de un contexto martirial, pero santos.

Por otro lado, de un fondo martirial emergen los beatos con un sentido congregacional y eclesial que le otorgan los edificios en su adecuada distribución. El cuadro, dentro de un ambiente martirial, respira sobriedad y elegancia por la sabia distribución de los elementos pictóricos y el acertado color de fondo que rebaja y amalgama las diversas tonalidades. Y de ellas tira hacia lo alto. Es un signo revelador, y condición en las representaciones hagiográficas, que los diversos elementos del cuadro tiren hacia arriba del espíritu del observador atento. Y a fe, que el artista lo consigue plenamente en este cuadro.

Finalmente, el marco. No es fácil enmarcar un cuadro. Yo he recorrido más de un museo con la noble intención de observar marcos. He de confesar que casi siempre me han decepcionado. Los mejores cuadros suelen lucir los marcos más decepcionantes. Y me he preguntado con frecuencia, ¿por qué? He llegado a la conclusión de que

debe de ser así. El marco no es lo esencial. Focaliza, recoge lo esencial, que es el cuadro. El marco no puede ser objeto de distracción, sino de concentración. El marco no debe robar protagonismo al cuadro. El marco no puede sacar del cuadro, sino centrar en él. Por esto el marco debiera ser una pieza sencilla, sobria, insignificante; una pieza nula, neutra, que no dijera o desdijera, ni por carta de más, ni tampoco por carta de menos. El marco debiera ser un objeto neutro, aislador, que separa el cuadro de la realidad circundante.

Cuando el pintor, don Miguel Quesada, me hizo entrega del lienzo, me dijo: "Veta a la casa tal, que sabe enmarcar muy bien". En este momento me dio una razón más de su valía y categoría artística. Cuida hasta el detalle. Cuida incluso del marco. Obviamente, no en el cuadro de portada del libro, sino en el lienzo original, el marco es sencillo, sobrio, insignificante, como lo requiere el cuadro *Mártires de la Familia Amigoniana*. El cuadro que pende de la pared de mi despacho, en cambio, que es el que trae la portada, luce un marco dorado, floreado tal vez en demasía, que conduce la mirada hacia el centro. Tampoco me desagrade, pero tal vez peque de un tanto elegante.

Decía Ortega que el marco no atrae sobre sí la mirada; que, en vez de atraer sobre sí la mirada, el marco se limita a condensarla y verterla luego en el cuadro. También yo creo que debe de ser así. El marco, nulo o neutro, como lo es para el lienzo original, o dorado, como luce en la foto de portada, no puede robar protagonismo alguno al cuadro, ni

al artista creador del mismo, ni al paciente observador. También en esto el pintor don Miguel Quesada, estuvo artista, sumamente artista. Y también por esto, por su buen sentido, le estoy y estaré siempre agradecido.







